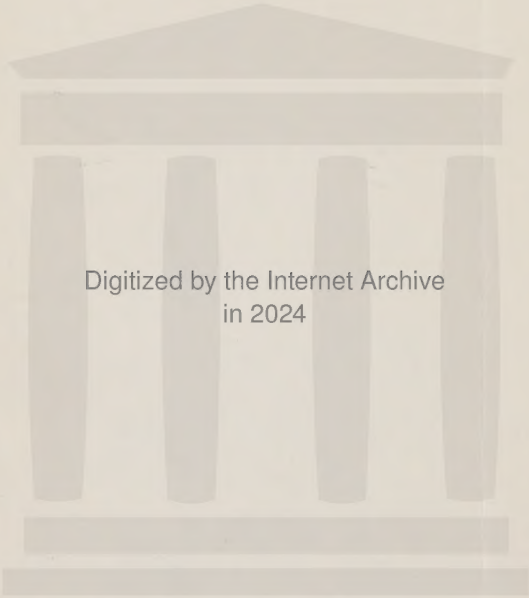
UNIVERSITY OF ARIZONA
39001004161991


Digitized by the Internet Archive
in 2024

https://archive.org/details/manuelpardonovel0002pedr

MANUEL PARDO

158792

PQ
8497
D4
M3
V.2

PEDRO DÁVALOS Y LISSÓN

MANUEL PARDO

NOVELA

TOMO II

LIMA

LIBRERÍA E IMPRENTA GIL
Calle de Lampa (Banco del Herrador) Nos. 569 a 579

1916

Es propiedad

BUENOS AIRES

30 de setiembre.

. . . . . .

. . . . . .

¡Qué viaje tan lleno de sensaciones! El sur de Chile, el estrecho de Magallanes, el Atlántico, Montevideo, todo junto, ha dejado en mi ánimo algo que debí fijar en el acto para no perder el encanto de la primera emoción. Hoy me asalta el temor de no poder relatar a mi gusto lo que he visto y he sentido; y es por esto que señalo con dos líneas de puntos suspensivos las páginas que no he llenado.

Lo que ahora me interesa es la república Argentina. Aspiro conocer su política, su riqueza, sus hombres, su vida social, a fin de establecer comparaciones.

Encuentro a Buenos Aires agradable pero no hermoso. Hay en sus calles el más perfecto paralelismo. No teniendo un Rímac que la corte por mitad como sucede en Lima, la ciudad es monótona, sin perspectivas, sin cambios bruscos que rompan la línea recta. Ocupa la ribera occidental del Plata, la pueblan cien mil habitantes, y está formada por treinta calles que van de norte a sur y por otras dieciocho que corren de oriente a poniente. Una arteria principal que lleva el sugestivo nombre de Perú, la divide a lo largo, hallándose cruzada por otra que principia en la barranca del río y termina en el comienzo de la dilatada Pampa.

La plaza de la Victoria es la primera de la ciudad. La sirven de marco hermosos portales, y de adorno, al centro, una pirámide de cal y ladrillo de muy triste apariencia. Ella ha sido teatro de los más famosos episodios de la vida argentina. Su vista trae a mi memoria las juras su-

blimes que dieron orígen a la independencia sud-americana; la parada militar presenciada allí mismo por San Martín el día que partió para Chile con las hùestes que llevaron la libertad al Perú, los tumultos locos de 1820, los cadalsos levantados en su recinto durante los degüellos de Rosas. Al cruzarla, en estas noches frías y solitarias de setiembre, en horas en que el tenaz pampero sopla implacable por las calles de la ciudad, paréceme sentir el aliento del tirano, ver aún en los postes de los faroles que la adornan, las cabezas de sus víctimas infamadas con los epítetos de *salvajes, asquerosos, inmundos unitarios.*

La plaza de la Victoria está unida a la de Mayo, hallándose ésta separada del río por el semicircular edificio de la Aduana. Hay otras plazas; una de ellas lleva el nombre de Independencia y otra el de San Martín. El Campo de Marte es tan grande como tres veces nuestra plazoleta de la Penitenciaría.

El americanismo de este pueblo se revela entre otras cosas, en el nombre de las calles. Las que se extienden al sur de la

ciudad se llaman Estados Unidos, Méjico, Brasil, Venezuela, Chile, etc., etc. Las de la extremidad norte llevan los nombres de las provincias confederadas. Recuerdo entre ellas a las de Cuyo, Corrientes, Tucumán, Santa Fé. No han sido olvidados sus grandes hombres ni las glorias nacionales en esta nomenclatura urbana. Chacabuco, San Martín, Reconquista, Callao, Suipacha, Arenales Balcarce, Talcahuano, están en su lista. A diferencia de lo que nos pasa en Lima, no han sido aquí los templos los obligados padrinos de la mayoría de los jirones. Apenas han sonado a mis oídos cuatro nombres religiosos, correspondientes a las calles de Santo Domingo, la Merced, Santa Rosa y San Francisco.

La pobre apariencia de las iglesias que he encontrado, en todo una docena, revélanme lo paupérrima que fué la vida económica de la colonia. ¡Qué triste impresión guardo de la visita que acabo de hacer al interior de la inmensa catedral bonaerense! Sus toscas columnas blanqueadas con cal, su piso de mármol y sus paredes desmanteladas producen frío. En el altar mayor no veo los candelabros, las talla-

duras de plata y los adornos de oro que tanto abundan en la de Lima. Su fachada sobre la plaza de la Victoria, es de estilo profano. Sus columnas, imitando las del Partenón de Atenas, son de adobe. Esta colonia no tuvo un Potosí ni un Cerro de Pasco como la nuestra, y las pocas riquezas místicas que atesorara el dominio español se perdieron en las revueltas civiles o fueron robadas por el tirano Rosas.

Desembarqué en un día de sol, de brisas, de azulado cielo. Las calles estaban secas, lo que es raro en este tiempo de pamperos y temporales. La gran animación que observé en el comercio, el continuo ir y venir de los transeuntes, las numerosas tiendas abiertas, reveláronme estar en una capital digna de mis ilusiones. Llamaron mi atención por su semejanza con los de Lima, los panaderos y los lecheros, los unos abiertos de piernas en sus petacas, los otros, trotando sobre sus caballos, casi encima de sus cuatro *porongos*.

Busqué alojamiento en un hotel situa-

do en la calle de Cangallo, el mejor de la ciudad; y apenas instalé mi equipaje en el cuarto que me dieron, partí en busca de Irigoyen, encontrándole en su linda casita de la calle de Florida. Aquí las construcciones son pequeñas. Media docena de patios bonaerenses harían uno de los de nuestra capital. En el centro de ellos está el *aljibe* o bóveda subterranea donde se almacena el agua de las lluvias, la única buena que se puede tomar. No hay casa que no tenga azotea descubierta sobre el frente que dá al exterior, siendo ellas el refugio de las familias en las calurosas noches de estío. Las ventanas de la sala de recibo caen a la calle. Al fondo, el comedor; y en los dos lados laterales del patio de la casa que ocupa Irigoyen, encuentro, en el uno su escritorio y en el otro su alcoba.

Habiendo vivido desde que salí de Valparaíso entre gente extraña y exenta de espontaneidad, la presencia de mi superior y compatriota me abrió el espíritu. Su cariñosa acogida me quitó de encima la opresión nerviosa por tantos días sentida. Después de haber cambiado algunas

palabras conmigo, me condujo a su escritorio, donde solos los dos, estando cerradas las puertas, me recibió el paquete de papeles que durante veinticinco días he llevado en una faja ceñida al cuerpo.

—Son las credenciales que me envían de Bolivia para que les represente ante el gobierno de la Confederación,—me dijo al recibirlas.—Con ellas me vienen instrucciones secretas sobre un asunto reservado que esta misma noche comunicaré a usted. No quiero, ni está en mis conveniencias tener secretos con los oficiales de mi legación. Haciendo a usted compartícipe y responsable de mis gestiones, su lealtad me será más sólida.

Es Irigoyen un hombre alto, de pocas carnes, muy derecho, de rostro ovalado, nariz aguileña y ojos chicos. Usa bigote de puntas recogidas sobre el labio inferior, y patillas escasas y circunscritas al filo de las mandíbulas inferiores. Es un hombre de cuarenta y tres años, sereno y firme en su ecuanimidad imperturbable; muy fino y exquisito en su trato, reposado en el hablar y de extraordinario dominio sobre sí mismo. Fáltale brillantez a su oratoria,

en cambio es un razonador aventajado, culto y muy ameno en el trato íntimo.

—Estoy aquí desde Mayo,—me dijo en el curso de nuestra conversación.—Salí tan precipitadamente de Lima, que hube de embarcarme sin mi familia. Sólo pude traer a mi hijo José María, a quien tengo de interno en un colegio.

Después de leer las cartas de recomendación que para él me dió mi tío Jerónimo y don Manuel Amunátegui, díjome:

—Pardo y Riva Agüero me encargan también que le atienda. Hallándome solo y muy triste en esta tierra que a pesar de ser americana está muy lejos de parecerse a la nuestra, no solamente seré su ministro y compatriota sino también su amigo.

Tan sentida deferencia me conmovió por entero. Si hubiera tenido confianza con él, me habría arrojado a sus brazos. Le dí las gracias, le ofrecí serle útil y comportarme bien; y ansioso de conocer el país y la gente en que debía vivir largo tiempo, le hice numerosas preguntas:

—Mis impresiones,—me contestó,—están ligadas a una sociedad amable aunque de poco peso; franca y cordial, pero un tan-

tico petulante y deslumbradora. Así como alegre es esta ciudad del Plata, ligeros y espirituales son sus habitantes. Es el *porteño* eminentemente sociable. Su vivacidad y animación, su carácter comunicativo, revélanse en los numerosos clubs y en la gran tirada que tienen sus principales diarios. Tan expansivo como el limeño, si en los vuelos de su imaginación no llegan a los de la de éste, no sé si allá o acá es el genio más pronto y vivaz, herederos unos y otros de la luz y la gracia de Andalucía.

No obstante que por lo poco que ví el día de mi llegada, me formé de Buenos Aires como ciudad concepto cabal, quise oir la opinión de mi ministro. A la pregunta que le hice me respondió:

—En nada nos llevan ventaja. Lima se transforma, se ensancha, se moderniza. Sus murallas caen y sobre sus terrenos se abren anchas avenidas. Chorrillos se embellece, Miraflores también; Barranco y Ancón son dos esperanzas. El Callao triplica su área y su población en menos de veinte años. Su muelle-dársena estará concluído dentro de algunos meses más. Se-

rá superior a muchos de los de Europa y el único de su especie en la América Latina. En sólo estas cosas, ¡qué contraste con las de aquí, en donde todo sigue estacionario y sin mayor crecimiento! La ciudad continúa dentro de los linderos que tuvo ahora diez años, y siendo a la vez puerto, de lo último tiene muy poco. Los trasatlánticos quedan en Montevideo, y hasta los pequeños vaporcitos que entran al río, fondean a distancias enormes. El muelle es una ilusión; y si no fuera por la carreta, no habría manera de desembarcar. Provista de altas ruedas y tirada por bueyes, avanza hasta donde el agua lo permite. En pleno río, muchas veces a un kilómetro del barranco, las mercaderías y los pasajeros pasan de la carreta a la lancha.

—¿Qué le parece a Ud. el pavimento?,— me preguntó a sabiendas de que mi juicio sería desfavorable.

—Mientras que el flamante Concejo Provincial de Lima,—le contesté—no termine de *macadanizar* con tierra de la Oroya las principales arterias de la ciudad, no podemos estar orgullosos del nuestro,

el cual, a pesar de lo malo que es, lleva gran superioridad sobre el de acá.

—Hay calles,—me dijo apoyando mi opinión,—que cuando llueve se convierten en brazos de río. Para cruzarlas hay que aguardar dos o tres horas; y en algunas, se arman puentes provisionales de madera, especialmente en aquellas contíguas a los barrancos. Hay otras, como las que están en el camino hacia Barracas, donde la calidad del barro es de tal naturaleza que difícil es salir de un atascamiento en ciertos días de lluvia, cuando se pasa por ellas a caballo. Si en el renglón de calles estamos muy por encima de las de aquí, en el de plazas y plazoletas nos hallamos mejor. ¿Qué ventaja tiene sobre la nuestra de Armas la tan renombrada plaza de la Victoria? Si no fuera por la fealdad de nuestro vetusto Palacio de Gobierno y lo mucho que le degradan las tiendas de la Rivera, ¿acaso la de Lima no competiría con las de España? Hoy que la catedral ha sido costosamente refeccionada, que el cuadro en que se destaca la colonial pila ha sido adornado con veinticuatro hermosos candelabros y que las avenidas están

pavimentadas con tucos de madera, sólo queda por hacer la fachada de Palacio, obra que indudablemente empezará Pardo. Santa Ana, la Inquisición y San Francisco, como plazuelas, han recibido un soplo de moderno embellecimiento que no tiene cotejo con las desmanteladas que aquí llevan los nombres de Lorea, San Martín, Andes, Comercio y otras. Respecto a paseos, ¿hay por acá algo parecido a la Alameda de los Descalzos, a la misma de Acho, a nuestra flamante y profusamente arbolada carretera al Callao? Naturalmente, nuestro Palacio de la Exposición, sus parques, nuestro cementerio, nuestras iglesias y conventos, nuestros regios hogares, los lindos palacetes de Chorrillos y Miraflores, quedan fuera de concurso en este comparativo análisis.

¡Qué fluente se hacía la palabra del ministro al comparar con entusiasmo y orgullo la superioridad de Lima sobre Buenos Aires! Refiriéndome a los porteños, en un momento de silencio le pregunté:

—¿Y tal superioridad es reconocida por ellos?

—¿Y qué otra cosa les queda por ha-

cer?,—me respondió. El personal de la delegación argentina que con Sarmiento a la cabeza concurrió al Congreso Americano reunido en Lima en 1864, volvió encantado del Perú; y cuantos viajeros regresan de nuestras playas se expresan con igual entusiasmo. Sin embargo, vanidosos como son, nuestra importancia les apena, les molesta y hasta cierto punto enajénales la buena voluntad que nos tienen, y que tan a lo vivo contrasta con el odio que sienten por los chilenos y especialmente por las gentes del Brasil. Siendo ese el débil del porteño, por genuino y noble que sea el orgullo que nos produce la próspera situación que hemos alcanzado en el continente, no creo diplomático y menos de buena educación ostentarlo entre ellos. Cuando incidentalmente trato el punto con el presidente Sarmiento o con el ministro de Relaciones don Carlos Tejedor, en sus rostros observo la pena que les causa el atraso en que les encuentra el término de la primera mitad de su vida independiente; y con marcada intención les hablo de lo inestable que pudiera ser nuestro bienestar siendo el guano una riqueza ago-

table, el salitre producto de poco consumo, al paso que a la Argentina sólo le falta inmigración y ferrocarriles, debiendo ser muy rica el día que en vasta escala resuelva uno y otro problema.

---

15 de octubre.

Ha sido suerte la mía venir a esta legación. ¡Qué hombre tan superior es Irigoyen! ¡Cuán escaso conocimiento tenía yo de lo que valen la perseverancia y la sagacidad! Son estas facultades las de mayor realce hoy en su espíritu, y como nunca supe estimar lo que ellas valen, es para mi de grandísima utilidad seguirle en el ejercicio de una y otra en la difícil misión que Pardo le ha encomendado.

Tejedor ha recibido con sorpresa las proposiciones peruanas. No es su importancia lo que motiva su asombro, sino que haya quien se acuerde de su país para alianzas, estando la Confederación sufriendo los

desastres de todo género que le han traido la guerra del Paraguay y la fiebre amarilla. Para que me forme idea y pueda apreciar el concepto que Sarmiento y sus ministros tienen de la fuerza política de su gobierno y del poco respeto que su nacionalidad inspira en el extranjero, Irigoyen me ha relatado las variadas y peregrinas vicisitudes de la misión Mitre en la Asunción, lugar de donde éste acaba de regresar sin haber logrado ninguno de los propósitos que le llevaran al Paraguay. Convencido de la debilidad argentina, Mitre ha recomendado a Tejedor la cesión de Villa Occidental a los paraguayos; pero don Carlos, que no participa de las ideas de su plenipotenciario, cree que hay mayor ventaja en cederla a Bolivia. Aún dura aquí la impresión causada por la guerra boliviana argentina del año de 1842, ocasionada por Tarija; impresión de miedo que les lleva a contemporizar con el gobierno de Sucre, al que detestan muy cordialmente.

Uno de los primeros trabajos de Irigoyen en sus gestiones con la cancillería de Buenos Aires, ha sido el conseguir que

Tejedor acredite ministros diplomáticos en Sucre y en Lima, capitales donde no se tenía representación argentina, y a las cuales han sido enviados, respectivamente, dos hombres de gran superioridad intelectual: Uriburu y Dominguez.

Tejedor ha resistido tres meses las insinuaciones de Irigoyen. Aceptada en principio la necesidad de la alianza con el Perú, la cancillería argentina ha pretendido eliminar del tratado a Bolivia hasta que no se resuelvan las cuestiones de límites pendientes entre ambos países. Enterado Pardo de los propósitos argentinos, tomó el asunto a su cargo, y en nota que yo mismo conduje, dijo a su Encargado de Negocios:

"..... No me parece digno por parte "de esa nación el deseo de firmar tratado "con el Perú sólo y no con Bolivia. Eso "equivale a aceptar los principios senta- "dos en ese pacto en sus cuestiones con "Chile y rechazarlos en sus cuestiones con "el fuerte, quedando libres para afligir al "desvalido. No me parece bien, y aunque "no he formado una resolución completa "a este respecto, no me gustaría ver al

"Perú secundando semejante política. In-
"sinúe Ud. estas ideas, con la debida cor-
"tesía, y haga Ud. comprender por de
"pronto, la poca disposición del Perú a
"apartarse del único camino en que él ha
"creído ver conciliados la justicia, los in-
"tereses y el decoro de las naciones con
"quien ha entrado en relación".

Las circunstancias de ser Sarmiento el Presidente de la Confederación, de sentir manifiesta antipatía por Chile y marcada deferencia por el Perú, han favorecido las gestiones de Irigoyen. Como plenipotenciario ante el Congreso Americano reunido en Lima en 1864, Sarmiento, vivió algunos meses en la capital peruana. Durante ellos, fueron tan espontáneos y merecidos los agazajos que recibió de Pezet y de la buena sociedad limeña, que recordándolos siempre con gratitud, los considera inolvidables. Es un hombre ya de edad, de estatura mediana, calvo, lampiño, de ojos pequeños, escasas cejas y pocas pestañas. Su nariz es tosca sin ser deforme; y su boca, algo extraña por la forma semicircular, está marcada por lo grueso y lo caído del labio inferior. Es un verdadero intelectual

y hombre de idea. Estudió la escuela pública en los Estados Unidos y durante su gobierno ha puesto empeño por difundir por todo el país la instrucción primaria. La tiranía de Rosas le sacó de su patria. Buscó refugio en Chile. Sus amigos le consiguieron el rectorado de la Escuela Normal y la redacción de un diario que llamó *El Independiente*. Su talento no fué reconocido. Hoy, cada vez que se acuerda de los años que pasó en el ostracismo, se expresa mal de los chilenos. Pásale lo contrario cuando recuerda al Perú. El cónsul general de su país en Lima, el señor Escardó, celebró la Pascua de Navidad, dando en su honor un gran baile en 1864, en la gran casa que ocupaba en la plaza de la Michéo, a la que asistió el cuerpo diplomático y la aristocracia limeña. ¡Qué amable sonrisa, qué juvenil entusiasmo observo en Sarmiento siempre que me pregunta por las señoras de Lima, y que me habla de una trujillana cuyo nombre no quiere decirme! La otra noche, estando de tertulia en su casa, detúvose a mi lado más tiempo del que la etiqueta palaciega exige. Gústale oir hablar de nuestra capital, re-

cordar sus calles, sus paseos, las festividades en los templos, la belleza de sus mujeres, el fino modo de hablar de las clases populares, la intensa vida social de allá, superior en todo respecto a la de aquí. Sabe además, don Domingo Faustino, los puntos que calzo en crítica literaria; y como le admiro con sinceridad y siempre que puedo en presencia de sus amigos y aduladores comento favorablemente sus memorias, sus opúsculos, sus ensayos novelescos, su labor periodística, especialmente su *Facundo,* es manifiesto el cariño que me profesa.

Fué Sarmiento, en los tempranos días de su vida pública el campeón juvenil de la idea naciente. Su elocuencia es brillante, varonil, de una lógica irresistible. El predominio y la valentía de su espíritu le han levantado al puesto que hoy ocupa. Su inventiva es notable, algunas veces disparatada y embustera. Hay quien le llama el Dumas de la literatura sud-americana; y es que nunca en este suelo se engendró una fantasía más ardiente, más exaltada, más fecunda y brillante. Su labor ha sido y sigue siendo intensa como militar, co-

mo político, como abogado, como literato. como profesor de Derecho Constitucional, pero especialmente como educador del pueblo. Habiendo nacido en San Juan, la prensa de oposición le llama el *gran San Juanino,* y hablando de su vanidad, dice de ella, que siendo tan grande no cabe en toda la Pampa.

---

20 de octubre.

Mi entusiasmo no tiene límites. La alianza es un hecho. Con el apoyo de Sarmiento, Irigoyen ha conseguido al fin convencer a Tejedor y que la adhesión argentina sea aceptada en consejo de ministros. Firmado el tratado y enviado al Congreso Nacional con un brillante mensaje del Presidente de la Confederación, la Cámara de Diputados, con solo diez y ocho votos en contra, aprobó el favorable dictamen de la comisión diplomática.

Quienes conocen las dificultades con que tropiezan en todas parte del mundo las

negociaciones internacionales, quienes saben cual es la psicología de los estadistas y de los parlamentos sud-americanos, cuál su propósito de aplazarlo todo para evitar responsabilidades, deben quedar atónitos al darse cuenta de la rapidez con que ha sido aprobado por los congresos del Perú y de Bolivia y ahora por una cámara argentina, un tratado que fué firmado en Lima en febrero de este año.

Hay en estas gestiones, hechos que no tienen precedentes en la historia de la diplomacia americana. Ellos revelan superioridad en la cancillería peruana, talento y constancia. ¡Qué triunfo para Pardo y su ministro Riva Agüero!, ¡qué honor para Irigoyen! Don Manuel está nervioso. Ello es natural; su victoria parécele un sueño.

---

30 de octubre.

Un periódico bonaerense, llamado *El Mercantil,* ha hecho público el tratado de alianza firmado entre Tejedor e Irigoyen,

como también su discusión y aprobación en sesiones secretas por la Cámara de Diputados. Con tal motivo, Blest Gana, ministro de Chile en Buenos Aires, ha visitado varias veces nuestra legación. Con aplomo y sangre fría admirables, Irigoyen, desmintió la noticia y hasta se rió de ella en presencia de su colega. Este, que no es lerdo, ha continuado sus investigaciones, y según hemos sabido, ha conseguido del ministro del Brasil en esta ciudad, informes verídicos sobre el particular, los mismos que ha comunicado al señor Ibáñez, actual Ministro de Relaciones en Chile.

La indiscreción argentina es algo que no tiene cotejo. Discutiendo asuntos de actualidad en la redacción de un periódico que a menudo visito y del que soy colaborador, me pidieron detalles sobre el alcance del tratado; y habiendo estado majadero en negar su existencia, el redactor en jefe sacó de su caja de fierro, con el objeto de mostrármela, una copia íntegra del susodicho tratado. Inmediatamente llevé el chisme a Tejedor, quien, alarmado de la noticia, en nota circular recomendó

a todos los periódicos la más absoluta reserva.

Irigoyen, a quien he visto algo contrariado en estos días, ha tenido la fineza de confiarme la causa de su preocupación.

—Aprobado el tratado en Diputados,— me dijo,—y siguiendo su trámite, pasó a la Cámara de Senadores. Sometido a discusión, Rawson, Mitre y otros más han detenido la marcha triunfal que llevaba. Reviviendo las mismas ideas que sostuvo Tejedor al principio de la negociación, a solicitud de ellos, el Senado ha convenido en aplazar el debate hasta que no se aclaren previamente en un protocolo especial, primero: el sentido y alcance del *Uti possidetis;* segundo: la clase de ofensas; tercero: la calidad de la obligación de prestar auxilio, y cuarto: el compromiso de participarse los tratados de límites. Por lo que toca al Perú he dado a Tejedor ámplias y satisfactorias explicaciones; pero no son estas los que interesan al gobierno argentino, sino las que se relacionan con Bolivia, respecto a la cual, aunque soy ministro de ella, no puedo decir nada sin instrucciones terminantes del presidente Ba-

llivián. Mañana escribiremos a Baptista, Ministro de Relaciones Exteriores de Sucre, dando cuenta de lo que ocurre, y en carta particular, le recomendaré prontitud en el despacho de este previo protocolo.

---

31 de diciembre.

Irigoyen sigue preocupado. Baptista se limita a contestarle vaguedades, sin querer entrar a fondo en la cuestión protocolo preliminar. Mientras tanto, los chilenos, activan en Inglaterra la construcción de sus blindados. Pardo, por medio de sus agentes en Londres, día a día sigue los esfuerzos que se hacen para terminarlos, y de continuo dá informes de todo ello a Irigoyen y a La Torre que se halla en Sucre. Según ellos, uno de los buques estará listo para principios del año de 1874, habiéndose puesto recien la quilla del otro. Estos datos están en contradicción con los obtenidos por Novoa, nuestro ministro en

Chile, quién, de buena fuente ha sabido que el gobierno chileno ha ofrecido muy fuerte prima a la casa constructora de sus buques, para que uno de ellos le sea entregado seis meses antes de lo pactado. La noticia ha sido comunicada a Lima con gran reserva; y ella me induce a creer que en la Moneda saben de buena fuente la existencia del tratado que hemos suscrito con Bolivia y ahora con la Argentina, y que temerosos de una sorpresa apresuran la llegada de sus armamentos. Si supieran que tiene un aliado y amigo gratuito en Baptista, no vivirían en tanta angustia.

Como es natural, Irigoyen se ve a menuno con Tejedor y aún con Sarmiento; y sin omitir un acápite, íntegras les lee las cartas que recibe de Riva Agüero y de Pardo. En ellas se vislumbra el deseo que principia a germinar en el gobierno peruano de abandonar a Bolivia a su propia suerte, ya que su miopía no tiene nombre, y que por una negligencia que no quiero calificar de maliciosa, Baptista está esterilizando el auxilio que le ofrecen el Perú y la Argentina. Si el éxito favorable del plan de Pardo depende de la rapidez

de su ejecución, hoy que Chile está desarmado y que en el Brasil aún no se ha dado cuenta de la magnitud de nuestros propósitos, ¿cómo es posible que este pigmeo de Bolivia después de haber solicitado la alianza, esté entorpeciendo sus efectos?

Si en el Perú, por causa de la apatía sucrense hay desagrado y hasta el deseo de abandonarla a la voracidad chilena, en Buenos Aires hay pánico, siendo Sarmiento y Tejedor los más alarmados. Hasta hace pocos meses ignoraban el formidable poder de los blindados chilenos en construcción. Irigoyen se echó a reir delante de ellos, cuando le dijeron que creían tener bastante para los futuros armamentos de Chile, con un monitor y una cañonera, respectivamente, de setecientas cincuenta y ochocientas toneladas, que tienen en construcción.

En días pasados, Irigoyen, por orden de Pardo, les dijo:

"Bien merecida tendrán su suerte Bolivia y la Argentina, si ahora no saben aprovechar el género de auxilios que les ofrece el Perú".

"Es mi patria en este momento la úni-

ca nación de América que tiene interés, fuerza y valor moral suficientes para afrontar a Chile, y por medio de la fuerza si fuera necesaria, impedir que salgan de Inglaterra los buques que construye; siendo curioso que cuando solamente solicitamos de Uds. y de los bolivianos la fuerza moral que nos falta para que la provocación venga de Bolivia o de Argentina que tiene cuestiones con ella y no con el Perú que no tiene nada con Chile, aquí, Mitre y en Sucre, Baptista, entorpezcan mi gestión, una de las más santas, una de las más profícuas en resultados futuros que se llevan a cabo en la América para cimentar la paz internacional y acabar con el espíritu araucano de conquista. Ponerse a pelear por la posesión de Tarija, miserable villorio metido en los contrafuertes de los Andes, olvidando por causa de tan pobre interés la cuestión de vida o muerte que es hoy la internacional, es algo que me tiene enfermo y ansioso de renunciar la representación de Bolivia".

Me cuenta Irigoyen, que sus quejas encontraron apoyo en Sarmiento, quién, exaltado como es, se expresó malamente de los

senadores que le habían entorpecido su gestión diplomática, y que por enemistad personal no habían dado importancia a las razones expuestas por él en el magnífico mensaje que envió al Congreso junto con el tratado de alianza. Tejedor, hombre de menos imaginación pero de más años, se mantuvo callado.

1.° de enero de 1874.

Mi corazón sigue vagando en Valparaíso por los últimos sitios que recorrí en la compañía de Teresa. ¡Qué vivos los tengo en mi memoria!, ¡qué amablemente los recuerdo!

No es este ambiente bonaerense el que dará a mi espíritu el sosiego que anhela. No visito, no busco amistades, y si no fuera por la intensa labor intelectual que en la legación tengo a mi cargo, si no fuera por la lectura, por los teatros y por los paseos solitarios a que me dedico, la exis-

tencia me sería insoportable. ¡Siquiera tuviera aquí a los míos! Lejos, muy lejos les hallo, y aunque me escriben con frecuencia y sus noticias me proporcionan grandísimo contento, el entusiasmo de saber de ellos perdura poco en mi alma.

Tres cartas he dirigido a Teresa en los meses que llevo en esta ciudad. Una sola me ha sido contestada. Ella dice:

Mi querido López:

Un millón de gracias por todas las atenciones con que siempre usted nos distingue. Tanto yo como Blanca estamos encantadas con la música que nos ha enviado. La habanera, "La Paloma", gusta mucho por su originalidad española. Todo el día la tocamos; sin embargo le suplico no se moleste de nuevo. También le doy las gracias por las galanterías que me dirige. Es usted incorregible. En ellas hay algo de ironía. Le perdono la intención.

Veo con gusto que tiene gratos recuerdos de su permanencia aquí. Repita las visitas, que a todos nos proporciona placer. Le recuerdo la promesa que me hizo de visitarnos en Mayo del año entrante.

No sé que contarle para hacerle mi correspondencia agradable. ¿Qué cosas le interesan? ¿Qué le diré que le alegre, que le distraiga, que le saque de esa apatía en que vive? Su carta es toda una nota triste. Toma usted la vida demasiado a lo serio. Cierre un poco los ojos y será feliz. Esfuérzese, disipe esa atmósfera escéptica en que vive. Tiene usted una alma delicada, sensible y soñadora. Estas condiciones le son fatales. Dedíquese al arte, ya que nació con virtud para ella y amor a la belleza. Esto le distraerá mucho. La lectura de sus cartas nos interesa y nos halaga. ¡Escribe usted tan bien! ¡Sabe expresarse con tanto sentimiento! ¡Cómo le envidio!

Todo sigue aquí lo mismo. Con la aproximación al verano la vida sociable ha perdido su encanto. Dispongo ahora de tiempo para leer y escribir. Ambas cosas las he tomado con pasión y mucho me entretienen.

Abuelito y Blanquita me encargan muchas cosas para usted. Parece mentira que les haya sugestionado en la forma que lo ha hecho. Es tanto lo que Blanca le

estima, que se molesta cuando le digo que la amistad no es con ella sino conmigo. El coronel sigue leyendo periódicos de Lima. Se entusiasma cuando encuentra correspondencias de usted dirigidas desde Buenos Aires, y le echa de menos cada vez que desea discutir las cosas del Perú.

Si algo se le ofrece por aquí, no olvide el gusto que nos daría servirle.

Adiós. Escríbame a menudo y no se olvide de su amiga,

Teresa.

Por mucho tiempo he tenido el candor de creer que Teresa vivía ignorante del amor que le profeso. Qué tontos nos pone la pasión, y cuando nos llega el desengaño, que triste es saber que hemos hecho el papel del avestruz. Posee Teresa, como todas las mujeres, el arte de disimular su indiferencia cuando la reflexión así lo exige. Finge no ver ni sospechar lo que existe en mi alma. ¿Qué otra cosa le queda por hacer en su doble empeño de resistir a mi amor y de buscar mi amistad? Tiéneme estimación y benevolencia; tal vez

lástima de mi locura. Conociéndola, la compadece sin fomentarla; y posiblemente procura curarme de ella. Desea no perder al amigo, y siendo su propósito verme razonable, redobla sus finezas, sus consejos casi sus halagos. Sólo a un hermano en desgracia por el cual se tuviera sentido afecto se le dirían por escrito las ternezas que Teresa me dedica en su carta. En el mismo reproche, un tanto duro que me hace, llamándome incorregible, ¿no debo ver una exhortación amistosa?

---

6 de febrero.

Hoy hace un año que Bolivia firmó un tratado de alianza con nosotros. Ansioso el Perú de asegurar la paz entre las repúblicas del Pacífico por medio del arbitraje, convino en prestarle el apoyo que necesita para precaverla de la ambición de sus vecinos. De entonces acá, ¡qué amargas y variadas vicisitudes han esterilizado

nuestro anhelo! Si quisiera analizarlas, ¡qué cúmulo de enseñanzas dolorosas no hallaría en ellas! Las veleidades de Bolivia no tienen nombre. Incondicionalmente de nuestro lado hasta ayer, parece que hoy estuviera haciendo política chilena. Es inconcebible la serenidad de Baptista para mantenerse sordo a las exigencias de Irigoyen, de Uriburu y de La Torre. Hay quien cree que el mentor de su política es Carlos Walker Martínez, ministro de Chile en Sucre, aunque opina Pardo, y creo que está en lo justo, que Bolivia lo único que quiere y que ha buscado es la alianza con el Perú, importándole muy poco formalizarla con la Argentina. Cuando Ballivián, en su viaje de Europa a la Paz pocos meses antes de subir a la presidencia pasó por Lima, y durante su permanencia en ella tuvo varias conferencias con Pardo, se impuso perfectamente del espíritu del tratado solicitado por su antesesor, don Tomás Frías. Hiciéronle comprender entonces, que perder tiempo en solucionar radicalmente la cuestión de su litoral equivalía a dárselo a ganar a Chile, y que el buen éxito de la alianza de-

pendía de la prontitud con que se procediera antes de la llegada de los dos blindados mandados hacer. Habiendo quedado este eminente estadista convencido y hasta entusiasta con cuanto Pardo le dijo, ¿cómo es posible que hoy se deje dominar por Baptista y le apoye en la inercia voluntaria que ese ministro se ha impuesto?

Procedimiento tan inesperado de parte de Bolivia, ha enfriado los entusiasmos del Perú. En una carta que últimamente Riva Agüero ha dirigido a La Torre y de la cual nos ha llegado copia, el primero le dice al segundo: *Mi opinión es que debemos declarar al señor Baptista que no habiendo atendido ninguno de nuestros consejos, nos vemos obligados a prevenirle que en adelante, toda cuestión que surja y ocasione conflictos entre su país y Chile, deberá circunscribirse a ellos solos, ya que el Perú no podrá tomar en ella parte sino puramente para ofrecer sus buenos oficios. Debe usted decirle también, que desechadas por Bolivia todas las oportunidades de una secreta inteligencia, el Perú no se expondrá a sostener una guerra desfavora-*

ble para él si ésta estallase después de la salida de los blindados. Que en esta virtud, nos creemos desligados de las obligaciones del tratado en la presente cuestión.

Personalmente a Irigoyen, Riva Agüero le dice: *Hasta la saciedad le he repetido a Terrazas, (ministro de Bolivia en Lima) que si no ven avenimiento posible con Chile deben romper con él; que hay gran peligro en la política de los aplazamientos; y que no será extraño que lo que no hicieran en tiempo oportuno, lo quieran hacer o se vean obligados a hacerlo cuando ya sea necesario comprometer al Perú en una lucha que ahora no podría empeñarse por no tener Chile elementos para sostenerla. Si dejan pasar esta oportunidad, si dejan que Chile reciba sus blindados, será tarde y tendrán que pasar por las horcas caudinas.*

---

30 de Abril

¡Qué desesperados nos tiene a todos la actitud de Baptista! Uriburu refiriéndo-

se a sus gestiones en Sucre, le escribe a Sarmiento: "mi opinión es que Bolivia no quiere la alianza." Riva Agüero va más allá en sus apreciaciones, y en carta que le escribe a La Torre, le dice: "Bolivia tendrá que pagar con su litoral la falta de capacidad que se observa en los hombres que hoy dirigen su política."

A esta situación penosa e impaciente en que vivimos por causa del canciller sucrense, se ha agregado otra nueva y muy delicada que tiene origen en la actitud que en nuestros asuntos internacionales ha tomado el Imperio del Brasil. Siendo difíciles las relaciones diplomáticas de ese país con la Argentina por la controversia que ambas sostienen sobre los territorios de Misiones, por causa de la guerra del Paraguay, por la influencia que ambas pretenden ejercer en el gobierno del país vencido, y por la emulación consiguiente a dos naciones que son vecinas, las conferencias de Irigoyen con Tejedor han despertado recelos en los ministros de Don Pedro II, acreditados aquí, en Montevideo y en Santiago de Chile. Cada uno, a su modo, ha informado a su gobierno lo

que ha oído, siendo da Andrade, el ministro acreditado ante el gobierno de la Moneda el que más exagera las cosas. Por fortuna, el Perú, cultiva relaciones muy cordiales con el Imperio, contribuyendo a ello la acción personal del ministro del Brasil en Lima, señor don Felipe Pereyra Leal, casado con la señora Lavalle, relacionada del presidente Pardo. Esta circunstancia y la lealtad con que ha procedido la cancillería peruana, informando a Leal en forma reservada del alcance que tiene el tratado de alianza aprobado por la cámara de diputados argentina, ha contribuído a tranquilizar al Emperador don Pedro II y a impedir la alianza del Imperio con Chile, solicitada primero por Blest Gana, actual ministro en Buenos Aires, y después por don Domingo Santa María, que fué a Río en misión especial y quién tampoco tuvo éxito en sus gestiones. En estos momentos, la influencia del Perú, debida a la acción de Leal, es tan manifiesta, que sin gran esfuerzo ha conseguido el que se retire a da Andrade de Santiago, y sea sustituído con el señor da Ponte Ribeyro, muy afecto al Perú por diversas

causas y en especial por hallarse casado con Margarita Aliaga y de la Puente, una de las limeñas más bellas y más aristócratas.

1.° de mayo.

Hay motivos para creer que una copia auténtica del tratado de alianza firmado por el Perú con Bolivia ha llegado a la Moneda, y que ella ha sido entregada a da Ponte para que la envíe a su gobierno. Es únicamente admitiendo la realidad de esta suposición como es posible explicarse las nuevas exigencias de la cancillería de Río. Hay quien dice que Carlos Walker Martínez es el autor de todo este embrollo, siendo él el que ha remitido la copia que tanto ha alarmado al ministro de Relaciones Exteriores del Brasil, el visconde de Caravilles. Cómo y dónde se consiguió esta copia, es lo que hoy y probablemente nunca nadie llegará a saber.

Riva Agüero nos tiene al corriente de

cuanto ocurre. En su última carta a Irigoyen le dice:

Siguen los diplomáticos brasileños en grande alarma y llenando la secretaría de Relaciones Exteriores de informes más o menos inexactos y datos más o menos exagerados. Araguaya vé visiones, cree ya la alianza en lucha, vé, la guerra inminente y aconseja que se acepte la alianza de Chile. Allencar desde la Paz y Agenor da Andrade desde Montevideo, insisten sobre lo mismo. El pobre da Ponte, tan amigo del Perú, teme que pronto nos encontremos frente a frente y sin saber cómo ni querer-lo, con los ejércitos del Imperio, por alguna cuestión como la de la Villa Occidental u otra de su especie. El gobierno brasileño, apesar de las seguridades que le dá el Sr. Leal de que no pensamos en guerra y que la alianza no puede tener por objeto atacar al Imperio, el gobierno imperial, digo, está con la oreja parada y no se duerme en cuanto a preparativos. Todo esto hace muy necesario que antes de formalizarse la adhesión haya un protocolo en el sentido que indiqué a Ud. de oficio, y, particularmente, que se declare que la alianza

queda circunscrita a las cuestiones que ya he indicado a Ud. en mi anterior. Esto es cada día más preciso. De otro modo quizás tengamos alianza chileno-brasileña, de la que ya ha hablado Allencar en Bolivia con varias personas. Recomiendo a Ud. mucho este asunto que puede ser de gran trascendencia para más tarde.....

Obligado Irigoyen a cumplir las instrucciones recibidas de Lima para adicionar los pactos de Octubre con el protocolo firmado ya entre Leal y Riva Agüero, difícil le ha sido convencer a Tejedor.

—Necesitamos—le dijo—conseguir la neutralidad del Brasil, contar con su indiferencia cuando llegue el momento de tomar la actitud que nos corresponde ante el gobierno de la Moneda. Es menester que Chile quede radicalmente derrotado en sus anhelos de aliarse con Don Pedro II, y que se encuentre sola en América a la hora en que agotados los medios conciliatorios en nuestro empeño de imponer el arbitraje, sea necesario amenazarla con los cañones de nuestra escuadra. Y como Pardo, hábilmente ha conseguido del Brasil esta promesa de neutralidad sin menosca-

bar los derechos, las exigencias ni las reclamaciones territoriales que la Argentina mantiene en sus controversias con el Imperio, temeraria imprudencia sería no suscribir el pacto adicional sometido a su consideración.

Fueron de este peso las razones que Irigoyen, según me ha contado, siguió dando a Tejedor en su empeño de sacar triunfante la política del Perú. Al terminar su discurso le preguntó:

—¿Qué pérdida moral o material vá a experimentar la Argentina al convenir en la adición?

Tejedor le contestó:

—La pérdida del auxilio que el Perú está obligado a darnos en nuestras controversias de límites con el Brasil, auxilio que exigimos en reciprocidad de lo que hemos ofrecido para terminar los asuntos del Pacífico.

—Si el Brasil, a semejanza de Chile—le replicó Irigoyen,—atropellando el principio del arbitraje pretendiera conquistar por medio de la fuerza el territorio de Misiones origen de las actuales dificultades, créame señor Tejedor, que las sim-

patías del Perú y aún sus auxilios materiales estarían del lado de la Argentina existiera o no un tratado de alianza. Pretende lo contrario; don Pedro está dispuesto a someter sus cuestiones de frontera a un tribunal de derecho; y en tal situación, siendo y habiendo sido siempre el Perú el paladín del arbitraje, su neutralidad en estas controversias tiene que ser sincera. Tocante a la reciprocidad, materia que ha rozado Ud. en la respuesta que acabo de darle, debo precisar que el Perú por su situación geográfica y por su fuerza económica y militar no ha pedido sino ha ofrecido auxilio a Bolivia y a la Argentina. Quiere la paz en América, necesita el actual equilibrio y aspira a que sus intereses no sufran menoscabo mediante las conquistas que se hagan por otra potencia. Por esto sale a la defensa de los bolivianos y de los argentinos. Si otros fueran sus propósitos, si buscara mayor engrandecimiento a expensas de lo ajeno, la alianza no se hubiera firmado con ustedes sino con las cancillerías de Chile y del Brasil.

15 de mayo.

Hace una semana que Tejedor convino en circunscribir los efectos del tratado a los asuntos del Pacífico. Tiembla ante la idea de que sus vecinos se coaliguen, teme que el Perú se enoje, y a todo está dispuesto siempre que nuestro gobierno le garantice la defensa de sus territorios limítrofes con Chile.

El triunfo de Irigoyen ha producido magnífico efecto en Lima. Pardo, Riva-Agüero y Leal le han felicitado muy cordialmente. Este último está contentísimo. Sugestionado por Pardo, ayudado por da Ponte y contrariando los propósitos de sus colegas acreditados ante los gobiernos de Sucre, de Santiago, de Montevideo y de Buenos Aires, se ha hecho oir en Río, y ha impuesto su plan de neutralidad. Chile queda derrotado y a merced de la alianza. Ibañez lo sabe, y por su consejo se ha dado orden para que el *Cochrane* salga de Inglaterra inmediatamente para Valparaíso, puerto en el cual le acabarán de armar. Temen la guerra, la ven venir de un momento a otro y se apresuran a sacar el

blindado que tienen semi construido, en la seguridad de que el gobierno inglés impedirá su salida si el conflicto armado se produce.

¡Qué figura la de Pardo en estos momentos! Como estadista, creo que no haya nada superior a él en la América Latina. Es admirable la precisión con que sus planes se realizan. Bolivia resiste aún sus insinuaciones, aunque cree Irigoyen que hasta ahora no se ha ejercido verdadera presión sobre ella, siendo el plan de Pardo precipitar las cosas y adelantar los sucesos sin esperar que el senado argentino apruebe el tratado. Uno de los motivos que me induce a sospechar que Pardo tiene acordado algo muy grave y de resultados violentos, es la promesa que Irigoyen le ha arrancado a Sarmiento de mediar conjuntamente con el Perú en los asuntos de Chile con Bolivia y aún de intervenir en el caso de que esta mediación no sea aceptada por el gobierno de la Moneda, enviando al paso de Uspallata cuatro mil hombres los cuales actuarían de acuerdo con el bloqueo de Valparaíso por la escuadra peruana.

1.º de junio.

Teresa se ausenta de Chile, y su marcha a Europa deja en mi corazón un vacío que solo ella sabía llenar. Enfermo de tanto querer, herido por un sentimiento que cada día se hace más intenso, su ida me deja dolorido y desorientado. No estoy en condiciones de seguirla y esto me desespera.

La carta en que ella me comunica la noticia, dice así:

Estamos apuradísimas preparando nuestro viaje a Europa, y antes de partir quiero enviarle mi despedida. Me remuerde la conciencia no haberle contestado su última carta, carta en la cual está usted exquisitamente amable.

Cuando esta llegue a sus manos, ya estaré navegando hacia Panamá. El viernes partimos para el Callao, y en Lima quedaremos hasta que mi abuelo pueda verse con el señor Pardo, para quien lleva un mensaje verbal importantísimo del presidente Errázuriz.

Me voy sin anuncio, sin adioses, como alguien que se evade. Hago una excepción

con usted, seguro de que deplorará mi partida y seguirá recordándome con cariño.

Todos hemos visto con pena el que no haya venido a Valparaíso, como lo ofreció para el verano la última vez que estuvo aquí. Ahora, ¡quién sabe hasta cuando no le veremos! De todos modos, no se olvide usted de mí y escríbame a menudo. Yo le mandaré en cuanto pueda mi nueva dirección.

De Colón partimos directamente a Italia. Pasaremos quince días en una playa de mar muy de moda cerca de Génova y emplearemos el otoño en hacer un tour a España y al sur de Francia, visitando naturalmente Lourdes y Monte-Carlo. El abuelo nos instalará en Roma para mediados del otoño, y por algunos meses vivirá solo en Inglaterra activando las construcciones navales que se hacen para Chile.

Amante como soy de los viajes, es indecible la felicidad que me produce el saber que por Europa podré moverme a mi deseo. Créame, que mi dicha sería completa si usted y Lucho pudieran acompañarme.

Dispense la letra. Ella está tan enredada que yo misma no lo comprendo. Arivederci, caro amigo mio. Mi próxima carta será en italiano. Me voy a dedicar a las bellas artes. Propóngome estudiar el piano y la pintura.

No se olvide de mí, y crea siempre que tiene una amiga que lo aprecia y lo estima.

---

10 de junio.

Si Irigoyen no viviera tan concentrado en sus asuntos diplomáticos, ya hubiera notado la impresión que me ha producido la carta de Teresa. No me tiene por tímido y desmañado; pero sí por misántropo, no obstante que en sociedad hago lo posible por manejarme con despejo. En su presencia finjo alegría y mediante ella logro engañarle. El otro día me sorprendió en casa de Tejedor, en noche de tertulia, arrellenado en un sillón, con los ojos entornados,

triste el semblante y en actitud meditabunda. No me dijo una palabra. Me cree enfermo y acaso me compadece.

Ese entusiasmo vivificador que creaba ascensos diplomáticos en mi acalorada imaginación se ha extinguido. Ya no recogo las delicias que la proximidad de Teresa derramaba en mi espíritu. Por una extraña sugestión que mi mente no comprende, estando ella en Valparaíso la sentía cerca de mí, tan a mi lado como si pocas horas me separaran de su persona. Jamás un hombre fué atormentado como lo soy yo en este momento. Necesito curarme, echar fuera de mi alma este amor imposible, asolador y cruel que solo me hace daño y que acabará por conducirme a la locura.

El medio, el aislamiento en que vivo aumentan mi desdicha. Estoy dominado por una melancolía enfermiza. Las facultades de mi alma, hasta ayer tan activas, han perdido su vigor. Sólo encuentro placer en la naturaleza. ¡Qué sentida atracción ejerce sobre mí la misteriosa soledad de la noche. la pálida luz de su astro! ¡Cuánto bien me haría

el regreso en estos momentos! En Lima, al lado de los míos, ¿acaso no sería otro hombre?

---

30 de junio.

Irigoyen ha partido para Río. Por ahora, nada tiene que hacer aquí. El ardor y la lealtad de Sarmiento por la alianza es completa. El triunfo de la cancillería peruana en Buenos Aires es absoluto. ¡Qué gloria para Riva Agüero y para mi ministro; pero mucha más para Pardo, autor de esta política internacional!

Asegurada la adhesión argentina, nos conviene ahora consolidar la amistad que mantenemos con el Brasil. Irigoyen lleva este propósito. Visitará en Petrópolis al Emperador y al Visconde de Caravilles, su ministro, y de viva voz les repetirá cuanto Pardo y Riva Agüero han dicho a Leal en Lima. Procediendo con lealtad, les probará que la alian-

za es defensiva y su único propósito mantener la paz y el equilibrio sudamericano. A este respecto, las instrucciones de Pardo son terminantes. Ellas dicen:

. . . . . *El tratado no se ha estipulado con mira hostil y agresiva contra nación alguna determinada; su fin, para los contratantes, no es otro que garantirse mutuamente contra toda agresión extranjera y llegar a una situación justa y racional en las cuestiones de límites, evitando usurpaciones de territorios que pueden perjudicar sus recíprocos intereses. Lejos de alentar tendencias belicosas, el tratado procura evitar la guerra como medio de zanjar cuestiones entre países vecinos, sustituyéndola con otro medio racional y equitativo, consagrado por la civilización, cual es el arbitraje de una tercera potencia* .....

1.° de julio.

Hace quince días que Irigoyen partió para el Brasil. Acostumbrado a su grata compañía, a su suave, serena y reflexiva palabra, su ausencia me tiene triste. ¡Cuánta falta me hacen sus afectos y sus enseñanzas! ¡Qué buen sentido, qué juicio tan recto el que predomina en sus actos!

Pretextando una dolencia pulmonar que no sufro, le he negado mi concurso en mitad de la jornada y en momentos en que la suerte del Perú pende de la actitud que tome la cancillería de Petrópolis. Gusta de mi persona, mucho más de mi labor, también de mi competencia en Derecho Internacional y del estilo que empleo en la correspondencia.

Siendo Río una ciudad malsana, calurosa, debilitante, donde la fiebre amarilla hace estragos en los veranos, Irigoyen no ha insistido en sus ruegos. Tenaz al principio en sus súplicas, al fin ha convenido en que estando *débil* debo re-

gresar a Lima. Ansioso de verme pronto restablecido, reproduce en su carta a Riva Agüero los motivos que doy en la mía para pedir seis meses de licencia. Esta me ha llegado, y mañana parto para el Perú por la vía del Estrecho.

Estando Valparaíso en mi camino, mis plantas volverán a hollar ese amado pedazo de tierra chilena donde tan emocionantes días pasé al lado de mi amada. ¡Cuánta fuerza de voluntad me será necesaria para que mi alma, siempre dispuesta al enardecimiento, se mantenga quieta cuando mis pasos resuenen en la estrecha bóveda del Espíritu Santo!

¡Cerro Alegre! ¡Mansión deliciosa en que Teresa vivía! Perseguido como estoy por su imagen, ¿tendré valor para escalar la altura y aspirar de nuevo el perfume de las madreselvas que adornan las ventanas de su alcoba?

LIMA

25 de julio.

Nuevamente respiro las brisas de mi patria, y al pensar que errante y peregrino he caminado por tan lejanas tierras, cuanto me ha ocurrido gravita en mi alma como una bruma fantástica, como visión creada por un estado de locura.

Al fin me hallo bajo la influencia de los míos, influencia bendita y saludable, cuya gracia principio a experimentar.

¡Qué gratas son las emociones y dulzuras del regreso! Me recibieron a bordo mi padre y el tío Enrique. En com-

pañía de ellos llegué a casa de la tía Josefa, donde el resto de la familia me salió al encuentro. Fué para la anciana mi primer abrazo. Repuesto de la sentida emoción que me causó su ternura, y principiando por el tío Jerónimo y acabando por la criada Marcelina, seguí recibiendo las caricias de la bienvenida. Una cara nueva me llamó la atención. Observó la tía abuela mi sorpresa, y sin darme tiempo a preguntar nada, con el entusiasmo que causa el presentar una persona que se quiere, me dijo:

—Es tu prima Laura, Luis; ¿es posible que del todo te hayas olvidado de ella?

Viéndome confuso, y que por toda manifestación de afecto me limité a darle la mano, añadió:

—No seas desamoroso. Abrázala. Hace ocho meses que vive conmigo. Su cariño ha mitigado en mucho las tristezas que me causó tu ausencia. Ha sido mi secretaria: escribía mis cartas y leía las tuyas. Afectuosa como es, juntas hemos derramado nuestras lágrimas, cuando nos hablabas de tus soledades, de tus

nostalgias, de lo mucho que nos extrañabas.

Tierno y delicado sentimiento coloreó las mejillas de Laura. Cual si la hubieran cogido en falta, quedó apocada y tímida. Tuve la descortesía de mirarla con fijeza, y con recato y honestidad bajó los ojos. Seguí observándola, y por cortos instantes contemplé las líneas de su busto, la expresión ardiente y melancólica de su fisonomía. Dominado por la incomparable hermosura de la señorita Cortés, de pronto su belleza me pareció vulgar. Hoy que la veo con más calma, hallo en ella extraordinaria distinción, formas ennoblecidas por un sentimiento de modestia.

Fresco y rosáceo el rostro, hay en sus ojos pardos de radiante brillo, destellos de amor y bondad. Laura es alta y robusta, carece de gracia y flexibilidad en el talle, viste con elegancia pero sin gusto. No es expansiva, tampoco alegre; pero sí agradable y muy ingénua. Su carácter es angelical, su cualidad sobresaliente la dulzura. Estando en sus dieciocho años, vive en el campo de las

infantiles ilusiones. La encuentro sincera y sencilla. Sigue en todo los anhelos de su naturaleza, sin desconfiar de sus sentimientos ni de sus impresiones.

Qué atrás necesito ir en el mundo de mis recuerdos para hallarla en sus siete años. Tenía esta edad cuando la dejé con sus padres a bordo del vapor *Trujillo*. Partía para el Ecuador, y en la compañía de mis tíos, en el Callao, les dijimos adiós. Yo era un hombrecito, ella una chiquilla. Recuerdo que al despedirme le dí la mano. Su madre notó mi frialdad y en tono de reconvención me preguntó: "¿Así tan secamente le dices adiós a tu primita?" Rara coincidencia: después de once años, al verla por primera vez, he vuelto a repetir mi falta, siendo la tía Josefa la que ahora me reconviene.

Laura es huérfana. Su madre murió trágicamente en Guayaquil. "Ya llegará el tiempo en que te lo cuente todo", me dijo la anciana hace dos días en momentos en que estuve muy preguntón. La tarde que tal respuesta me dió comí en su casa en la compañía del padre Gonzalo. En la mesa, Laura quedó a mí

frente. Siendo objeto de sus atenciones y sin poder sustraerme a la influencia que su persona ejerce sobre mí, con toda amabilidad correspondí sus miradas. ¡Cómo me encanta la armonía de sus facciones, su rostro puro, su inocente actitud, cierta limpidez mágica en sus ojos. Mirándola con fijeza, creo descubrir en ellos visión naciente de amor, vagos anhelos de algo que no acierto a concretar.

La tía Flora, con sus estravagantes preguntas, y yo describiendo los lugares en que he estado, hicimos entretenida la comida. A las seis rezamos el rosario. Terminado el bendito, la tía Josefa, levantándose del sofá donde estaba sentada, y buscándome la mirada, me dijo: "Quédate aquí con Laura, que yo y Flora en mi cuarto, tenemos que hablar con el padre Gonzalo acerca de un asunto que te concierne y que pronto te comunicaremos".

Me tomó de sorpresa que nos dejaran solos para tratar de mi persona. Mi prima fué la primera en recobrar la sere-

nidad. Sonriente y fingiendo indiferencia, me dijo:

—Algún adefesio. No te preocupes.

—Te equivocas, Laura,—le contesté. Nuestra anciana tía es incapaz de cometer ligerezas, menos de hacer tonterías. Apenas la has tratado ocho meses y por eso no la conoces. Desde que he llegado, observo en ella una preocupación. A mi juicio, persigue un fin, tiene algo que sabiamente desea resolver. Lo que me sorprende es que este propósito se relacione conmigo.

Dejando el tono serio en que hablaba, en broma pregunté a mi prima.

—¿No querrá persistir en sus aspiraciones de hacerme fraile? ¿No habrán vuelto a su deseo las intemperancias que tuvo en la época en que salí del Seminario, cuando hizo cuanto pudo para que optara la carrera eclesiástica?

—No,—me respondió ella con mucha gracia y coquetería.—Lo que quiere es casarte.

—¿Casarme? ¿A mí que soy un mozo pobre y soñador que recién principio a vivir? ¿Y con quién quiere casarme?

—Eso lo sabrás tú; a no ser que te tenga buscada la novia. En este caso, ¿si no te gustara?

—Si no me gustara.....; pues sencillamente no me casaba con ella. ¿Cree, acaso, mi tía, que en estos tiempos se pueden hacer matrimonios en la forma en que los vió ella combinar por su madre en el siglo pasado? A nuestra abuela la desposaron a los dieciseis años; ¿tú no lo sabías? Por primera vez vió al que había de ser su esposo 15 días antes de la ceremonia. Era un procedimiento bien común en esos tiempos, el casar a las personas sin conocer sus caractéres, sin saber si se avenían teniendo, únicamente, en cuenta, sentimientos superficiales que después se volvían humo. Todo esto en la suposición de que yo estuviera cansado de mi soltería; pero si nunca la he amado tanto como hoy, ¿por qué había de dejarla?

Observé que mis protestas la herían en sus sentimientos, y cambiando de tono, la dije:

—¿Te casarías con un hombre sin te-

nerle amor, por el solo hecho de parecerle un buen partido a tus parientes?

—¡Jamás!—me contestó con energía.

No esperé de ella una respuesta tan categórica. Avergonzada de haberse expresado con tanta pasión, y sin coraje para resistir mi mirada, bajó los ojos.

—Primita,—la dije,—estás enamorada.

—Como lo estás tú,— me respondió.

—¿Y cómo lo sabes?

—Lo sé por haber leído tus cartas. Flota en ellas un vago sentimiento de tristeza, un sentido y melancólico despecho que a gritos está denunciando una pasión muy intensa pero también muy contrariada. Tía Josefa, a quien sus años han muerto la noción de lo que es amor, atribuía a pesares nostálgicos los dolores de tu alma tan vivamente pintados en tu correspondencia. Yo que también amo como tú, Luis, amado primo mío, y que tampoco recibo correspondencia, he leído en tus cartas lo que nunca sospechaste pudiera ser adivinado por una mujer.

Sin conocerla, sin saber siquiera su nombre, Laura, me hablaba de Teresa, y

movido por un sentimiento de gratitud, su persona se me ha hecho interesante. Su piedad y su ternura me han ganado el corazón. Descubro ahora en su frente tranquila un mundo de esperanzas, y en las pupilas de sus ojos y en los pliegues de sus párpados un algo que cual si fuera divino me atrae y me conmueve.

Después de mucho hablarla, un tanto movido por la curiosidad, y no menos incitado por un asomo de celos, casi con mal humor la pregunté:

—¿Y quién es él?

En el mismo tono me respondió:

—¿Y quién es ella?

1.° de agosto.

De cuanto me está sirviendo la indiscreción de la tía Flora. Debido al poco acierto con que discurre, vivo al corriente de cuanto pasa en este lío novelesco y un tanto romántico del casorio que me quieren imponer.

Sin gran insistencia de mi parte, la consabida tía ha satisfecho mi curiosidad, relatándome la conversación tenida con el padre Gonzalo. Según me cuenta, el diálogo principió así:

—Habla tú, Flora,—díjole la anciana.

—Pues señor,—dijo ella,—aunque no tengo hijos y de ello doy gracias a Dios, tengo sobrinos, como los tienes tu *tiíta,* y teniéndolos, estamos obligadas a darles estado. Para esto le hemos mandado llamar, padre Gonzalo y en verdad que viene usted en un momento muy oportuno.

—Pues, ¿qué ocurre?—preguntó éste.

—Que hemos resuelto casar a Laura.

—¡Padre mío San Francisco!—exclamó el guardián.

—Y no hemos querido proceder sin hablar con usted, a quien, para todo lo relativo a ella le consideramos como de la familia.

—¡Dios se lo pague!—exclamó el padre Gonzalo.—¡Hija de mi alma! Como a tal la quiero. Conozco sus desgracias y por ella me intereso. Pero, la pícara,

¿cómo tenía su quebradero de cabeza y no me había dicho nada en el confesionario?

—Qué quebradero de cabeza ni ocho cuartos; si no sabe nada,—dijo ella.

—¡Ah!—exclamó el guardián:—entonces es el galán quien la ha pedido.

—¿Qué no acierta usted?—le preguntó;—si él tampoco sabe nada.

—¿Qué no sabe nada ni ella ni él? ¡Alabado sea el Señor! Entonces ¿qué matrimonio es este?

—El matrimonio de Luis con Laura, —le contestó con mucha calma la anciana.

Estaba tan distante de suponer en ese momento que mis tías proyectaban casarme con Laura, que si en lugar de tan violenta noticia me hubieran dicho que el padre Gonzalo pensaba colgar los hábitos, no hubiera experimentado tanto asombro. Sin hacer caso de mis interrupciones, sin observar siquiera la cara de admiración que debía tener, la tía Flora continuó hablando, y hablando siguió por mucho tiempo, sin darse cuen-

ta que en mi estupor yo ya no la entendía una palabra.

Estábamos en esta plática, cuando entró Laura.

—Ya lo sabe todo,—díjola con entera naturalidad.

La presencia de mi prima me causó ligero estremecimiento, y como si hubiera sido movido por un resorte me puse en pie. Suave rubor cubría su rostro. Pasada la primera impresión, Laura, fijándome la mirada para conocer el efecto que pudieran causarme sus palabras, dijo:

—Este matrimonio es imposible. Luis está enamorado de una mujer que no soy yo; y yo de un hombre que no es él.

—No digas tonterías, sobrina mía,—le observó la tía Flora.—Dios escribe la historia de nuestras vidas, y en las de ustedes hay un capítulo que dice: De como se hizo el matrimonio de Luis con Laura.

Siguió el diálogo entre la tía y la prima, y sin poderlo evitar me mantuve callado y confuso. Sin fuerzas para protestar, sin entusiasmos para amol-

darme a la situación, que papel tan triste me fué reservado en esa escena. Laura estuvo habladora, también mi tía; pero si ésta solo tuvo desatinos y vulgaridades que decir, aquella, con asombro mío, se mantuvo en el campo de la lógica y de la razón. Batida en este terreno, la hermana de mi madre, poco a poco fué violentándose, y con gran enojo, a gritos, nos botó de su cuarto. Salimos de el, riéndonos, Laura y yo, y esto acabó de encolerizarla.

—En las tantas novelas que has leído, mi estimado Luis,—me preguntó ella cuando nos sentamos en la sala,—¿has hallado una cuyo argumento tenga semejanza a este peregrino propósito de casar por la fuerza a dos personas?

—Fué tema manoseado en el siglo XVIII, en la comedia española,—le contesté—debiendo llamar tu atención que el final fué siempre el matrimonio por amor de la pareja cuya voluntad se quizo forzar.

—No te asuste el precedente, primo mío, y estate sin cuidado que esto no se realizará con nosotros. Tu indiferencia

me lo garantiza. Me has comparado con ella, con la que te tiene loco, y sin darte cuenta me has visto con frialdad. Algo idéntico ha pasado en mi. Yo, que tampoco estoy correspondida por el hombre a quien amo, acaso no pudiera olvidarle nunca; pero tú, ¿has de ser menos constante y apasionado que yo?

Obligado a darla una respuesta, la dije:

—La modestia y el temor son las más bellas virtudes en el alma de una mujer. ¡Cuánta delicadeza y timidez, cuánta exuberancia de sentimientos posee la tuya! ¡Eres adorable, prima mía!

---

10 de agosto.

¡Qué ingenio tan penetrante el que posee mi prima! ¡Qué bien me adivina el pensamiento; con qué destreza conoce mis engaños y separa la verdad de la mentira! Sabe hablar, es elocuente, y

como todo lo dice con exquisita dulzura, con encantadora melancolía, si no enamora a lo menos atrae. Su historia la hace aun más interesante. Oyéndola relatar a mi tía Josefa, me he sentido conmovido; y pensando en ella, he derramado lágrimas de ternura.

—Fué su madre,—díjome ésta refiriéndose a mi prima Laura,—mujer de extraordinaria belleza. Mi hermana murió dejándola de siete años. Con un espíritu inquieto, desavenido y amante de novedades, su crianza me dió infinitos trabajos. Tuve suerte en casarla en su temprana edad, y más en escoger para ella entre los muchos pretendientes que tuvo, a don Manuel Lezameta, un hombre natural de Loja, comerciante en Guayaquil, de carácter y gran fortuna. Casados vivieron algún tiempo en Lima y el resto en el Ecuador. Tenía Laura quince años cuando su padre murió en Guayaquil. Desgracia tan inesperada, acontecida en una ciudad en que mi sobrina María no tenía otro pariente que su cuñado José Lezameta, la dejó en espantosa soledad. José es soltero, su

familia está en Loja, y como es raro y vive solo, no fué mucha la solicitud con que miró el abandono de tu tía. En tal circunstancia, el empeño que mi sobrina puso en quedarse en tierra extraña llamó mi atención. Si no tenía nada que hacer por allá desde que los negocios de su finado esposo quedaban en manos del hermano que siempre fué el jefe de la casa comercial y que trimestralmente le siguió pasando el importe correspondiente a sus utilidades, ¿por qué el propósito de radicarse fuera de su familia? Hizo la tía una pausa y continuó:

—Un año entero me pasé llamándola, sin conseguir que jamás me señalara plazo para su regreso a Lima. Este manifiesto deseo de no querer vivir a mi lado, trájome la sospecha de que algo la atraía por el Guayas, pudiendo ser esto un amor a la peligrosa edad de los treintaiocho años. Sus intemperancias, sus fogosidades, sus tendencias a buscar hombres que la enamoraran, tan manifiestas a los dieciseis años, volvieron a ser objeto de mis meditaciones y pusiéronme tan triste y preocupada como en los

tiempos que corrieron en el comienzo de su juventud. Un anónimo me trajo la noticia de que se había enamorado de un hombre casado. En tal situación, reuní a la familia. Recuerdo que nos congregamos en esta alcoba diez días después de tu partida para Buenos Aires. Acordamos traerla. Por dos veces, tu tío Jerónimo se comprometió a ir en su busca, más dada su negligencia, sus ofertas quedaron sin cumplirse. Vivía en esta ansiedad, cuando una tarde se me presentó Laura sola.

—¡Sola!—exclamé.

—Sí, sola,—me repitió.—Me la trajo una señora Elizalde. Ya sabes que no soy mujer de nerviosidades. Sin embargo, la presencia de esta niña, su aire melancólico, las muchas lágrimas que derramó al abrazarme, no solamente me conmovieron sino también me conturbaron. Conseguí serenarme y ya tranquila le pregunté por su madre. Lacónicamente me dió cuenta de ella. Se acordó, entonces, que traía una carta para mi y la puso en mis manos. La tomé con repugnancia y temerosa que su contenido me fuera desagradable, la

coloqué bajo mi almohada. Fué en la noche, después que rezamos el rosario y en hora en que me encontré sola, cuando la abrí y la leí. ¡Qué carta, sobrino mío! Su lectura me dejó enferma por varios meses. Quiero que te impongas de ella. Está en el primer cajón de mi cómoda. Sácala, léela y después quémala en mi presencia. Hasta ahora solo dos personas la conocen: yo y tu tío Jerónimo.

Maquinalmente, casi como un autómata, cumplí con la voluntad de mi tía. No he nacido para lo dramático, menos para lo trágico. Mi espíritu es el de un simple soñador, amante de la belleza en sus manifestaciones más puras. Toda fealdad moral o física me hace daño. Dios me ha creado así y no está en mis manos ser de otra manera.

La carta que después de leer consumí a la llama de una vela, decía así:

Amada tíita:

Cuando esta llegue a tus manos, tu sobrina María habrá dejado de existir. La pasión me ha vencido ¡Maldito amor!

Ha podido más que todo, más que mi nombre, que mi orgullo, que mi vergüenza, más que mi hija. Abandonada por el hombre que fué mi amante, por el único que he querido en mi vida, no me queda otro recurso que irme de este mundo. Resolución tan terrible, me ha traído un reposo y un bienestar que nunca creí sentir. En tan duro trance, con entera placidez lo dejaría todo, si la existencia de mi hija no conturbara profundamente mi espíritu. ¡Pobre Laura!, la he engañado, diciéndole que tu la llamas. ¡Qué tiernamente me he despedido de ella! Ignora que ha recibido el último abrazo de su madre, y como la he ofrecido juntarme con ella, confiada, pero triste y llorosa la veo partir. Quiero que la desgracia la encuentre a tu lado, quiero que te hagas cargo de ella y que la consueles en su desesperación. Conforta su espíritu, exalta su fé, fomenta su caridad. ¡Títa de mi alma: que no me maldiga! ¡La maldición de nuestros hijos es la única que debe conmover la justicia divina! Es cariñosa, es buena, nunca te dará un disgusto. No le cuentes de pronto la triste historia

de su madre. Oyéndola, una conmoción cerebral la mataría. Tiene sentimientos religiosos. Aquí ha querido ser monja. Fué educada por las madres de los Sagrados Corazones y aspira a quedarse con ellas. Posiblemente no he dado a su corazón todo el abrigo que la debo como madre. Es rica, hermosa, tiene talento. Con tales condiciones, ¿te será difícil encontrarle un marido que la comprenda, que la estime y que la haga feliz?

Adiós, tía de mi alma. Que tu bendición me encuentre a mitad de camino en el viaje a la vida eterna que voy a emprender. Dile a Laura que he muerto envenenada por error de un boticario. Dile que la bendigo, que sea buena y que nunca me olvide en sus oraciones.

Tu sobrina

María.

—Esperaba tus lágrimas, sobrino mío, —díjome emocionada mi tía al verlas correr.—Bienaventurados los que usan de misericordia porque ellos conseguirán misericordia. Bienaventurado el que in-

vestiga las necesidades y aflicciones de sus hermanos. Bienaventurado el que piensa en el necesitado y el pobre, porque en el día malo le librará el Señor. Si él llega a caer en necesidad, el Señor le socorrerá. Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados.

A su derecha tomé asiento en la silla baja en que coloca su costura, recliné mi cabeza sobre su regazo, y sus consoladoras palabras confortaron mi alma.

—Espíritu selecto,—continuó ella, — fruto de bondad divina, hay en tu corazón un tesoro de ternura. Has unido tus lágrimas a las mías. Las esperaba. ¡Es tanta la desventura de tu prima! ¡Pobre niña! Qué mañana tan triste la que precede al día de su existencia. Quiera Dios darla una tarde apacible, consoladora, llena de amor y de correspondencia. Qué trabajo me ha costado retenerla a mi lado y conseguir de ella que renuncie a lo que llama su vocación al cláustro. Un mes entero lo pasó llorando. Por fortuna, tu tío Jerónimo, la ha tomado a su cargo; le habla, la domina y la tiene transformada. ¡Lo que es el

poder del sentimiento cuando está unido al de la inteligencia! Tú, también, sin pensarlo, desde Buenos Aires, con tus cartas románticas, llenas de melancolía, has despertado en su corazón sentimientos de amor y entusiasmos por la naturaleza, alentando sus aficiones al torbellino mundial. Con el mismo dulce embeleso con que se lee una emocionante poesía, así ha puesto sus sentidos en los hermosos párrafos de tus cartas. Quiso conocerte por retrato, teniendo de tí pocos recuerdos. Tus ojos grandes, hermosos, soñadores, tus cabellos. negros, abundantes, ondeados, la han conmovido. Dice que está enamorada de un hombre y no quiere ni darme las señas de él ¡Pobrecilla!, ¡cómo si yo no supiera ya quién es! Huérfana, sola en el mundo, ha encontrado en mi hogar el calor que tal vez no halló en el suyo. La madre vivía para otro. Sin hijos yo, sin hijos Flora y tus tíos, esta niña nos ha cautivado el corazón. Su juventud, su belleza, sus encantos, han conmovido nuestros espíritus adormidos. Su presencia los ha despertado. Ha venido a nuestra

casa en la última hora de nuestra existencia, en aquella en que más se quiere, posiblemente porque estamos en el trance de la despedida.

---

15 de agosto.

Estoy de moda. Que mis amigos me visiten y me agasajen donde Broggi, convidándome *bitters,* que las familias que conozco me saluden por medio de tarjetas, y que mi tía Rosa haya festejado mi llegada con una comida a la que asistieron algunas personas extrañas a la familia, son cosas que esperaba; pero que don Manuel Pardo me haya sentado a su mesa es algo que nunca supuse, que a mi y a mis tíos nos tiene llenos de orgullo. Fuí recibido por éste en Palacio a los dos días de mi llegada. Como la vez anterior, Manuel Marcos Salazar me llevó donde él. Le encontré conferenciando con los gerentes de los Bancos

Lima, Providencia, Perú, Nacional, del Perú y Londres México y Sud América sobre la cuestión monetaria, hoy en crisis. Apenas me vió, se levantó de la butaca que ocupaba, vino hacia mí, me apretó la mano, y dejando desatendidos por cortos instantes a los banqueros, en pie, me dijo:

—Veo con gusto que su salud ha mejorado en el viaje. Irigoyen me dice que es usted portador de noticias verbales de mucho interés. Aquí es imposible que le oiga. Quiero que mañana coma conmigo.

Pardo, rompiendo la tradición de los presidentes militares, que en su mayoría vivieron siempre en Palacio, habita la casa que tiene en la Pileta de la Trinidad. Ocupa él los bajos y su señora madre, doña Petronila de Lavalle, los altos. La finca es de antigua construcción. Su nuevo arreglo revela gusto y conocimiento del *confort* moderno. Como todas las de Lima, tiene zaguán y patio. Al fondo, la sala, la cuadra y a continuación el comedor. Dos sargentos del Escuadrón Artillería de Campaña,

sentados en un banco cerca de la puerta de calle, hacen la guardia.

Acostumbrado a las vanidades de Sarmiento en su palacio de Buenos Aires y al lujo de don Carlos Tejedor, encontré modesta la comida a que asistí. Es Pardo, el primer presidente del Perú que ha suprimido la *mesa de estado,* costumbre de origen colonial y hasta ayer fomentada por hábitos político-sociales muy gravosos para el fisco y que consistía en tener de comensales, a diario, a numerosas personas extrañas al círculo de Palacio. Comen hoy con Pardo sus amigos íntimos, muy rara vez los ministros y palaciegos, y nunca los diplomáticos.

La sencillez es característica en la familia. Si hubiera sido miembro de ella no se me hubiera tratado con más intimidad. En el comedor, apenas dos luces encendidas de las cuatro de gas que tiene la araña; y sobre el mantel, el mismo servicio, las mismas flores de todos los días. Yo me presenté de levita y tarro, guantes, botines de charol y una corbata muy de moda que compré en Buenos Aires y cuya forma todavía no ha llega-

do a Lima. Pardo, al verme se sonrió. "No es banquete mi querido diplomático",—me dijo, burlonamente. Maneja con suma finura la ironía, tiene gracia; siendo muy ameno entre sus amigos íntimos. En su casa, generalmente es callado, y a veces tan distraído, que su señora necesita principiar por sacarle de los ensimismamientos en que cae, antes de darle una noticia doméstica o hacerle una consulta.

Si es honor para una mujer ser esposa de un gran hombre, en cambio es triste tenerle siempre de prestado. Son limitadas las horas que Pardo consagra a su hogar, y muy raras las que dedica única y exclusivamente a su señora y a sus hijos. La vida política le absorbe por entero. Para él no hay domingos, días de fiesta, noches de completo reposo. No hay semana en que el intendente o el ministro de Gobierno no le denuncien una nueva conspiración, muchas veces una asechanza para asesinarle. Los conjurados para derrocarle no le dan un momento de reposo; tampoco, la crisis económica, los asuntos de Dreyfus, Chile y

las cuestiones internacionales. Si no tuviera su esposa en alto grado la facultad de comprenderle, de sondear su corazón en sus horas de amargura y de compartir con él los infortunios nacionales, posiblemente sería menos infeliz. Fuera siquiera vana, menos modesta, tal vez encontraría en el teatro, en los toros, en las recepciones oficiales, presentándose al lado de él, la compensación que tiene ganada. Es mujer de su casa, jamás ha pisado Palacio, nunca el palco presidencial en *Acho* o en el *Principal.* Nació con talento, con gran sentimiento de dignidad. Poseyendo estas cualidades, los honores de la altura no la envanecen, no la halagan. De familia rica y aristócrata, la que tuvo a orgullo *no rebajarse* a tomar parte en la política, debe ser muy grande la admiración que experimenta por su esposo al verle consagrado a su patria, cuando podía pasar su vida egoístamente como otros muchos, en Europa en gran holgura. No *hace política,* oye pero no discute; y jamás recoge ni trae chismes callejeros, ni tampoco ha querido ser lo

que en el Perú se llama *una buena influencia* para el Presidente. Siendo piadosa, se ha visto obligada a practicar la virtud en su hogar y a renunciar el consorcio con numerosas gentes de iglesia, temerosa de oír los epítetos de masón, herejote, enemigo de Dios, que le aplican a su marido gentes inescrupulosas de sotana y beatas malévolas e hipócritas.

La tarde que comí en su casa, ocupé en la mesa la izquierda de Pardo, ella la derecha, los niños los demás asientos; cerrando el círculo en lado opuesto a la testera, el edecán de servicio, coronel Santa María.

La influencia del medio excitó mis facultades. Propúseme cautivar la atención de la esposa, presentándome ante ella como persona de fino trato y maneras exquisitas, ameno en la descripción, oportuno y discreto en la ironía. Viviendo por muchos meses al contacto de gentes ricas y distinguidas, habiendo sido comensal de los señores Cortés, Sarmiento, Tejedor, Avellaneda, Anchorena, Riglos y otros argentinos ilustres, y, por tal suerte adquirido soltura social, sin

esfuerzo estuve correctísimo y hasta elegante en las maneras de servirme, de comer, de oir y de hablar. Pardo conoce Valparaíso pero no Buenos Aires. Incitado por sus preguntas y animado por su cortas interrupciones, le expuse la vida social de ambas ciudades. ¡Qué interesante encontró la figura de Sarmiento!

—Es tanta la devoción que nos tiene este notable estadista,—le dije,—que el año pasado celebró con feriado, con Tedeum, y fuegos artificiales el aniversario de nuestra independencia.

A continuación le dí detalles acerca de la horrorosa mortalidad que causó la fiebre amarilla en Buenos Aires el año de 1871, le describí algunas de las escenas conmovedoras ocurridas en los hogares por motivo de aquel flagelo que llevó diez y seis mil vidas, y la manera como en tan dura prueba se manifestó el orgullo nacional, no recibiendo la comisión de médicos fluminenses enviada para combatir la epidemia, por el sólo hecho de que era brasileña. Hice después la pintura de lo que es la vida argentina

en los semi-bárbaros confines del territorio; le hablé de las incursiones de los indios salvajes en las poblaciones del norte, de los horribles asesinatos que cometían; y al último, algo le dije del revolucionario López Jordán, el Piérola de allá.

Mucha gracia hizo a la señora Mariana Barreda de Pardo, oirme imitar el acento argentino. Qué raro le pareció el *ché*. No solamente les he tomado el dejo, sino también sus frases y sus modismos.

Terminada la comida, ella, sus hijos y el edecán se levantaron de la mesa. Al despedirse de mí, doña Mariana, ya en pie, díjole a su esposo.

—Nuestras comidas serían encantadoras si siempre trajeras a ellas personas amenas como López. Tuvimos el otro día de comensal, ¿te acuerdas?, un señor senador que vive en el sur, que sólo nos habló de vacas, de toros, de crías, ¡qué horror!

—Esos son a veces los más leales,—le contestó su esposo.

Continuó ella hablando, y dirigiéndose después a mí, me dijo:

—No puede usted negar que es sobrino de don Jerónimo de Arévalo. ¡Qué originalidades las que tiene! Sus cosas nos hacen reir, pero también nos hacen pensar; y es que observa la vida por el lado por donde nadie la vé, no hallándose conforme con el sentir de la generalidad. A veces se nos remonta, especialmente cuando no está de acuerdo con Manuel, como pasó con la cuestión del salitre.

—En la cual,—dijo su esposo,—en parte ha tenido razón, especialmente en sus pronósticos; pero es que nadie contaba, ni él tampoco, con que la opinión pública, tanto en la provincia de Tarapacá como en el país en general, se manifestara completamente opuesta al estanco, obstáculo insuperable en países democráticos y más en un asunto que necesitaba para llevarse a cabo la buena voluntad de muchos. Se opuso también a que declarara públicamente en el Congreso la bancarrota nacional ocasionada por los despilfarros del gobierno de Balta. Recuerdo que entonces me dijo: "La verdad desnuda hace tanto daño como la

luz del sol cuando la miramos de frente, siendo necesario decirla encubierta, como aquella verla detrás de lunas muy ahumadas''. Quiso después de que expuse esta declaración ante el Congreso, que paralizara la construcción de los ferrocarriles. Si hubiera seguido su consejo, hoy no estaría semi terminado el del Callao a la Oroya, faltando solo cuarenta kilómetros para finiquitarlo; ni tampoco los de Arequipa a Puno, de Pacocha a Moquegua, de Pacasmayo a la Viña, faltando muy poco para terminar el de Chimbote a Yuramarca, habiéndose construído en todo, en los dos años de mi gobierno, 587 kilómetros de vía férrea.

Habiendo quedado solo con él en el comedor, dí expansión a mi espíritu al tratar los asuntos secretos de la política internacional, y por más de una hora le entretuve contándole detalles sobre la actuación de Irigoyen en asuntos que ya en líneas generales habían sido comunicados a Lima en cartas particulares. Estuve duro con Baptista. Me oyó sin inmutarse, limitándose a guardar si-

lencio. Más bien en otras cosas me interrumpió para poner en claro la verdad, rectificando erróneos conceptos.

—Temo que los propósitos que dieron origen a la alianza hayan fracasado, —me dijo.—La muerte de Ballivian, en febrero de este año, trajo por tierra el más completo, el más seguro de los planes de cancillería que hasta hoy se han ideado en la diplomacia sud-americana. Neutralizado el Brasil, mediante mis gestiones, fracasada la alianza que Chile solicitó al Emperador don Pedro II, resuelto Sarmiento a poner cuatro mil soldados en la frontera, lista nuestra escuadra para movilizarse al primer aviso, y comprometido Ballivian a romper el tratado de 1866 y ocupar en el desierto de Atacama la parte que le corresponde, el dilema para Chile en vista de nuestra acción conjunta tenía que ser la paz o la guerra. Sin fuerza ni dinero para ir a la lucha, no hubiérale quedado otro recurso que optar por la primera, y en consecuencia, decidirse a rescindir el contrato de sus blindados y des-

pués a tratar por arbitraje las cuestiones que tiene con Argentina y con Bolivia. Muerto Ballivian, Frías, a quien tocó sucederle por mandato de la ley, no teniendo prestigio en las Cámaras ni en el pueblo, siendo apenas presidente de ocasión, tuvo miedo de embarcarse en la aventura convenida con su antecesor, y tomando el peor de los caminos que fué el de no hacer nada, dió al gobierno de Santiago el tiempo que necesitaba para sacar inconcluso el *Cochrane* de Inglaterra, traerlo a Valparaíso y llegado a ese puerto acabarlo de armar.

—De manera, que quedamos a merced de Chile,—le interrumpí.

—Nosotros, no: Argentina y Bolivia, sí. Está nuestra escuadra en un pie de guerra tan superior a la de los chilenos que no podrán llegar a él en muchos años. Gente de mar no se improvisa. Nos faltaba marinería nacional. Para conseguirla, hace tiempo establecí la Escuela de Grumetes a bordo de la *Apurímac*. Nos faltaba también guardias marinas científicos: he resuelto la

dificultad fundando la Escuela Naval a bordo del *Meteoro,* buque en el cual, bajo la dirección de don Camilo Carrillo se educa para la honrosa carrera de marino lo más distinguido, la flor de la juventud peruana. Toda la tripulación que condujo al *Cochrane* a Valparaíso es inglesa y hoy apenas la oficialidad es chilena. A pesar de esto y de haber llegado sin artillería y sin forros de zinc, las autoridades marítimas han festejado su llegada. Yo también la he celebrado, y para hacerles presente que estoy al cabo de sus propósitos, ordené que nuestra escuadra saliera para Iquique en son de combate. Desplegada en batalla, a toda fuerza de máquina, flotando al tope el pabellón nacional, ennegreciendo el horizonte con los penachos de sus siete humos, el *Huascar,* la *Independencia,* el *Manco-Capac,* el *Atahualpa,* la *Unión* y el *Chalaco,* avanzaron magestuosamente hasta el fondeadero y a la voz del comando que lo llevaba Grau y a la vista de miles de personas que desde el puerto contempla-

ban el guerrero espectáculo, simultáneamente aquellos buques echaron sus anclas.

—Hubiera dado media vida—le dije,—por haber presenciado aquel despliegue naval.

—Yo también,—me dijo— Y como apesar de nuestra preparación—continuó—hay superioridad en el *Cochrane* y en el otro buque que se llamará *Blanco Encalada,* he mandado construir un blindado con ocho cañones de a 500, doce pulgadas de blindaje y trece millas de andar, el cual, concluido, resultará en todo superior a los blindados de Chile. Haciendo milagros financieros, he conseguido y he dado a cuenta dos millones de soles, y si los revolucionarios no me exijen un desembolso extraordinario, en dos años más estaré listo para dar el resto, o sean los otros dos millones.

24 de agosto.

La semana ha sido de novedades, y la ansiedad que me causaron, perdura aún en mi alma. Hemos tenido a la tía Josefa enferma, no diré de gravedad, pero si de cuidado. A su edad, nos dice el doctor Grau, todo es de peligro; y aunque Ña Marcelina sostiene que es un roble, mucho me temo que este roble esté leñoso y rajadizo. Su dolencia ha coincidido con un suceso político de sensacional importancia: el atentado del 22 para asesinar a don Manuel Pardo. Hallábase aquel día convaleciendo la anciana y sus sobrinos y mi tía Rosa de tertulia en su alcoba en hora bien cercana al crepúsculo, cuando mi padre nos trajo la terrible noticia. El *cierra-puertas* ocasionado en las casas cercanas a la Plaza de Armas, no alcanzó a la calle en que vive mi tía; siendo así que, cuando mi padre al entrar lacónicamente nos dijo que Pardo había estado a punto de ser muerto, todos, bajo la impresión del terror nos pusimos en pie y le abruma-

mos a preguntas. El prestigio y la calma de la tía Josefa restableció la tranquilidad. Nos obligó a oirla, a sentarnos, a callar.

—Principie usted ahora su cuento, López, que yo también quiero oirle, —díjole a mi padre con extraordinaria apacibilidad.

Acostumbrada a los sangrientos desórdenes de nuestra existencia política, a las crueldades de los *godos* y a las represalias de los *patriotas* en las campañas de la independencia, la noticia que mi padre trajo, muy poco alteró su natural quietud. Una víctima más en nuestra azarosa vida republicana ¿podía importarle mucho, a ella, que vió subir al cadalso a su amigo Berindoaga, que no se condolió en el asesinato de Monteagudo, que lloró sí el fusilamiento de Salaverry, más tarde el de Morán, y que alcanzó la horca y el *banquillo* en la Plaza de Armas? Las guerras civiles habían endurecido su corazón. No siendo partidaria de Pardo, su muerte, a raíz de las matanzas de julio y del suceso desgraciado de Chinchao, ¿podía causar-

le estupor? Al respecto, ¡qué contraste entre sus sentimientos y los míos!; entre los de ella, calmados, escépticos, sin esperanza en la rehabilitación nacional; y los que me animan, llenos de fé, de esperanza, de altruismos y de situaciones alentadoras al sacrificio, al extremo de que si mi vida me la hubieran pedido para salvar la de Pardo, mi vida gustoso la hubiera dado.

—Soy de los pocos,—dijo mi padre,—a quienes la pasión política mantiene invariable, al extremo de no haber roto relaciones con mis antiguos y muy queridos camaradas de profesión por el hecho de estar yo con el civilismo y ellos en filas opuestas. Están caídos, sufren hambre, sus hijos no tienen que comer. Ni aun buscando por calles y plazas hallarían lugar donde trabajar; así viviendo en tan pavorosa situación económica, ¿cómo es posible que me moleste porque vociferan contra el civilismo? Si no son sus convicciones las que les mantienen en la oposición, sino la miseria en que viven, si en razón y en conciencia nada tienen que decir contra la honorabilidad

de don Manuel, ¿por qué había de molestarme oyéndoles maldecir? Por su parte, ellos, que me ven en la indefinida y ganando un sueldo que cobro de tarde en tarde, no por la liberalidad del gobierno sino por una ley de congreso, me respetan y me quieren. Como de costumbre, éramos cuatro los contertulios que en la tarde de hoy nos reunimos en el portal de Escribanos, delante de la tienda de Messier. De éstos, el comandante Martínez fué el primero que observó al Presidente en la puerta de Honor, y con enojo nos dijo: "Ya sale de Palacio el causante de nuestras desgracias." Dirigimos la mirada hacia el sitio mencionado y en el momento en que don Manuel despidió el carruaje que le aguardaba en la calle para emprender su marcha a pie, el mayor Sarmiento, también de nuestro grupo, exclamó: "¡Este hombre es temerario en todo: Sabe que le quieren matar, ha visto la caricatura que publica *La Mascarada* en la cual él representa a César en momentos en que lo asesinan en el Senado Romano; Piérola, a Casio; Segura, a Bruto y Prado, a Pompeyo; y sin

embargo pasea sólo por las calles''. Yo y el coronel Arbayza, que se hallaba a mi derecha, seguimos con la mirada el andar reposado de nuestro hombre. Tiene don Manuel algo que fascina. Teniéndole cerca es imposible dejar de observarle. Le vimos tomar la vereda y avanzar hacia nosotros, acompañado por su edecán el coronel Santa María y por su ayudante el mayor Huguet. Había pasado ya la esquina de Palacio y se disponía a entrar en el portal en que estábamos, cuando por detrás, el capitán Boza, a una distancia de quince metros le disparó el primer tiro. Volteó Pardo la cara hacia el sitio donde oyó la detonación, y con serenidad admirable, clavándole la mirada, moralmente le acobardó. Diéronse cuenta los transeuntes del peligro en que estaban y corriendo en diferentes sentidos dejaron la esquina solitaria. Desarmados nosotros y tomados de sorpresa, sin que nada se nos ocurriera de momento, nos limitamos a quedar en pie en el sitio en que nos halló el suceso. Fué don Manuel el primero en recobrar la calma, y sin dar

un paso, dominando la situación con la mirada, observó que no era uno sino eran varios los que le atacaban. Dió entonces orden a Santa María de capturar a Boza y a Huguet de pedir auxilio a Palacio. Como una fiera se lanzó aquel sobre el asesino Boza y salvando milagrosamente del balazo que éste le disparó a quema ropa, se limitó a desarmarlo cuando en sus manos estuvo haberle muerto, y hecho esto a llevarle preso al Ministerio de Gobierno. Don Manuel quedó solo y frente a los otros conjurados que a mucha distancia le hacían fuego. Sentí entonces la necesidad de alentarlo con nuestra presencia. Además, hallándonos alejados de él, podían tomarnos por conspiradores. Comuniqué mis temores a los amigos que me acompañaban, y en un momento de entusiasmo, les dije: "camaradas, jamás la traición ni el asesinato manchó nuestras fojas de servicio. Vuestros galones han sido ganados poniendo nuestros pechos a las balas enemigas. ¿No créeis que cualquiera que sea nuestra opinión política, nuestro sitio, en este terrible tran-

ce está al lado de la autoridad constituída?'' ''Viva el Presidente de la República''—respondió Arbayza, y como movidos por un mismo resorte, avanzamos al lado de Pardo, nos cuadramos militarmente delante de él y nos pusimos a sus órdenes. Me conoció en el acto. ''López, póngase a mi derecha'', me dijo. ''Usted Arbayza a mi izquierda y usted Sarmiento, corra a la puerta de Honor y pida auxilio''. A los pocos momentos apareció Huguet con un oficial y varios soldados del Batallón número doce de la Guardia Nacional, y en menos de un segundo los asesinos huyeron por varias direcciones, quedando don Manuel libre de todo peligro.

Emocionado con la narración, mucho más con la actitud generosa de mi padre, y el proceder noble, caballeresco y valiente de sus amigos, de aquellos militares *indefinidos,* detalle que hizo la acción más meritoria, entusiastamente le abracé. Mis tíos hicieron lo mismo y Laura también. La anciana le llamó, le sentó a su diestra y casi sin mover la cabeza en ese instante reclinada sobre al-

mohadones, le pasó la mano sobre el hombro y con dulce sonrisa, le dijo:

—Ha debido usted seguir su carrera. Hoy sería general, ministro y quién sabe cuantas cosas más. Triste suerte la que ha cabido a mis sobrinos. Ninguno ha sabido sacar partido de las venturosas cualidades que el Cielo les dió. Espero López, que no pase lo mismo con Luis. Esto también te lo digo a tí, Jerónimo, talento perdido por propia voluntad.

—Siguió sermoneando a sus sobrinos, y al fin les dijo:

—Ahora mismo, todos en masa a casa de Pardo. Vayan a felicitarlo, que yo aquí en cama, al lado de Rosa, de Flora, de Laura y de Marcelina, rezaremos el rosario tres veces, y en todas tres daremos gracias a la Providencia por haber salvado la vida a este niño, a quien por gratitud siendo tan bueno con Luis, instintivamente principio a querer.

—¿A qué niño se refiere usted?—le preguntó mi tío Jerónimo, ansioso de aburrirla, estando en ese momento de magnífico humor.

—Anda, anda, maula,—le dijo.—Si a

ti que eres mayor que él en muchos años te he cargado y te he azotado, ¿cómo quieres que trate a este hombre cuando ayer no más le vi nacer?

Viéndome Laura dispuesto a salir en busca de mi sombrero, con vivacidad me dijo:

—No te muevas: yo te lo traeré.

Cumplió su ofrecimiento, y desde el cuarto inmediato me hizo señas para que fuera a encontrarla. Corrí hacia ella, y en tono de súplica, con aire compungido, me observó:

—¡No te expongas, primo mío! Sé prudente. Si te pasara una desgracia, lloraría mucho. Te estimo más de lo que crees. Correspóndeme siquiera obedeciéndome. Tu padre ¡qué valiente!, ha podido morir. Es militar y hasta cierto punto cumple con su deber; ¿pero tú?

Laura estaba hermosísima aquella tarde. Su ternura me conmovió. Siendo objeto de sus atenciones, difícil se me hace sustraerme a la influencia de sus sentimientos, a sus miradas llenas de bondad y de caricia.

Conversando con ella olvidé que mis

tíos habían salido. Supe por la criada Marcelina que me aguardaban en la calle. Dióse cuenta Laura de ser ella la causante de mi demora; y como la tía Flora, con sus brusquedades, entrando al cuarto en que estábamos la culpó de lo que ocurría, la dejé confusa y avergonzada.

---

28 de agosto.

La tía ha seguido enferma. Está achacosa: estos resfriados que tanto la molestan y que antes la recluían por sólo tres días, ahora la obligan guardar cama por una semana. Laura permanece continuamente a su lado y con tierna solicitud le dedica sus cuidados. Desde las tres me constituyo en la alcoba de la anciana. A las cuatro llega mi tía Rosa, más tarde mi padre y sus cuñados y juntos le hacemos compañía hasta las cinco y media, hora en que siendo la de

comer, tenemos que dejarla, como no tiene fiebre no le incomoda nuestra conversación, y de cuando en cuando toma parte en ella. Aunque no está sorda, preferimos sentarnos cerca de su cama. Nos oye con atención y de preferencia al tío Jerónimo. Tiene fé en su buen juicio, y exceptuando lo religioso, tema en el cual no quiere oirle, en casi todo marcha de acuerdo con él.

---

10 de setiembre.

Irigoyen ha conseguido licencia para regresar al Perú, y posiblemente en noviembre estará con nosotros. La alianza ha perdido el interés inmediato que tuvo, siendo ahora asunto secundario de Cancillería. Así lo comprende Riva Agüero, y a solicitud mía ha firmado un decreto aceptando la renuncia que hice de mi cargo.

El amor de Teresa que ayer me llevó hasta la Argentina, hoy enardece mi es-

píritu y me incita a buscarla en Europa. Laura me entretiene, pero no me conquista. A su lado lo olvido todo y hasta soy feliz; sin embargo, es suficiente que mis ojos se posen sobre las cartas de la otra, como me pasó el otro día, para que me turbe, me apene y me vea fuera de la órbita de mi prima. Hay en esto una obsesión, un estado morboso que me hace daño. A veces me parece que hubiera perdido la razón o que viviera en un nuevo sér. ¿Cómo es posible que esta niña se haya posesionado de mi pensamiento y de mi voluntad con tan intensa tiranía?

Por fortuna, Teresa, no me escribe, me tiene olvidado; y libre de su influencia he recobrado buena parte de mi albedrío.

Pregunté la otra tarde al tío Jerónimo si Pardo estaría dispuesto a complacer a Manuel Marcos Salazar, si éste le pidiera para mí en París el mismo cargo diplomático que tenía en Buenos Aires, y con cierto aire de sorpresa, como si hubiera oído un disparate, en forma interrogativa y algo burlona, me dijo:

—¿Ir a París? ¿Continuar tu carrera diplomática en esa Legación que se mantiene por puro lujo, en donde no hay nada que hacer y a la cual solo se mandan jovencitos ricos y de buenas familias para que concluidos sus estudios de corrupción y petulancia vuelvan a Lima con buena dosis de enfermedades físicas y morales? Son tan míseros los sueldos que el gobierno del Perú y todos los de América pagan a los oficiales de sus representaciones en Europa, que no hay uno de ellos que no venga entrampado hasta la coronilla, si sus padres no han cuidado de enviarles algo para que vivan con decencia ¿Qué quieres?: ¿divertirte o estudiar? Posiblemente ambas cosas. Como diplomático pobre, viviendo en un mundo superior, caro y supérfluo, ni una ni otra cosa podrás hacer. Además, tu salud nunca ha sido completa. Tiene París un clima frío y hay en el propensión a pulmonías. Los jóvenes como tú, que principalmente brillan por sus facultades imaginativas, deben ir a Europa estando ricos y casados. Realiza los propósitos que tan cerca te tienen a

tu prima, y entonces tendrás para el viaje de bodas trescientos mil soles de cuarenta y ocho peniques que es la fortuna que corresponde a Laura en la razón social Lezameta y Hermano. Esto sin contar con los otros trescientos mil soles que heredará el día que muera su tío, don José, que la adora y que tiene hecho testamento a su favor.

No esperaba esta franqueza del tío Jerónimo. De momento no tuve que contestarle, y viéndome rojo como la grana, frunció las cejas y en tono de protesta, me preguntó:

—¿De qué te avergüenzas? Acaso ¿estás en mal camino?

Enamorado hasta ayer de Teresa, sin poderla olvidar todavía, presa mi alma de contradictorias corrientes en mi afecto por Laura, no fué el pudor sino la malicia lo que congestionó mi rostro. Si de algo soy culpable, es cabalmente de no haberla correspondido. Crée mi familia lo contrario; y como estoy fomentando en el corazón de mi prima y en la creencia de todos algo que en realidad existe pero que todavía no se cristaliza,

mi conducta me apena y me avergüenza. Hasta el tio Jerónimo, con todo su talento y experiencia vive engañado. Siendo mi situación falsa, mis contestaciones no son sinceras.

—Ella, aún no está decidida,—respondí a mi tío.

—¿Quiéres que le hable y que te traiga el sí,— me contestó con la sonrisa del que tiene confianza en su misión.

—Todavía no,— le respondí con vivacidad.

Me observó con calma. Penetró con la mirada en lo más profundo de mi alma, y con cierta amargura me dijo:

—El que no está decidido eres tú. Si no la quieres por esposa, retírate a tiempo. No añadas a su tormentosa existencia una decepción más. Te tiene cariño, te cree sincero. Un desencanto mataría sus ilusiones. Hasta ahora ha sido muy desgraciada. Vive en situación precaria y un contraste violento pudiera llevarla a la desesperación. Es tu prima, es mi amada sobrina. Si alguna mujer hay sagrada para tí, esta mujer es ella. Si quieres divertirte, busca coquetas,

engáñalas, déjalas donde las encontraste, que después de todo quien sabe te lo agradezcan. Laura no está en este número. Es seria, es reposada, piensa más de lo que tu crées; y como no le falta juicio, a tí, a quien poco de este fruto Dios le dió, su serenidad, su prudencia te servirían de contrapeso.

Quedó pensando un corto rato, y tomando de nuevo la palabra me dijo:

—Eres dueño de una inteligencia brillante y tienes facultades para lo alto. No creo que hayas nacido para ejercer la rutinaria y míseramente retribuída profesión de abogado, ni que tengas paciencia para vivir entre expedientes y estar a diario con el consabido "a U. S. pido y suplico". Ves que yo tampoco sirvo para el caso, y que prefiero la pobreza a los cuatro reales que ella dá, no diré mal ganados pero si bien sudados. La magistratura, la administración, las funciones públicas, tampoco son para tí. ¿Vas a confundirte con el sin número de ineptos, de ociosos, de fracasados, que acuden a esas carreras, sin más aspiración que tener un pan que comer

para no morirse de hambre? La diplomacia no es carrera en el Perú. Nuestras legaciones se pueden contar con los dedos. Casi todas están ocupadas por favoritos del poder público. Tienes un caso en Reynaldo Chacaltana, ya en Chile como ministro. Su misión especial es seguir los movimientos de Piérola y conseguir de Errázuriz el que no se arme una expedición revolucionaria contra el Perú. Hay en Chacaltana una de las inteligencias más claras y más brillantes de la América del Sur; sin embargo, no teniendo educación diplomática y por tanto no sabiendo adaptarse al medio en que vive, fracasará en su labor. Allí le tienes corriendo de Limache a Valparaíso y de Valparaíso a Santiago, en busca de pruebas para llevarlas al gobierno de la Moneda. Ya verás que nada descubre, porque el primer encubridor de la revolución es Ibáñez, el hombre a quien a menudo ve por su cargo de ministro del Exterior.

Mi tío hizo una nueva pausa.

—Me he extraviado, me dijo.—No es de Chile de lo que deseo hablarte si-

no de tí, de tu porvenir, de lo inadecuado que eres para todo lo que no sea política, ciencia, literatura. Si el periodismo fuera una profesión lucrativa, a ella podías dedicarte. Posees ilustración, rectitud, moralidad, estilo. Ya la prensa conoce tu nombre y con agrado los editores acogen tus artículos. Desgraciadamente, solo dos diarios tienen gente a sueldo, no siendo más de trescientos soles lo que *El Comercio* dá a su redactor en jefe. Mejor pagado está el colombiano Becerra, a quien la gente de Dreyfus abona cuatrocientos soles al mes para que, en *La Patria* le diga incendios al gobierno. *La Opinión Nacional* está sostenida por la Caja Fiscal. Allí escriben Andrés A. Aramburú, Reynaldo Chacaltana, Manuel María Rivas, Isáac Alzamora y Ricardo Dávalos y Lissón. Otro diario de oposición es *La Sociedad.* Manuel Tovar gasta en él sus sueldos de profesor y hasta su alma vendería al diablo para tener dinero con que satisfacer su ansia de combatir a Pardo y a los liberales. *El Nacional,* en manos de Cesáreo Chacaltana y de Manuel María del

Valle, cuando más paga sus gastos. Dios, que en tan alto grado te dió inteligencia para ocuparte en labores y carreras que en el Perú no son lucrativas, te negó la ventura de haber nacido rico. Si no tienes dinero, ¿cómo te será posible disponer de tu tiempo para estudiar a conciencia y ser buen ministro, buen representante a congreso, orador valiente, escritor audaz, literato o jurisconsulto? La nota principal de nuestros políticos es la ignorancia. Pocos son los preparados para ocupar un ministerio o un asiento en las cámaras. ¿Crées que son muchos los que conocen el movimiento intelectual del mundo, y que a diario como tú y como yo, dedican cuatro horas a leer cuanto libro nuevo se publica en París? ¿Qué sería de Pardo, en qué ignorancia de las cosas nuevas no viviría, si yo personalmente no le llevara marcados con lápiz capítulos enteros y de viva voz no le hiciera reseña suscinta de cuanto tratado se escribe en estadística, en finanzas y en otras ciencias políticas y sociales? Si por ser pobre, se te hace indispensable emplear tu tiempo

en ganar el cotidiano pan, ¿cuántas horas al día te pudieran sobrar para estudiar y hacer labor de prestigio en los cargos concejiles? No hay nada más grato que trabajar únicamente en cosas que son de nuestra satisfacción. Fernando Casós, rehusó ganar en París diez mil soles en el estudio de un asunto jurídico de su patria por escribir su novela, *Los amigos de Elena*. Lo mismo pasó con Segura, a quien hace pocos meses hemos visto morir pobre por haber dedicado su tiempo a escribir sus inmortales comedias. Poseer condiciones intelectuales para ocuparse en escribir sobre nuestra historia, para hacer la crítica de la literatura peruana, para comentar nuestros códigos, para ensayar la novela, el drama y para brillar en la Academia y en la Universidad, y nada de esto poder hacer, obligado a llevar una existencia mediocre y estéril, trabajando en lo común y en lo vulgar, ¿no te parece cosa bien triste?

Estuvo aquella tarde lúcido y elocuente el tío Jerónimo, y por media hora más siguió perorándome. Siendo tan

negligente, ¿cómo es posible que esté tan amaestrado en el supremo arte de la vida, que haya llegado a tan perfecto conocimiento de la existencia y que sepa interpretarla a las mil maravillas? Oyéndole quedé absorto, sin razones para interrumpirle, menos para observarle ni contradecirle.

—Tienes una bella cualidad,—me dijo, viéndome callado:—la de oir. Consigue unirla a otra más importante aún que es la de obedecer, y serás feliz.

Me habló después de Laura. Enumeró sus cualidades, y por sucesión de ideas llegamos al acontecimiento de Guayaquil. Es honda la impresión que experimenta, cada vez que recuerda a su hermana María.

—Poco hemos hablado de esto, sobrino mío,—me dijo, bajando la voz, como si tratara de revelarme un secreto.—Por consejo mío nada se te escribió a Buenos Aires, y por lo que toca a la prensa, fácil me fué conseguir de los periodistas de Lima que no se trascribieran los detalles dados por un diario del Ecuador.

Hizo una pausa, palideció por un mo-

mento, movió negativamente la cabeza, fijó sus ojos en mí, y con calma así continuó:

—Dominado por intenso desasosiego, por el amoroso impulso de visitar su tumba, partí para el Guayas quince días después de acontecido el triste suceso. Mi llegada a la ciudad ecuatoriana coincidió con la salida del señor Lezameta. La ausencia de este hombre, que como sabes es tío carnal de tu prima, me contrarió; y temeroso de que algún malvado, bruscamente, me diera exagerados informes, me mantuve encerrado en el hotel. Si bien sabía yo por confesión propia de ella explícitamente dicha en carta que antes de morir escribió a la tía Josefa, que fué un lazo ilegítimo lo que la condujo al suicidio, ¿qué podía ganar averiguando lo demás? Por temeraria que haya sido su conducta, ¿soy yo quién puede juzgarla? Siendo este mi modo de pensar, limité mis indagaciones a los detalles dolorosos de la muerte. No quise oir causales, menos comentarios; y sabiendo por tu prima que Severiana se llamaba la criada que por muchos años

las acompañó, fácil me fué encontrarla en casa de sus parientes, habiendo llevado la dirección de éstos. Me dí a conocer. Mi presencia renovó su dolor. Me preguntó por Laura, y entre sollozos, vivo aun el desconsuelo que la produjo la ida violenta de su amada señora, me refirió los pormenores de la tragedia. La prima noche que precedió al suceso, tu tía María recibió la visita de su cuñado y muy tranquilamente con él estuvo conversando hasta las once. A esa hora, estando sola, se puso a romper papeles, después a rezar, y algo tarde apagó la luz de su cuarto. Al día siguiente, suponte cual no sería el estupor de la criada al encontrarla vestida y agonizando en su propio lecho. El sirviente fué en busca del médico, ella en demanda del señor Lezameta. Cuando ambos llegaron acababa de expirar. Severiana le arregló los cabellos y cerró para siempre sus hermosos ojos. Habiendo muerto sin dolor. y bajo la acción de un narcótico, más parecía dormida que muerta. Cuantos la contemplaron en ese instante, la vieron inmóvil, dulce y apacible la ex-

presión, como si el último efluvio de su vida aún no la hubiera abandonado. La noticia del suicidio corrió rápidamente por la ciudad. La autoridad eclesiástica quiso tomar cartas en el asunto y aún pretendió que no se la enterrara en sagrado si la autopsia no evidenciaba haber muerto de congestión cerebral, diagnóstico dado por el médico. La familia Druet, pariente del tirano García Moreno y que es relacionada con el señor Lezameta, echó tierra al asunto y el cadaver fué conducido al cementerio de la ciudad. Dominado por un deseo muy humano, quise llegar hasta el sitio en que reposa la que fué mi muy amada hermana. Le llevaba doce años, la ví crecer, la ví vivir en la época de sus ilusiones, casarse, irse. No la ví morir y esta pena me tortura y acrece mi aflicción. Fuí solo. El sepulturero me enseñó el panteón de la familia. Me detuve delante de la balaustrada. Leí su nombre, también el de su esposo. Agarrado a la reja, como si esta me impidiera llegar a ella, largo rato permanecí de rodillas, y con toda mi alma la pedí perdón por no ha-

ber acudido en su auxilio en la hora en que la tía Josefa me anunció el peligro en que estaba. Absorto, con el alma y los ojos en las letras de su nombre, no recuerdo que tiempo permanecí a su lado. El sepulturero me hizo señas para avisarme que las puertas del cementerio estaban para cerrarse. Me fué necesario salir, volver a la ciudad, y en el resto de los días que permanecí en ella, hacer gran esfuerzo de voluntad para dominar el tumulto de mis sentimientos.

---

30 de setiembre.

Ha llegado Pradier Foderé, el eminente profesor francés contratado por Pardo para crear la Facultad de Ciencias Políticas y Administrativas. Propóngome no perder una sola de sus lecciones.

He tenido noticias de Irigoyen. Terminada su misión en el Brasil, hállase ya en Buenos Aires. Su carta es un lamen-

to. Bolivia, mejor dicho, Baptista, sigue dándole guerra. Cuéntame que el 18 de agosto llegó a Buenos Aires un telegrama de Jujuí anunciando a Sarmiento el envío de las declaraciones bolivianas. Refiéreme el gran regocijo que en el ánimo del Presidente, de Tejedor y de él causó la lectura de este telegrama, y la horrible decepción que todos sufrieron a la llegada del correo. La nota esperada está firmada por Baptista, tiene fecha primero de agosto y contiene una aparente aceptación a las proposiciones argentinas, aunque en el fondo existe discrepancia muy grave respecto a la interpretación del *uti possidetis.* Más adelante, Irigoyen, me dice:

Mucha gente es esa de Bolivia y le aseguro a Ud. que estos últimos actos me han fastidiado tanto que muy sinceramente deseo que se me permita renunciar su representación. Un año se ha empleado por culpa del Sr. Baptista en el insignificante asunto de las observaciones del Sr. Tejedor y sólo en este postrero incidente sobre la explicación del "uti possidetis", se han

perdido cuatro meses. Y para qué? Ya ha visto Ud. su respuesta. Parece que se hubiera propuesto aquel caballero hacer durar este asunto diez años. Tanto necesitaría por lo menos para estar a cada paso haciendo consultas hasta Sucre y recibir a los cuatro meses la respuesta. Tejedor tiene razón al juzgar como juzga a aquellos sujetos y para tener recelos y desconfianzas de su proceder. Yo las tengo ya también y muy serias, y quizás sea el Gobierno de Chile el que esté trabajando en todo lo que hace .. ..

Como era de esperarse, Tejedor ha rechazado las explicaciones de Bolivia, y estando Sarmiento en vísperas de terminar los seis años de su mandato presidencial, no quiere implicarse más en la cuestión alianza. Concluye Irigoyen su carta manifestándome el deseo que le anima de solicitar licencia para regresar al Perú.

5 de octubre.

Mis relaciones con Laura han llegado al colmo de la intimidad. Como amigos, como primos no nos queda un paso más que dar. Mira con satisfacción y complacencia la familia nuestro acercamiento, y en espera de una decisión radical, tranquilamente, sin afanes ni exigencias ven pasar los días, las semanas y hasta los meses. Laura también espera, como es natural con impaciencia y a veces con sentida ansiedad. Hay ciertos días en que su desasosiego es visible, y según me cuenta la tía Flora, en cuya vecindad duerme, las noches que corresponden a las tardes en que hago mis visitas, son para ella noches de excitación. He llevado las cosas tan de prisa, he correspondido tan manifiestamente sus halagos, sus insinuaciones, que sin quererlo me he puesto en la pendiente en que estoy. Hay en esto buena parte de conmiseración. La veo tan sola, tan infeliz, tan recomendada por los tíos, que se me hace imposible esca-

timarla mis bondades. Como si en mis manos estuviera el hacerla feliz, es mucho lo que todos interceden por ella. "No la intranquilices más de lo que está,—me dijo el otro día la tía Flora.— Anoche la sentí llorar, la llevé a mi cama, la acosté a mi lado, la arrullé como a una criatura y como pude la consolé".

Dominada Laura por el influjo de su exaltación amorosa, experimenta en estos momentos sensible mudanza. Ha perdido su apacibilidad, algo de su melancolía. Hay en ella rasgos de ternura y notables manifestaciones de ingenio. Percibo en sus facultades algo que despierta, algo desconocido que nunca ví y que comunica a su fisonomía una belleza que jamás tuvo. Hay días en que la encuentro infinitamente superior a Teresa en hermosura y en talento, hay otros en que mi ilusión decae. El hecho de compararla, manifiéstamente me está probando que no la quiero, y que por encima de sus adorables encantos flota siempre en mi espíritu la imagen avasalladora de la otra.

---

30 de octubre.

Después de haber permanecido dieciocho meses en el Cuzco, donde se ha casado, Pablo Cleves, en unión de su esposa, ha regresado a Lima. Habiendo sido elegido diputado a Congreso, viene a incorporarse a su cámara. Ayer pasé la tarde con él. ¡Qué espíritu tan reposado y tan práctico el de mi amigo! Intelectualmente vale muy poco, pero a falta de talento le sobra sentido común, conocimiento de si mismo y de los demás. No es jactancioso, lo cual no quiere decir que le falte ambición ni tampoco que sea modesto. Tiene buena figura, habia con facilidad, viene de buen abolengo, y siendo sagaz y diligente, quien sabe hasta donde puede llegar. El tío Jerónimo que bien le conoce por haber sido su discípulo, por amistad con su familia y por lo mucho que anda conmigo, me lo cita siempre de ejemplo. "No vale poseer facultades para abrirse paso en la vida,—me dice refiriéndose a él,—sino saber aprove-

charlas por insignificantes que ellas sean".

Recuerdo el desdén con que en Arequipa vi partir a mi amigo la mañana que tomó el tren para Vincocaya. ¡Qué pobre cosa me pareció una secretaría de prefectura para un hombre que acababa de recibirse de abogado! Hoy que le veo casado con una mujer riquísima, ocupando una curul en Diputados, y poniendo a uno de sus cuñados en la secretaría que le sirvió de escalón para subir tan alto, me doy cuenta de mi superficialidad en las cosas que constituyen la realidad de la vida.

—No te diré,—me dijo ayer Cleves,—si soy feliz o no. Lo único que puedo asegurarte es que estoy satisfecho. Llevo ya seis meses de casado y hasta hoy no he tenido el menor motivo para arrepentirme de mi aventura. Difícil me sería decirte si verdaderamente estoy enamorado de mi mujer. Ella me quiere, me hace amable la existencia, y por hoy, esto me basta. Creía en el Cuzco que al llegar a Lima y al vivir en este ambiente, la presencia de Matilde me

hiciera infeliz. Nada de esto. Anoche la ví en el teatro. Cambiamos un frío saludo y después de mirarla, me quedé tan sereno como si nunca la hubiera amado. ¡Qué insondable es el corazón humano! ¿Cómo es posible que en el mío no quede nada de ese amor no correspondido que tan desesperado me puso durante cuatro años. En tu compañía, cuantas veces paseamos su calle, contemplamos su balcón y la miramos siempre fría y desdeñosa? ¿Te acuerdas, Luis?

Vivamente interesado en la aventura de Pablo por la semejanza que tiene con la mía, con ansiedad le dije:

—A juzgar por lo que me cuentas, veo que es posible olvidar un amor no correspondido.

—Ya lo ves,—me contestó con entusiasmo.—Diez y ocho meses de ausencia y un matrimonio me han curado del todo.

—Que un amor nuevo acabe con un amor viejo me lo explico; pero en tu caso. . . . . .

—Indudablemente,—díjome mi amigo interrumpiendo mi discurso,—que no es

el tiempo ni tampoco el matrimonio las dos únicas cosas que me han curado. Sobre ellas priman realidades de otro orden, en su mayoría de carácter positivista y de proyecciones muy vastas en lo porvenir; realidades tan opuestas al romanticismo, que dominados por ellas, pronto de la vida de ensueño no nos queda nada. Si en este momento tuvieras la peregrina idea de asegurarme que alguna vez te preocupaste de las riquezas y que tienes concepto de lo que es ser rico, rotundamente te contestaría que no sabes lo que dices. La voluptuosidad que proporciona la posesión del dinero no puede apreciarse hasta que no se le tiene. ¡Ser rico! No te imaginas lo que significa decir: esta hacienda es mía. Habito suntuosa casa llena de comodidades y estoy rodeado de multitud de personas que de mí dependen y a quienes puedo hacer felices. Tengo en la letra A un palco de abono en la ópera bufa, ruedo carruaje propio, voy a Chorrillos a mi rancho, y más tarde, del todo me iré a Europa. Si todas estas cosas te las dá tu mujer, ¿siquiera no le tendrás gratitud?

Hizo una pausa y continuó:

—¿Encuentras algo más estúpido que esclavizarse en el trabajo para tener una fortuna en la vejez, cuando en Lima y en provincias esa fortuna ya está hecha y pertenece al hombre que se una a la poseedora de ella? Es verdad que el número de mujeres ricas no alcanzaría al de hombres pobres. Que trabaje, pues, el que no llegó a lograr una de aquellas; pero que lo haga el que posee juventud, buen nombre, título universitario y prendas personales, y que por estos méritos esté en condiciones de casarse con una rica heredera, en verdad es algo que no comprendo.

---

5 de noviembre.

¡Qué inesperados y confusos pensamientos han despertado en mi espíritu las confesiones de Pablo Cleves! Desgraciadamente, entre saber una cosa y te-

ner conciencia de ella hay un abismo. Sin embargo, si mi amigo ya no piensa en Matilde, ¿por qué no habría yo de olvidar a Teresa si también siguiera su ejemplo?

Dominado como estoy por el sentimentalismo y por lo tanto, falto de discernimiento para apreciar a la luz de la razón los conceptos de mi amigo, he querido oir opiniones antes de pensar en imitarle. El tío Jerónimo a quien expuse las ideas de Cleves, siguiendo su costumbre me dejó hablar sin interrumpirme; me miró cuando hube concluído de hacerle mi relato, movió negativamente la cabeza y me habló de otra cosa. Laura estuvo más franca. Calificó a Pablo cínico, de mercadantesco. Hablando luego de su esposa, la trató con sentida conmiseración

—Se ha enamorado de él,—me dijo.— Le ha dado su corazón, su mano, su fortuna, y si su vida se la pide, no tengas la menor duda que su vida entera se la daría. Si en su caso me hubiera encontrado, querido Luis, hubiera procedido con igual resolución, aún a sabiendas

de que no se me quisiese. Para que haya lazo entre dos que se casan, basta con que uno quiera bien. Es cierto que quienes así se unen a veces terminan mal, muy mal; pero antes de romper vínculos, ¿no son encantadores, dignos de eterno recuerdo sus contados días de felicidad?

—Enamorada de un hombre, ¿te casarías con él a sabiendas de que no te quiere?—la pregunté.

—Sí, sin titubear un instante,—me respondió con resolución y energía.—Y también te digo, que sin hacerle daño me iría de este mundo en el mismo instante en que me diera cuenta de que a su falta de amor había añadido la desconsideración y la irrespetuosidad.

Hizo una pausa.

—Por lo demás,—continuó ella, viendo que yo no la interrumpía y que absorto la miraba,—¿qué es nuestra vida?: sentir, amar, sufrir, sacrificarse. Para ustedes, el amor es un incidente, para nosotras es la existencia entera. El hombre vive fuera del hogar: los negocios, la política, la ambición, la for-

tuna, le traen, le llevan, le suben, le bajan. Innumerables cosas tiene en que ejercer su poder y su fuerza. Nosotras no, y en toda situación difícil, siempre nos cabe mayor motivo de dolor.

En aquel momento la mirada y la voz de Laura tenían hechicera expresión de melancolía. Siguió disertando sobre el amor con precisión y verdad conmovedoras. Oyéndola, una vez más sentí la suavidad cariñosa de su pasión. ¡Cuánto me enternece la nobleza de su alma, el generoso interés que siente por mí! Contemplando con ardor sus labios sonrosados, sus frescas mejillas, sus animados hermosos ojos, quedé sumido en un éxtasis de admiración. Como si a los dos nos faltara el aire en la habitación en que estábamos, salimos a la ventana. El puro y fresco céfiro de la noche nos hizo bien. Con ademán pensativo su mirada recorrió la calle, fijó después su vista en mí y con los ojos inundados en lágrimas, poniendo su mano sobre mi hombro, me dijo:

—¡Qué triste es la vida cuando nuestras aspiraciones no son satisfechas!

Me sentí vencido. Arrastrado por un torrente de sensaciones nuevas la tomé una mano, la cogí por el talle, la estreché fuertemente sobre mi corazón, y acercando mi rostro al de ella, apasionadamente la besé.

---

5 de noviembre.

Los rumores corridos desde hace quince días acerca de la salida de Chile de una expedición revolucionaria contra el gobierno constitucional de don Manuel Pardo, se han confirmado plenamente. El vapor en que esta expedición ha salido, ha estado en los puertos del norte. Se llama el *Talismán,* tiene embarcados en él a Nicolás de Piérola y a sus amigos Bogardús, Larrañaga, Escobar, Zubiría, Arévalo Bardales, Chocano, Tafur, Billinghurst y otros. Debido a un mal movimiento de la *Independencia,* que contrariando órdenes de Pardo de-

jó Pacasmayo para pasar un día en Eten, el *Talismán* pudo anclar en aquel puerto, permanecer en el medio día, y en la tarde, escapar con rumbo desconocido.

Cansado de oir *bolas,* pues no hay quien no mienta a su antojo en este estado de excitación en que se vive por la revolución que se nos viene encima, me veo a menudo con el tío Jerónimo.

—Tres meses nos hemos pasado esperando la llegada de este buque,—me dijo refiriéndose al *Talismán.*—Salió de Cardiff a mediados de julio, con papeles para Vancouver y escala en Lota, donde ha estado ochenta días. La primera noticia de su llegada a Chile nos la dió Chacaltana, quien infructuosamente en su carácter de Ministro Plenipotenciario ha hecho cuanto ha sido posible para que el gobierno de Errázuriz guarde en nuestros asuntos internacionales la neutralidad debida. A vista y paciencia de las autoridades chilenas han salido de Limache, el 10 de octubre, once coches conduciendo a los revolucionarios peruanos a la hacienda

y caleta de Quinteros, donde en número de cuarenta y ocho personas se embarcaron en su propio buque con rumbo al Perú. Hay en todo esto, de parte de Chile, premeditada malicia. En una conferencia que hace un año tuvo nuestro encargado de negocios, Coronel Zegarra, con Ibáñez, ministro de Relaciones, díjole éste: "Escriba usted a Riva Agüero que el gobierno de Pardo es el que más daño nos ha hecho. Nos ha quitado veinte millones con el estanco del salitre, y si a este golpe económico añade el político de la alianza con la Argentina, tomaremos muy serias medidas en nuestra propia defensa. En nuestras manos está la seguridad del régimen legal del Perú. En el momento en que tengamos certeza de las maquinaciones que se traman contra nosotros, llevaremos la revolución hacia allá. Es allí y no aquí donde resolveremos estas cuestiones". Jamás creímos en Palacio que las palabras de Ibáñez encerraran una bravata. Conviene a Chile empobrecernos, haciéndonos gastar en revoluciones el dinero que necesitamos para construir

nuestros blindados. Entre Piérola que ofrece libre industria del salitre y Pardo que la tiene monopolizada y que irá hasta la expropiación de las calicheras, ¿por quién se había de decidir el gobierno de la Moneda? ¿Crées, que si Errázuriz no hubiera estado engañando a Chacaltana en la forma hipócrita en que lo ha hecho, no hubiéramos cogido al *Talismán* apenas hubiera entrado en aguas peruanas?

---

8 de noviembre.

Los periódicos dan cuenta de la llegada del *Talismán* a Pacocha, el primero de los corrientes, en los momentos en que el *Huascar* no estaba en el puerto y en que anochecía, circunstancias de la que aprovechó Piérola para dejar en tierra a toda su gente y para comenzar el desembarco de su enorme material de guerra, desembarco que en parte interrumpió el

Huascar a las ocho de la mañana del día siguiente.

No hay detalles, y como en Palacio deben saber mucho más de lo que lacónicamente dicen los diarios, he vuelto a casa del tío Jerónimo, a quien he hallado hoy mucho más preocupado de lo que estuvo la semana pasada.

—Se nos avecina una formidable revolución,—me dijo.—Iglesias, uno de los prohombres del norte, se ha levantado en Cajamarca y prácticamente tiene en sus manos todo el departamento. En Arequipa, el prefecto Javier Osma, acaba de sofocar una intentona que pudo haber tenido terribles proyecciones. En Ayacucho se espera un movimiento que será iniciado por Cucalón. Montoneras han aparecido en Chancay, en Cañete, en Matucana, en San Mateo, en Pisagua y en Tarapacá; y el más insignificante éxito que Piérola tuviera en Moquegua, ciudad que ya ocupó, levantaría el entusiasmo de los descontentos y daría lugar a que se movieran los tímidos y los indecisos que aún se están quietos. Para hacer frente a este formidable sentimiento in-

surreccional que amenaza de muerte al partido civil, apenas hay dos mil quinientos hombres de ejército de *línea,* no quedando al gobierno otro recurso que echar mano de la Guardia Nacional y ensayar en la práctica la efectividad de esa fuerza. Hay quien la crée de todo punto ilusoria y únicamente adecuada para formaciones militares, para hacer *despejos* los días de toros en la Plaza de Acho, para acompañar procesiones y lucir vistosos uniformes. Los limeños tienen fama de flojos, de afeminados, de sibaritas. ¿Es esta gente la que se va a batir con los intrépidos cajamarquinos, con los valientes arequipeños, y con los aguerridos pobladores de Moquegua? En confianza te digo, que no me llega la camisa al cuerpo. A esto se añade que no hay un centavo en la Caja Fiscal ni posibilidad de sacarlo de ninguna parte, que los bancos están casi en quiebra y amenazados de entrar en el papel moneda inconvertible, y que seguramente para tener dinero no nos quedará otro recurso que vender a Turquía el blindado que hemos mandado hacer en Inglaterra y que se

halla ya en construcción. Amenazada Turquía de un conflicto armado con Rusia, hace algunas semanas que propuso la compra de nuestro futuro buque, al contado y aún con *juanillo* encima. Dreyfus, nuestro implacable usurero, que conoce nuestra situación, que está del lado de Piérola, que le ha dado dinero y que seguirá dándoselo, se ha negado a prestarnos un centavo

---

12 de noviembre.

Teresa me ha escrito desde Roma. Su carta está dirigida a la legación del Perú en la Argentina, habiendo sido Irigoyen el encargado de enviármela. Me cree en Buenos Aires y me pregunta si tengo paciencia para seguir viviendo en ese villorrio. Me habla de París y de Roma. Sus críticas de arte están admirablemente hechas. Me trata de ingrato, de inconstante en la amistad. Se queja del

olvido en que la he tenido. Me incita a que la escriba y a que la busque en Europa para pasear a mi lado las galerías de pintura y las de escultura. No me habla una palabra de Lucho, pero si de Blanquita, la que al pié de la firma de Teresa, textualmente me dice: "Voy a cumplir trece años y ya soy una señorita. Para diciembre saldré del colegio de monjas en que me educo. Para esa época, mucho me gustaría el que me examinara a fin de que me dijera si estoy a la altura de mi hermana. Venga a vernos pronto. *Blanca*"

Tan interesante carta me ha venido acompañada de la fotografía de mis amigas. Blanquita es una promesa, pero su hermana es una hermosa realidad. Vestida con ropas de invierno, teniendo las manos embutidas en pieles, el cuello cubierto por blanca y hermosa corbata y llevando sobre la cabeza amplio sombrero de terciopelo negro al que adorna una larga pluma, tiene Teresa en este retrato enloquecedora belleza. Me lo ha enviado con su firma y con una dedica-

toria que dice así: Un recuerdo a mi amigo López de Arévalo.—Teresa.— Roma, 1874.

---

14 de noviembre.

Laura se ha dado cuenta de la mudanza que causa en mi espíritu la carta de mi amiga, y con el recato propio de sus años me observa y me estudia como si mi vida fuera un problema. El pánico que reina en Lima entre las gentes del civilismo por la seguridad con que la oposición espera el triunfo de Piérola, me está sirviendo de pretexto para ocultar la verdadera y única causa de la profunda contrariedad que en estos instantes me aflige. Otra vez, Teresa, pesa en mi espíritu con la misma avasalladora intensidad con que atormentó mi alma durante los ocho meses que pasé en la Argentina. Otra vez, oculta fuerza consuntiva mina mi naturaleza y enferma mi corazón. Si ayer sufría solo y solo sopor-

taba mis penas sin tener que dar cuenta de ellas a nadie, ahora, la presencia de Laura, la infinita ternura que su dolor despierta en mí, aumenta mi tormento y me hace desesperada e imposible la existencia. Su mirada interrogativa me causa daño; su actitud meditabunda, sus furtivas lágrimas destrozan mi corazón; y cuando de noche me hallo solo, amargo llanto inunda mis ojos. ¡Cuánto me entristece besar las cartas y el retrato de Teresa, leer de mi diario las páginas que traen a mi memoria el recuerdo de los deliciosos días que pasé a su lado en Yura y en Valparaíso. Por fortuna, me distrae y me anima el entusiasmo que reina en la ciudad, y medio día me lo paso en la calle, asistiendo a los acuartelamientos de los cuerpos de la Guardia Nacional y a la salida de tropas para el sur y para el norte. ¡Qué día tan animado fué el del 6! Una división compuesta del *Pichincha,* del regimiento *Dos de Mayo,* del escuadrón *Lanceros de Torata* y de dos brigadas de artillería, todo al mando del coronel Rivarola, desfiló por las calles de la ciudad y por la

carretera emprendió viaje al Callao, embarcándose para Pacocha en el vapor *Panamá.*

Han tomado armamento nuevo en el cuartel de Santa Catalina, los batallones 2, 6, 7, 8, 10 y 12, comandados, respectivamente por Francisco de Paula Boza, Manuel Candamo, José de la Riva Agüero, Pedro Dávalos, César Canevaro y Augusto Althaus. Siendo mi cuerpo, el número 9, compuesto de estudiantes y profesores de la Universidad, posiblemente no saldrá de Lima. Esto me desagrada, pues en el estado de ánimo en que estoy, sólo una campaña militar curaría mi espíritu y rompería los débiles lazos que me unen a Laura.

---

16 de noviembre.

Ayacucho se ha levantado en armas. Iglesias ha tomado a sangre y fuego la ciudad de Cajamarca y en posesión del

ferrocarril de la Viña, pronto invadirá la provincia de Pacasmayo. Piérola ocupa el Alto de la Villa y se fortifica en los Angeles. Rivarola está en Moquegua, y, temeroso de un fracaso, no se atreve a atacarlo. Ha sido necesario guarnecer Arequipa con mil quinientos hombres y fortificar Sachaca con cañones de grueso calibre para bombardear la ciudad del Misti si al fin se levanta. Sólo así se ha conseguido que se esté quieta. Montoneras de Chancay y Cañete amenazan Lima, y por los barrios altos de la ciudad, de noche, se sienten tiros. A la fecha deben haber, entre movilizados y acuartelados, lo menos treinta y dos batallones. La celeridad con que se ha procedido es extraordinaria.

Se habla hoy de que el Presidente sale a campaña, y ansioso de conocer la verdad de la noticia, me he visto con el tío Jerónimo. Le encontré en cama, resfriado, renegando de Pardo, de Piérola, de la política, de la revolución y de cuanto Dios crió.

—Anoche me has tenido hasta las tres de la mañana en Palacio,—me dijo una

vez que hubo desahogado su mal humor. —Esto se pone cada día más serio. Son gravísimas las noticias que vienen de todas partes. Todo está minado, y los pueblos que aun no se han levantado solo esperan para hacerlo que Arequipa les dé el ejemplo. Hace tres días que aconsejo a Pardo que no espere en Lima el desarrollo de los sucesos y que salga inmediatamente para el sur. Anoche, en presencia de Buendía, de Montero, de Salazar, de Manuel Costa, de Rosas, del ministerio y de otras personas más, se discutió el asunto. Las opiniones estuvieron divididas, pero al fin triunfó la del Presidente, que con muy buenas razones apoyó su proyecto de salir a viaje, habiendo quedado acordado su embarque para hoy en el vapor de la carrera.

Siguió hablándome durante una hora. Al despedirme, me informó de que el Presidente se embarcaba a las seis de la tarde y me recomendó que le hiciera compañía y que no me separara de él hasta el momento en que el vapor levantara ancla.

EL SUR

A BORDO DEL "PANAMÁ"

18 de noviembre.

Paréceme una ilusión encontrarme a bordo y en viaje hacia el sur. De chaqué y tarro y únicamente con lo que tenía en el cuerpo me he embarcado, habiendo sido mi propósito al salir de Lima regresar a mi hogar al término de la despedida. Sea que me entusiasmara el embarque de los batallones 10 y 11 donde tengo numerosos amigos, o que me apenara no formar parte de la comitiva

presidencial compuesta de gente muy conocida, todo esto acompañado de un puntillo de amor propio por ser una vergüenza quedarse en Lima cuando todo el que puede de uno y otro bando se va a la guerra, es lo cierto que, estando a bordo, con tanta insistencia pedí a Pardo que me permitiera acompañarle, que al fin convino en mi anhelo.

Este viaje violento y sin despedirme de mis tíos, ¿no tiene todos los caracteres de una fuga? ¿No era cosa esperada por la familia el que pidiera a Laura y me casara con ella? Sometiendo mis actos a madura reflexión, me doy cuenta de que no han sido el entusiasmo patriótico y el deseo vehemente de servir a Pardo los únicos móviles que han determinado mi viaje al sur. Recuerdo la sensación de alivio que experimenté al saber que me era permitido salir a campaña. No hubiera sido mayor si de encima me hubieran quitado un peso. Dominado por el imperio de estas emociones, espantado de mi ingratitud, ansioso de no seguirla engañando, jugué mi suerte el día de mi partida, y en los momen-

tos en que el vapor hacía sus últimos aprestos para zarpar, preso de gran ansiedad, sin tiempo para meditar mi propósito, me fuí al comedor y en el escribí la siguiente carta:

Querida Laura:

Quisiera guardar para mí solo lo que me aflige y me atormenta, quisiera huir de tu lado sin decirte adiós. Y créeme, adorada prima, que de todo corazón hubiera procedido así, a no estar seguro de que mi silencio te hubiera causado mayor mal.

Falto de sinceridad, he cometido la perfidia de alentar en tu alma una pasión. Si hubiera tenido la franqueza de contarte mi historia, no me hallaría hoy respecto a tí en el duro trance en que me encuentro. Confié en tu ternura y en tus encantos, y lleno de ilusiones creí olvidar a la mujer cuyo cariño frenético me arrastra, al menos a mitigar la horrible dolencia que me consume. Todo ha sido en vano: hay en este amor, en esta fatalidad, en esta pasión una fuerza superior a mi libre albedrío.

Si algo quedara en mi espíritu que fuera

mío y que yo pudiera ofrecerlo, ese algo sería tuyo. Si no pienso sino en la otra, ¿cómo me sería posible, el día de nuestros desposorios, tenerte entre mis brazos, ceñirte fuertemente contra mi corazón, devorarte con mis besos y embriagarme en los acentos entrecortados de tu ardorosa pasión?

Perseguido y abrumado por el dolor, presa de oscura y silenciosa tristeza, créeme Laura, que a mi lado perderías la deliciosa armonía de tu existencia. ¡Ah! El tedio y la melancolía echarían profundas raíces en tu alma: y al darte cuenta de que el amor y la fidelidad, los más hermosos sentimientos de la vida, habían sido para tí una burla cruel, mis lágrimas caerían como fuego en el fondo de tu corazón, acabarían con tu querer y acaso te llevarían a la desesperación y a la locura.

En esta mortal angustia en que me hallo, no es mi desventura sino la tuya la que más me atormenta. Me doy cuenta del efecto que mi carta va a causar en tu sensible espíritu, y presa de horrible dolor, de extraño tormento que desgarra mi pecho, que me sofoca y me ahoga, te digo adiós.

Antes de firmar esta carta, no una sino varias veces volví a leerla. Satisfecho por la forma, sin pesar por un momento las consecuencias de mi acción, la metí en un sobre y la entregué a un amigo para que le diera curso. Hoy que han pasado dos días, que las brisas marinas han calmado mi enardecimiento, que la extraño, que su suerte me hace infeliz, lloro su desgracia y arrepentido me encuentro del paso que he dado. Es curioso: no es de Teresa sino de Laura de quien en estos momentos me acuerdo. . . . . .

Lizardo Montero me ha alojado en su camarote. Estoy solo con él. Me ha tocado esta suerte pues el resto de la expedición viaja como sardinas en caja, teniendo que acomodarse cuatro en camarotes donde tres no hubieran tenido suficiente holgura.

El Presidente ha traído su casa militar; y además de los edecanes y ayudantes le acompañan los empleados de la secretaría privada. Vienen también a bordo, el general Buendía, el coronel graduado Manuel Velarde, y el ya mencio-

nado capitán de navío, Lizardo Montero. Nos acompañan, de *línea*, el Zepita, al mando de su jefe el comandante Andrés Avelino Cáceres, y los de Guardia Nacional, 7, 6 y 10, respectivamente al mando del sargento mayor Aureliano Villarán y los coroneles Manuel Candamo y César Canevaro. Como médico viene el doctor Aurelio León acompañado de los estudiantes de medicina Toníz, Artola y Becerra.

Todos estamos como en familia. Pardo, con su habitual llaneza, ya en la cubierta, ya en la cámara, pregunta a los oficiales y a los soldados si algo necesitan y departe amigablemente sobre la situación y sus necesidades. Sus deferencias me tienen encantado. Ayer que no bajé a comer porque estaba mareado, públicamente preguntó por mi y mandó a verme al camarote. Casi todo el día estamos juntos; frecuentemente conversa conmigo y nunca me ve sin dirigirme la palabra. Si con todo esto como crudo y no consigo que me mande a Europa, en verdad que estoy de malas.

---

19 de noviembre.

Ayer fondeamos en Pacocha a las diez de la mañana. Al punto vino el comandante Portal, de la *Unión*, a informarnos que Piérola seguía ocupando posiciones inexpugnables en la cuesta de los Angeles, que Rivarola había tenido ya un encuentro desfavorable y no creyendo prudente arriesgar una nueva intentona se mantenía a la defensiva en el Alto de la Villa, base de sus operaciones, en espera de refuerzos. Pardo quiso llegar hasta Moquegua para conferenciar con Rivarola. El mal estado en que los pierolistas han dejado las locomotoras le impidió realizar su deseo. Unicamente desembarcó el 7 de Guardia Nacional, el cual encontró en tierra al regimiento *Dos de Mayo*, hoy al mando del comandante Morales Bermudez.

20 de noviembre.

Paréceme un sueño verme otra vez en Arequipa; pero aún más, encontrarme con gran parte de la juventud conocida de Lima.

Llegamos esta mañana a las nueve, después de haber estado en el tren once horas. Hice el viaje envuelto en una frazada que compré en Mollendo; y como hacía frío, me abrigué los pies, junto con los de Montero y los de Buendía en la capa de éste.

La noche serena y despejada permitía admirar las bellas perspectivas del camino, en esas horas, magníficamente alumbradas por la luz de la luna. El contento y la alegría reinaban en los vagones. Al contemplar tanto entusiasmo y regocijo habríase creído que íbamos en pos de alguna alegre fiesta y no a un campo de batalla en el que se va a rifar la existencia, y del cual, quien sabe cuantos menos volveremos. Pero así van y así deben ir los que enarbolan la bandera de las santas libertades patrias, muy

al contrario de los que proclaman su disolución y su ruina.

El tránsito del Presidente, desde el puerto hasta la ciudad, ha sido una continua serie de ovaciones espontáneas y entusiastas. No creí nunca que la presencia de Pardo en estos lugares promoviera manifestaciones de aplauso y exaltación a su gobierno. En cada estación, grupos de personas que venían de los valles, obligaban al convoy a detenerse para que uno de los más caracterizados subiera y pidiese al Presidente que se dejase ver del pueblo, ansioso de saludarle. Pardo accedía a la petición, escuchaba discursos y respondía a ellos con el talento práctico que tanto le distingue. En varios puntos, las mujeres le ofrecieron flores y frutas; y en otros dos, creo que en Cachendo y en la Joya, le prepararon cena para él y su comitiva. Buendía, Montero y Manuel Velarde eran también objeto de muchísimas felicitaciones y de aplausos. Algo fantástico tenía este camino, atravesado por entre multitudes que abandonaban el descanso de la noche y corrían a contemplar al hombre a

quien colmaban de caricias. Semejábase aquello a una de esas romancescas leyendas en que figuran príncipes idolatrados de sus pueblos, y a quienes éstos llevan siempre arrullados en el aura de su popularidad. Andando así nos sorprendió el día sin que nadie hubiera podido dormir siquiera dos horas seguidas, y sin que la travesía hubiera llegado a su término.

Describir lo que pasó en la estación de Arequipa a nuestra llegada a las nueve y después en todo el trayecto hasta la prefectura, es punto menos que imposible. La multitud era inmensa. Al medio de ella ondeaba el pabellón bicolor, a cuyo lado las bandas militares dejaban oir sus marciales ecos. Vivas y camaretas atronaban el espacio. Las autoridades fueron las primeras en saludar al Presidente. Después de hacerlo los representantes del pueblo, la comitiva se puso en marcha, subiendo Pardo a uno de los coches del ferrocarril urbano, de donde pronto tuvo que bajar, pues la multitud exigió que caminara a pie, y así tuvo que hacer el trayecto por

en medio de oleadas humanas. Los jirones estaban adornados y las campanas se echaron a vuelo. Las tropas existentes en la plaza le recibieron formando calle en el tránsito y cerrando después la marcha en columna detrás de él. El coronel Canevaro mandaba la línea.

Así fué conducido Pardo a la Catedral, siendo recibido en ella por el venerable cabildo eclesiástico, y bajo palio llevado al altar mayor, donde fué entonado un solemne *Te Deum*. Terminada la ceremonia, marchó a la prefectura, donde queda alojado.

Como el día ha sido de visitas, no he podido hablar con el Presidente, y hasta ahora lo único seguro para mí es que mañana nos movemos, aunque no sé adonde. Tal vez salga con el 10 de la Guardia Nacional, batallón en el cual tengo tantos amigos, que si en el me enrolo, estaré como en Lima donde Broggi por las tardes. Vivo en la compañía de Cesáreo Chacaltana, del doctor León, de Toniz y de Artola.

23 de noviembre.

Tres días llevamos de inacción en Arequipa. A cada momento se dán órdenes y contra-órdenes, y nadie sabe a donde vamos ni que haremos. Desde el 20, las tropas están listas para salir, y hasta ha llegado el momento en que un cuerpo formado y equipado ha recibido orden de volver a su cuartel.

Por fin, parece que hoy marchamos. Yo voy de secretario de un jefe divisionario; Cesáreo Chalcaltana de otro. De cual, ni él ni yo lo sabemos. El Presidente me dijo que yo iría con Manuel Velarde y Chacaltana con Montero. Después decidió a que uno iría con Buendía y otro con Montero; a lo último, Pardo echó suertes: Chacaltana fué favorecido con el primero, yo con el segundo. Ahora parece que de este acuerdo no queda nada y que se va a hacer un nuevo arreglo. Todo anda así, y con nadie comen-

to lo que pasa. No faltaría quien lo escribiera a Lima. La verdad es que, con excepción de Pardo y de los jefes, pocos saben lo que ocurre en Moquegua y nadie se encuentra seguro. La gente decente de Arequipa dá por cierta nuestra derrota. Hay momentos en que el pesimismo me contagia y en que pienso en las dificultades del regreso para después del fracaso. Como salí tan precipitadamente de Lima, me he traído la llave de la puerta de calle, y si las cosas siguen así, nada tuviera de particular que una noche me apareciera en casa.

---

24 de noviembre.

Estoy provisto de todo para pasar la cordillera. Poncho de vicuña, sombrero guarapón, bufanda, guantes, camisa de franela; creo que nada me falta, ni aun remedios contra el soroche del que estamos padeciendo cuantos hemos ve-

nido de Lima. Los limeños están hechos una miseria; tienen la mayoría de ellos los labios rajados e hinchados, no siendo pocos los que arrojan sangre por las narices. Yo soy uno de los que mejor están; pero nadie como Manuel López Gonzáles, capitán del 6 de Guardia Nacional, quién, como no tiene frío, tuvo la temeridad de bañarse en una batea, en la cual lo encontró Pardo la mañana en que acompañado del coronel Candamo, visitó el convento de San Agustín en donde su batallón está acuartelado.

Puno, 25 de noviembre.

Estamos aquí desde ayer. He venido agregado a la división Montero en calidad de secretario, pero con el cargo de comisario de guerra, lo cual importa el grado de teniente coronel. ¿Puedo aspirar a más? En Arequipa me dieron doscientos soles, de los cuales, reteniendo

la mitad, envié a Lima el resto a mi tía Rosa para que los repartiera entre Sheippein, Herourad y Frasinetti, suplicándola en carta que la escribo, que mande al primero hacer un jaquet de elasticotín azul, cruzado y con doble botonadura, un chaleco de fantasía y un pantalón claro.

Puno es tristísimo, y excepto el espléndido lago que es soberbio, nada hay en el que me llame la atención. Todos están con soroche. Yo comencé a sentirlo desde Vincocaya, pero en principios se me quedó. Estoy tan arropado que no siento el frío que hace. Mi salud es completa, y por razón de ella tengo un apetito extraordinario y tanto, que si no engordo en esta ocasión no sé para cuando me guarde. Montero y yo estamos alojados en casa del prefecto San Román. Los dos dormimos en un mismo cuarto. Si no fuera por lo mucho que extraño a los míos, y por la pena que me causa la suerte de Laura, estaría contento.

Salimos de Arequipa en la madrugada del 24. Desde las dos de la mañana

comenzaron a llegar las tropas al tren. El general en jefe del ejército de operaciones, don Juan Buendía, presenciaba el embarque de los batallones, el que se verificó en el mayor orden. Poco después llegó Montero, y su presencia fué saludada con aclamaciones y aplausos que se repetían incesantemente mientras recorría los vagones. El entusiasmo que en las tropas reinaba en esos momentos era grande. Allí no habían hombres forzados. Cada cual manifestaba de la manera más espontánea su deseo de ir a combatir por la causa del orden y de la constitucionalidad. Manuel Velarde me ha dicho que jamás gobierno alguno contó con más adhesión en su ejército ni con mayor entusiasmo para defenderlo. Las guerras civiles tienen siempre cierto carácter lúgubre y sombrío que ni aún la misma santidad de las causas que la justifican puede borrar del todo. La lucha es entre hermanos, y la sangre fratricida inspira el mismo horror desde que Dios maldijo a Caín. Pero en el caso presente no ha sucedido lo mismo. Al ver al soldado que marcha alegre y bullicio-

so, a los jefes que ciñen la espada desatendiendo otras ocupaciones, a los ciudadanos que abandonan su industria, muchos el pan del porvenir, paréceme que es una guerra extranjera la que estalla. Fácilmente se explica el fenómeno: la actual revolución se presenta sin hombres, sin prestigio, sin principios. Si llegase a triunfar, el Perú no sería ya una nacionalidad organizada y constituída. La cuestión al presente es la de ser o no ser. La patria, combatiendo hoy por el gobierno constituído, es la nación que se salva a si misma y que lucha como lucharía con igual objeto en la guerra en que se atacase la integridad. Es por esto que bajo la *república práctica* vemos realizarse cosas que son motivo de asombro para los que han juzgado a la nación por lo que fué hasta agosto de 1872. Si los facciosos de Torata hubieran presenciado la marcha de nuestra expedición desde el 16 en que salimos del Callao hasta hoy, temblarían por su suerte. La misma voluntad que al salir de Lima mostró la tropa, ha seguido mostrando hasta hoy. En el largo viaje de

veintidos horas que se emplearon para venir hasta acá, ni un solo murmullo de disgusto se ha dejado oír.

Llegamos a las cuatro de la mañana. El prefecto San Román nos aguardaba en la estación. Si la actividad y celo desplegados por Osma, que ejerce igual cargo en Arequipa, exceden a todo encomio, las de San Román no son menos dignos de elogio. Es preciso apreciar lo numeroso del ejército que hoy encierra Puno y la escasez de recursos en estas regiones para comprender los esfuerzos hechos.

El coronel Suárez con su división, que es la cuarta, por disposición suprema se han puesto a órdenes de Montero. Mañana a las cuatro salimos en busca de los facciosos.

---

28 de noviembre.

Nos preparábamos a salir para Torata en la noche del 25, cuando un telegrama de Arequipa enviado por Pardo,

quien firma como Director de la Guerra, nos obligó a suspender la marcha y a esperar sus comunicaciones. Llegaron estas en tren expreso a las doce y media de la noche, conducidas por el edecán de gobierno, comandante Felipe Huguet. Tan pronto como Montero las leyó, dió orden al *Zepita* y al *Dos de Mayo* para que se preparasen a salir; y a las seis de la mañana del día 26 tomábamos el tren para Arequipa. ¿A donde íbamos? Difícil era saberlo, siendo las comunicaciones reservadas. Nuestra curiosidad duró hasta las cinco de la tarde, hora en que llegamos a Vincocaya y en la que, por telégrafo se nos ordenó regresar a Puno, a donde volvimos a entrar en la mañana de ayer. Parece que Pardo recibió noticias que podían reputarse como seguras de que Piérola había abandonado la posesión de Torata para marchar sobre Arequipa, a la cual suponía desguarnecida. Lo alarmante de los informes exigió que se tomaran disposiciones, las que serían salvadoras si las noticias resultaban ciertas; y a ser falsas, no podían producir otro perjuicio que

retardar por tres días las operaciones de la guerra.

Las fuerzas que operan sobre Piérola han quedado organizadas de la siguiente manera: Rivarola, jefe de la primera división, ocupa el Alto de la Villa y tiene a sus órdenes 1.500 hombres. Manuel Velarde, jefe de la segunda, tiene el comando de los batallones 4, 10 y 11 de la Guardia Nacional, cien soldados de caballería y cien de artillería. A la fecha debe estar en marcha sobre Torata. La tercera y cuarta, ambas al mando de Montero, la componen el *Zepita*, la columna *Dos de Mayo*, la guardia civil de Arequipa, cien hombres de artillería, los gendarmes de Puno, la Guardia Nacional de Lampa y de Chucuito, y cien flanqueadores de caballería. El batallón *Ayacucho*, fuerte de quinientas plazas ocupa el Cuzco, estando *guarnecido* Arequipa por la Escuela de Clases, y el 6 y el 12 de la Guardia Nacional.

ALTO DE LA VILLA

10 de diciembre.

Aprovecho del reposo que solo hoy tengo, para rememorar la penosísima marcha de ocho días que hemos hecho por la más cruda y larga cordillera que tiene el Perú, marcha que en los tiempos de la Independencia realizó Canterac en el prodigioso tiempo de tres días y que repitieron después el gran Mariscal San Román y el general Bustamante, en tiempo de paz y contando con recursos y tranquilidad que nosotros no hemos tenido.

Hallábase el sábado 28, escasa la división lo menos en cien mulas, la tropa *asorochada,* Montero en cama con bronquitis, los víveres y el forraje acumulados en Pichacane, robados por los montoneros; cuando en la noche llegaron pliegos de Arequipa ordenando que el ejército saliera dos horas después de que fueran recibidos. Inmediatamente la tropa se puso en movimiento, y a las

cuatro de la madrugada del domingo, los batallones dejaban sus cuarteles, tomando la vanguardia la columna guardia civil de Arequipa, siguiéndola a una legua de distancia el grueso de las tropas, y cerrando la marcha la columna flanqueadores de Puno.

La población en masa acudió a despedirnos. El prefecto San Román y los vecinos notables nos acompañaron gran distancia por el camino que bordea las poéticas orillas de la hermosísima laguna. En Pacocha, la mayoría de las *rabonas* nos dieron el adiós, siguiendo el resto con la tropa. Si es admirable el sufrimiento y la resignación del soldado, las de éstas mujeres supera toda ponderación. Descalzas, enormemente cargadas con todos los útiles de una cocina, con el hijo y por añadidura con el perro, el cansancio les es desconocido. Marchan con mayor rapidez que los hombres, y cuando en las *pascanas* la tropa se entrega al reposo, ellas trabajan de tal modo y tan desembarazadamente que no habría quién creyera que acababan de hacer una larga jornada.

Siendo supersticiosas, piensan que arrojando una piedra á los hitos que marcan las leguas y echando sobre ella la coca que en la boca traen, no se ha de cansar ni nada le ha de faltar al feliz dueño de su corazón.

Por la tarde llegamos a Pichacane, donde encontramos al coronel Suárez y al comandante Gastó que nos habían precedido. Pichacane fué el único punto habitado en todo nuestro itinerario. La población estaba solitaria. Sólo encontramos mujeres. La triste experiencia de las guerras civiles había puesto en fuga a los hombres. Las infelices indias no sufrieron ningún mal de nosotros. Pagamos con creces cuanto tomamos y por nuestra causa no se derramó una sola lágrima. La tropa se alojó lo mejor que pudo, parte de ella en la iglesia, que fué ofrecida por el señor cura del lugar. La dificultad de la movilización fué superada aquí, empleando llamas para los granos y el forraje, y dejando las brigadas de mulas para la oficialidad y el parque.

A las seis de la mañana del siguiente

día, las divisiones continuaron su marcha. En Pichacane comienza el despoblado. Inmensas estancias en las que apenas crece un pasto raquítico, alimento de ovejas y de llamas, estancias que son interrumpidas por extensos terrenos áridos y rocallosos, es todo lo que se encuentra en el trayecto. Los accidentes del suelo se repiten sin cesar. Ondulaciones y desfiladeros, cascajosos unas veces, arenosos otras, cortados a cada paso por salientes picos de piedra, ofrecen fatigoso y pesado sendero que la tropa recorre paso a paso con una regularidad desesperante para el que va a caballo. En estas alturas, el *soroche* produce terribles efectos, y los soldados costeños caen tendidos en el camino y son levantados por otros para marchar entre los enfermos y cansados que se arrastran a la retaguardia. La bronquitis, la pulmonía y el *costado* nos hicieron mucho daño; y todo esto unido al frío, al hambre y al cansancio, aumentaron las penurias de un ejército que se caminaba diez leguas diarias de escarpadas cordilleras para después entrar en

combate. Por fortuna, nuestro viaje ha sido relativamente feliz, no habiendo estado el tiempo tan adverso como la estación hacía esperar. Las tempestades se cruzaban por nuestras cabezas, estallaban a derecha e izquierda, pero nunca nos interrumpían el paso. Lo mismo sucedió con el granizo: nos amagaba por horas enteras, y solo caía con fuerza por treinta o cuarenta minutos. Unicamente las nevadas nos hicieron sufrir mucho. En el campamento de Viscachani nos cayó una desde las cuatro de la tarde hasta cerca de la media noche. En un momento, una sábana blanca cubrió cuanto al rededor veíamos. Al día siguiente, cuando los primeros rayos del sol, reflejando sobre los blanquecinos picos comenzaron a derretir la nieve, el número de nuestros enfermos aumentó en un veinte por ciento.

La segunda jornada fué hasta Quipongo, y después acampamos sucesivamente en Río Blanco, Chilligna, Alpacota, Viscachani y Queñual. Nada más poético e imponente que el aspecto del campamento. Desde lejos, las tiendas levanta-

das ya y el humo de las hogueras encendidas para el rancho, indican el sitio del descanso. Los cuerpos llegan por su orden. A la puerta de la tienda de la comandancia, el corneta de órdenes indica a cada uno su puesto. el que las tropas ocupan acampando en cuadro. Un instante después, todo es bullicio y animación. El rancho es repartido, las brigadas pastan por los alrededores y el ganado acampa cerca de ellos. A las siete todo cambia. Se apagan las luces y las hogueras, marchan tropas y cuádruples avanzadas a sus puestos, los ayudantes de los cuerpos vienen a són de corneta por el santo y seña; y pocos momentos después cuando la noche llega, reina por todas partes el más profundo silencio. Parécenos estar en un campo solitario; no obstante, imposible es dar un paso sin que resuene el *alto quien vive* del centinela, seguido del estridente sonido del arma al preparar. Las rondas se multiplican, y en la quietud del campamento, suenan los ecos de sus pasos perdiéndose a lo lejos. Todo parece que duerme allí, y sin embargo todo vela. Un solo grito hará

poner en pie a miles de hombres y cien miradas vigilantes atisban el camino por donde el enemigo pudiera intentar la sorpresa. Cuando la aurora principia a aclarar el horizonte, todo el campo se despierta. Vuelve de nuevo el bullicio y la animación, las hogueras humean otra vez. A las cinco, toca el corneta atención larga, y media hora después todos los cuerpos tocan diana. Suenan pitos, cornetas y tambores, y en esta música, cuyos sones en tal ambiente y tal espacio resuenan fuertemente, hay algo que habla al corazón. En seguida se pasa lista, se dá parte, los jefes y oficiales reciben y dan órdenes, y muy pronto ese tren inmenso comienza a ponerse en marcha.

El jueves 4 llegamos a Queñual, desde donde divisamos las formidables posiciones de Torata y sus alrededores. Montero dispuso que las divisiones permanecieran allí todo el día siguiente a fin de que tomara la tropa el descanso que tanto había menester y el estado mayor estudiara la posición exacta del enemigo. En efecto, al otro día, supimos que los facciosos habían fortificado los altos de

Chujulay, por donde debíamos pasar. Se hizo necesario buscar otra ruta. Enviados al objeto, Suárez y Gastó, descubrieron el fácil acceso de las divisiones por un cerro, cuyos senderos, dominando las alturas de Chujulay y dejándolas a un lado, permitían sorprender al enemigo en el mismo Ilabaya. Entre otros inconvenientes, tenía esta ruta, el de no tener agua en todo el trayecto que debíamos recorrer. Resolvimos tomarla en el mismo campo enemigo después de que le derrotáramos, y aquella misma tarde, a las tres, el ejército se movilizó en dirección a las alturas. Llegamos al pie del cerro y emprendimos la subida por una cuesta empinadísima. Los jinetes tuvieron que apearse, las mulas resistían pasar por caminos sólo accesibles para llamas. Cómo subió la artillería, yo mismo no lo sé. Pero todo se olvidaba al ver el entusiasmo de la tropa, que prorrumpió en vivas cuando el primer cuerpo ganó la cima.

A las ocho de la mañana del sábado siete, las divisiones hicieron alto. Nos encontrábamos en las alturas de Buena

Vista, desde donde nuestras avanzadas descubrieron al enemigo atrincherado en los altos de Ilabaya. Su posición era magnífica. Si hubiéramos venido por Chujulay, mucha sangre nos hubiera costado tomarla. Montero reunió a los jefes y concertó el plan de ataque. La artillería avanzó protegida por el *Dos de Mayo* y bien pronto los dos ejércitos se encontraron frente a frente. Con anteojos distinguimos perfectamente las personalidades del campo enemigo. Estaban allí Piérola, Segura, Zubiría, Bardales Arévalo, Bogardus y mi amigo Niqueche. Montaban caballos blancos y habían establecido su consejo bajo de un árbol, a cuya sombra discutían. Sus tropas gritaban tan desaforadamente que sus voces llegaban hasta nosotros. "Rivarola ha sido derrotado ayer en la cuesta de los Angeles. Pásense, no sean tontos;" nos decían, añadiendo: "ladrones, miserables, corrompidos, aquí se paga un sol diario, vengan a ganarlo". Sus vivas a la revolución, a Piérola, y sus mueras al gobierno, a Pardo y a

Montero eran tales, que parecían animados del mayor entusiasmo.

Los primeros tiros de la artillería fueron recibidos con rechifla y burla. El comandante Bonifaz y el capitán Ordoñez se picaron, y bien pronto sus certeras puntierías les hicieron callar. Una hora después de rotos los fuegos, Piérola, a paso lento, tomó el camino de Torata. Se paró varias veces en los morros y eminencias para presenciar el combate y luego se perdió de vista. Mientras tanto, la infantería de nuestra división había avanzado a la línea de batalla. El valiente comandante Andrés Avelino Cáceres, entraba a la cabeza de su tropa, la primera que llegó a las trincheras. El mayor Bedoya, el comandante Montesinos, el comandante Cordero y el bizarro comandante Smith, cada cual en su puesto, difícil es decir quién es acreedor a méritos mayores. Las balas llovían a los pies de Montero y de Suárez. Ambos avanzaron hasta el sitio en que la artillería hizo sus últimos disparos, seguidos de toda su comitiva. Una bala me mató el caballo. Nuestra tropa no dejó de

avanzar un solo momento. Entró al combate en desfilada, se desplegó después en guerrilla y a lo último luchó cuerpo a cuerpo hasta desalojar al enemigo. Una hora después de arreciado el combate y tres y media después de principiado, el general Segura emprendió a toda prisa la fuga. Tras de él, los que habían quedado en pie de sus mil hombres se desbandaron, dejándose caer por cuestas y desfiladeros. En el campamento enemigo hallamos mulas, monturas, rifles, municiones y hasta vituallas y botiquines. Nuestra tropa se encarnizó en la persecución de los dispersos. "Toma sol diario", les decían al descargar sus rifles, y "mueran los chilenos", exclamaban al perseguirlos. Muchos individuos de ésta nacionalidad encontramos entre los prisioneros. Montero les salvó la vida.

Una hora más tarde ocupábamos Torata, cuartel general de los facciosos. La población estaba abandonada. Los hombres habían huído y las mujeres refugiadas en la iglesia con sus hijos, lloraban al vernos como quien espera la muerte. Presto las tranquilizamos, y poco

después, los hombres volvían y las mujeres nos agasajaban de la mejor manera posible, tomando parte en nuestra alegría.

Los heridos comenzaron a llegar desde Ilabaya, en donde provisionalmente se improvisó un hospital de sangre. Es tal vez la parte más triste de la guerra, el presenciar la llegada de estos infelices, que bañados en su propia sangre, vienen a esperarlo todo de la caridad de sus hermanos.

Aquella noche acampamos en Torata. En la mañana del lunes nos preparábamos a realizar la última jornada, cuando supimos que los pieriolistas huían por las quebradas de Tumilaca. A las diez llegó el coronel La Torre. Con él venían los denodados del 7 y del 10 de la Guardia Nacional, inmortalizados en esta campaña. Verdad es que todos los cuerpos salidos de Lima han cumplido con su deber, pero a éstos dos de nacionales les ha tocado en suerte la mejor parte.

De Torata pasamos a Yacango y de allí al Alto de la Villa, en donde nos encontramos hoy diez de diciembre. Nues-

tra entrada triunfal fué un verdadero triunfo. Pardo nos recibió en el camino. Abrazó a los jefes, oficiales y clases de cada cuerpo y les dió las gracias por lo que habían hecho en pro de la patria. "Me enorgullece, nos dijo, dos cosas: la inferioridad de mis enemigos y la superioridad de mis amigos", elocuentes palabras que encierran en sí la historia de toda una época, la época presente.

---

15 de diciembre.

Dos días después de nuestra llegada al Alto de la Villa, emprendimos marcha hacia Pacocha. Estando en el puerto, Pardo, Buendía, Montero, Suárez, sus estados mayores respectivos y algunos oficiales más, se embarcaron en el transporte nacional *Chalaco* con rumbo al sur. Yo pensaba regresar a Mollendo para llegar hasta Puno donde tengo que arreglar los libros de la comisaría, pero el

Presidente me honró invitándome para este paseo, y con gran satisfacción le he seguido.

En la mañana del sábado desembarcamos en Arica. Si la recepción en el puerto fué entusiasta, no lo fué menos la que se nos hizo a nuestra llegada a Tacna. La bella capital de Moquegua se había engalanado como en sus mejores días de fiesta, y todas las clases sociales acudieron presurosas a recibir al Director de la Guerra. Desde el primer momento pudo éste conocer que se hallaba en una población patriota y amiga. ¡Qué diferencia con la manifiesta hostilidad arequipeña! Tacna es una bella ciudad. Su limpieza y aseo, sus hermosas calles, sus paseos y edificios, su aire, su aspecto elegante, todo en ella está diciendo cual es su categoría, y la altura a que descuella.

Pardo y los que hemos venido con él, recorremos la ciudad y los pintorescos alrededores en coche descubierto, y francamente que en nada se echa menos a la capital del Perú. Todas las comodidades a que estamos acostumbrados las halla-

mos aquí. Desde los lujosos hoteles hasta las bien surtidas tiendas de comercio, todo está indicando cuán cómoda es la vida en Tacna. Contribuye a hacerla más agradable, la galante y distinguida sociedad que hay en ella, a la cual debemos singulares atenciones. La gente femenina merece ante todo un tributo de admiración por su hermosura, su amable trato, su elegancia, y más que todo por aquel *chic* especial que la iguala a la limeña, con cuyo lujo puede competir. No son menos distinguidos los caballeros. Francos, amables, obsequiosos, forman una sociedad selecta en cuyo seno no hay nada que extrañar. Desde el día de nuestro arribo nos han abierto sus salones, donde reina la más exquisita cortesía. El doctor Macklean y su distinguida esposa Julia Forero, obsequiaron a Pardo el domingo con un baile; el señor Jones con un espléndido lunch en una casa quinta, y esta noche la familia Neuhaus ofrece un té a numerosos limeños. Fuera de estas, hay multitud de invitaciones particulares, y a cada rato se improvisan alegres reuniones en medio de

la familiaridad más cordial. Cuantos hemos venido a Tacna en esta ocasión conservaremos de ella los más agradables recuerdos.

Pardo pensaba estar en Lima para la *noche-buena*, pero han llegado noticias de que Piérola se reorganiza en Candarave. Para impedirlo, se han dado las disposiciones convenientes. Ayer salió el comandante Gastó para interceptar el camino de Puno a donde pudiera intentar dirigirse, mientras que el general Buendía ha partido con fuerzas para cortarle el camino de Tarapacá, ciudad a la cual sin duda ha de ir para ensayar el último golpe uniéndose a la montonera de Albarracín. Una parte del batallón número 10, al mando del capitán Carlos Morales y de los oficiales Ferreyros, Igarza e Higueras, han salido con cien hombres montados hacia Tarata, ciudad que los facciosos acaban de ocupar.

La única persona que me ha escrito de la familia es la tía Rosa. Su carta es lacónica. Me dice que no le dé respuesta, pues la tía Josefa, que se halla eno-

jada, ha dado orden de que no se me conteste una sola de las muchas que le he escrito. Haremos las paces con un abrazo cuando llegue a Lima. Por lo que toca a Laura, espero que mi ausencia la curará de su pasión. La víspera del combate soñé que había venido a verme y este sueño me hizo tanto bien, que entré a la refriega sin miedo y con la mayor confianza. Es mi ángel bueno. Estoy seguro que debido a sus oraciones, la bala que mató a mi caballo no me mató a mí también. Montero y Suárez se empeñaron en recomendarme en el parte de la batalla, pero como era yo quien como secretario lo ponía, me negué rotundamente a ello. Creo que he procedido bien. A todo trance hay que evitarse antipatías, celos y rivalidades.

Cada día estoy más contento de haberme enrolado en la expedición; y todos los trabajos y penurias de la campaña los doy por bien empleados. He contribuído al triunfo de mis convicciones y me veo hoy querido y considerado por personas que ayer ni sabían que yo existía. Indudablemente que fué

Dios quién me inspiró la idea de ofrecerme a Pardo a bordo del *Panamá*. Si no fuera por Laura y por lo mucho que pienso en ella, mi tranquilidad de ánimo sería completa.

---

18 de diciembre.

Hasta hoy permanecemos aquí en la incertidumbre de la marcha y sin día fijo para ella. Probablemente ya no volveremos a Arequipa, sino directamente al Callao, lo que me causa un gusto inmenso, a pesar de que tendré que volver de Lima a Puno para arreglar los libros de la comisaría.

Tacna sigue entreteniéndonos bastante. Mañana tenemos un lunch en Arica, al cual he sido invitado; y el domingo otro en Chorrillos, pueblecito que está en las inmediaciones. Aquí me he encontrado con un tío, el coronel don José de Arévalo, que es todo un tipo. Tam-

bién con mis distinguidas amigas Alina Hugues y Amelia Echenique. Naturalmente las he visitado.

Pardo está alojado en casa de don Carlos Zapata, prefecto del departamento. Todos los días le veo dos veces, una después de almorzar y otra por la noche. El cariño con que me trata es siempre el mismo. Tal vez por esto, Cesáreo Chacaltana y yo recibimos muchas atenciones de todos. Pardo Figueroa nos ha tratado espléndidamente, y su casa es el centro de reunión de todos los limeños, que somos numerosos. Está empeñado en llevarme a su casa, en donde ya está alojado Ricardo Espiell, pero yo me resisto porque para independencia no hay como el hotel.

---

27 de diciembre.

Estamos otra vuelta en Arequipa. El Presidente, enemigo por caracter de manifestaciones ruidosas, ordenó en Mo-

llendo que se ocultara su viaje, habiendo sido inútil su previsión, pues en cuanto bajó del tren extraordinario que condujo la *Joyita*, como por encanto toda la ciudad se cubrió de banderas, se adornaron las fachadas de las casas, y la multitud le salió al encuentro por la calle de la Merced. Durante su paso por ella, de techos y balcones le arrojaron flores y coronas, y las señoras desde las puertas de sus casas le ofrecían hermosos ramos con inscripciones y emblemas. Lo más distinguido de la sociedad arequipeña le prodigó honores, y la marcha se hizo cada vez más lenta, al extremo de haber demorado una hora para llegar a la prefectura. Allí le esperaba la columna de jóvenes de Arequipa, quienes quisieron ese día darle guardia de honor. Los repiques, los cohetes y las músicas no cesaron un instante, y a partir de ese momento, los funcionarios y los particulares comenzaron a hacer sus visitas oficiales. Al día siguiente, comisiones especiales invitaron a Pardo a comidas y a *lunchs*. Los concejos departamental y provincial le dieron el 25 un banquete de

doscientos cubiertos. A la hora del *champagne,* pronunciaron discursos el alcalde de Ponsigñon, los doctores Domingo Almenara, Montesinos y Echegaray, y después, el distinguido miembro de la colonia chilena, Manuel José Vicuña.

La noche del 24 se celebró con fiesta doble. La primera fué enteramente popular; se llevó a cabo en la plaza de Armas y en ella se quemaron altísimos castillos de fuegos artificiales, habiendo dado la retreta el 6 de la Guardia Nacional. A las once de la noche se abrieron los templos para la misa de Navidad, y desde esa hora, gentes del pueblo comenzaron a recorrer las calles tocando guitarra y cantando al són de ellas canciones populares. Por muy alegre que esto fuese, no podía menos que parecer triste a los que salidos de Lima recordábamos pesarosos el brillante aspecto, el bullicio y la animación de nuestra ciudad en esa noche. Esto motivó una segunda fiesta. La improvisó Ricardo Espiell, secretario de Pardo, disponiendo una gran cena en el hotel Lafayette, a la cual invitó a todos los amigos residen-

tes en Arequipa; y aún cuando los sucesos políticos de aquella noche amenazaron en su principio turbar nuestra alegría, el buen humor no nos abandonó un momento. Basta decir que era Espiell quien hacía los honores, para saber que las horas se pasaron sin sentirlas, alegres y bulliciosas. El primer brindis fué dedicado a los amigos ausentes, a quienes considerábamos comiendo los criollos tamales y chicharrones, que aquí por nada pudimos conseguir.

A habernos quedado más días en Tacna, la improvisada cena habría sido una fiesta que hubiera tenido resonancia allá, pues la oficialidad de la Guardia Nacional había proyectado hacer en la *recoba*, como lo hizo una vez Atanasio Fuentes, en su casa, una *noche buena*, a la limeña idea que fué acogida con entusiasmo por la sociedad del lugar.

30 de diciembre.

Todo ha terminado. La revolución herida de muerte desde la derrota de Ilabaya, ha venido agonizante a sucumbir en las puertas de Arequipa, donde ha recibido el golpe de gracia.

Burlando la persecución de Gastó, de Buendía y de Suárez; partiendo de Torata, atravesando las serranías de Candarave y recorriendo ciento cuarenta leguas, llegaron los pierolistas a los límites que separan los departamentos de Puno, de Arequipa y de Moquegua y acamparon en Puquina. Con el objeto de cerrarles el paso, dispuso Pardo que Cáceres y Smith, respectivamente con el *Zepita* y el *Dos de Mayo*, tomaran el camino de Omate; que Buendía con sus fuerzas les cortara la vía de Torata; que Gastó con dos batallones ocupara la línea de Vítor; que el comandante Ramírez y su segundo estrecharan el circuito, uno en Pocsi y otro en Quepeña; y por último, que Suárez con su división tomara la retaguardia. Cumplió éste su cometi-

do, pero al llegar a Puquina se encontró con que los revolucionarios habían ocupado las alturas, siéndole imposible operar sobre ellos por causa de haber las lluvias anegado los caminos, siéndole todavía de mayor contrariedad la niebla. Supieron aprovechar estas desventajas los facciosos, y no pudiendo regresar al sur a unirse con la montonera de Albarracín, o pasar al Cuzco en cuya provincia hubieran encontrado recursos para merodear algunos meses, se lanzaron sobre Arequipa. El plan fué atrevido y acusa audacia; la que armoniza perfectamente con la enérgica voluntad que los revolucionarios han manifestado en la cruda marcha de ocho días, en la que, desnudos, fatigados y muertos de hambre, han recorrido todo el sur. ¿Con qué probabilidades contaron para acometer su empresa? Difícil es responder. Creen algunos que fueron llamados de esta ciudad, y que se les aseguró que a su llegada se levantaría el pueblo. Creen otros que su plan fué tomar por sorpresa a Pardo, y hacerle prisionero, aprovechando de las escasas fuerzas que le acompañaban. Sea

lo uno, sea lo otro, es lo cierto que a las dos de la tarde de ayer, favorecidos por la niebla, salieron de Puquina con dirección a Arequipa; y dando rodeos para no tocar en Posci ni en Quepeña, y andando toda la noche sin cesar a pesar de la lluvia, recorrieron diez y seis leguas, llegando a las cinco de la mañana a las inmediaciones de Sabandía.

Como todos esperábamos de un momento a otro la noticia de que los facciosos hubieran sido batidos por Suárez y Cáceres, el aviso de que Piérola se hallaba en Characato nos cayó como una bomba. Sin embargo, la sorpresa duró un segundo. El Presidente, que por primera vez en tres días se había recostado aquella madrugada, desplegó en el acto la notable actividad que tan célebre le ha hecho en esta campaña. Al punto, las torres, fueron ocupadas; ventaja indispensable para dominar la ciudad en caso que el pueblo intentara levantarse. Pardo, sereno y tranquilo, dispuso todo por sí mismo. De la prefectura se trasladó al ex-convento de San Agustín, donde está acuartelado el 6, punto céntrico y de

gran defensa, pero también el más peligroso si nos hubieran derrotado. El batallón *Pichincha,* la Escuela de Clases y el 12 de la Guardia Nacional recibieron orden de acampar en la Plaza de Armas, mientras que el 6, comandado por Manuel Candamo, formaba parapetos en los techos de su cuartel y se fortificaba para el caso de una defensa desesperada.

Mientras tanto, los avisos de la marcha del enemigo sobre la ciudad se sucedían con rapidez asombrosa. A la media hora de haber llegado el teniente gobernador de Characato, que fué quien nos trajo la primera noticia a las cinco de la mañana, llegó otra, anunciando que Piérola estaba en Sabandía, y veinte minutos más tarde, que entraba a Paucarpata, ya a una legua de Arequipa. En tal emergencia, el Presidente acordó establecer el cuartel general en San Agustín, replegando dentro de él los cuerpos existentes en la plaza, excepto la tropa que ocupaba las torres y plazuelas. Hizo acopiar agua, víveres y parque, y tomó todas las disposiciones para sostenerse uno o dos días mientras llegaba el auxi-

lio de Buendía, que fué llamado para que entrara con todas las fuerzas que operaban fuera de la ciudad Acababan de tomarse estas disposiciones, cuando los revolucionarios llegaron a la pampa de Miraflores, suburbio de la ciudad. En este momento fué en extremo difícil salvar nuestra situación: sacar a nuestras fuerzas al campo era dejar desguarnecida la población; pero también dejar entrar impunemente a las contrarias, era darles oportunidad para fortificarse dentro de ella, dándonos mucho que hacer. Asi las cosas, Pardo ordenó que Rivarola con el *Pichincha* saliera a batir a los que entraban. Atravesó éste la ciudad, en ese momento desierta y presentando un aspecto sepulcral; y tomaba la calle Ancha para salir a la pampa de Miraflores, cuando Escobar al frente de sus tropas no le dió tiempo para ello. Le salió al encuentro, avanzó sobre él, y en los momentos en que los soldados del *Pichincha* caminaban formando calles por ambas aceras, le hizo una descarga cerrada. Aprovechando del pánico que se produjo en las tropas de Pardo, los facciosos se parape-

taron en las casas, tomaron al *Pichincha* entre dos fuegos y le hicieron numerosos prisioneros. El valor y la sangre fría de Rivarola le salvaron. Personalmente animó a su gente, sacó a los soldados que se habían escondido; y mientras aguardaba el auxilio pedido para proteger su retaguardia, siempre avanzando, siguió haciendo fuego, resuelto a llegar a la pampa para desplegarse en batalla o hacer cualquier movimiento militar que no fuera el ataque desventajoso y sin orden en que estaba comprometido.

El coronel Escobar, jefe de los asaltantes, peleaba con valor y arrojo extraordinarios; pero su gente retrocedía al empuje del *Pichincha*. En cuanto éste ganó la boca-calle se desplegó en guerrilla y atacó denodadamente. Escobar resistía siempre con igual fiereza, pero una bala le atravesó el pecho y cayó para no levantarse más. Bogardus que le seguía, emprendió la fuga y trás de él ya nadie pensó sino en escapar. Poco más de tres cuartos de hora duró la acción, y en ella tuvimos muchos muertos y heridos. Cuando llegó Manuel Velarde con el batallón

número 12, ya la suerte estaba decidida. Fuerzas al mando de los capitanes Daniel Heros, Juan Muelle y Enrique Higginson se destacaron en persecusión de los vencidos.

La noticia del triunfo causó en la ciudad la misma sorpresa que había producido el aviso del ataque. Inmediatamente las campanas se echaron a vuelo y el entusiasmo de nuestra tropa fué indecible. A las dos entraron los vencedores, a cuya cabeza venían Rivarola y Velarde. El *Pichincha* formó en la plaza de Armas y allí Pardo le dirigió la palabra. En la tarde comenzaron a llegar las fuerzas que en la mañana se llamaron por medio de propios. Vienen todas a descansar de las fatigas de una campaña que ha durado dos meses, y en la que al fin las instituciones han sido salvadas.

El coronel Escobar ha muerto como un valiente. Hagámosle esa justicia y compadezcámosle. Era un hermano nuestro y sus servicios en el ejército, en caso de una guerra extranjera se echarán de menos. He visto su cadáver. Una bala le atravesó el pecho. Su gesto era fiero. Se había

pasado la mano ensangrentada por la cara y sus facciones se habían contraído horriblemente. El pueblo le desnudó. Javier Osma le hizo conducir a una capilla y después a la iglesia de la Compañía. Aun cuando ha muerto víctima de temeraria empresa, ha caido en su puesto a la cabeza de sus tropas.

Piérola se quedó en Paucarpata. Dícese que todos los días recibía propios de Arequipa con anuncios de cuanto aquí pasaba e incitándole a entrar. El general Segura quedó enfermo en Omate. De Zubiría y de mi amigo Niqueche faltan noticias.

No hay nada comparable al desastroso estado en que han llegado las fuerzas de Piérola. Sus hombres están descalzos, rotos, andrajosos. Dá pena verlos. ¡Cuánto han sufrido! Según cuentan los prisioneros y los heridos, el estado de miseria en que estaban era terrible. Sólo Escobar con su carácter y medidas de rigor pudo conservar la disciplina y la moralidad. La última jornada de diez y seis leguas los aniquiló. Sus caras eran cadavéricas. Las mulas tenían todas una

sola llaga de pies a cabeza. Muchas han muerto al ser traídas a la ciudad. El mismo Piérola no estaba bien montado; y al saber la noticia de la derrota de sus fuerzas, a no ser por el cura de Sabandía que le dió su caballo, no hubiera tenido nada bueno en que irse. Inmediatamente tomó para Chihuata, vía hacia Puno. Al principio le acompañaron veinte y cinco hombres; pero después, unos por mal montados, otros por falta de voluntad solo diez le pudieron seguir.

Mollendo, 7 de enero de 1875.

Asombroso ha sido el viaje de instrucción que en cincuenta y dos horas ha hecho don Manuel Pardo por el sur del Perú, después de terminada la campaña contra Piérola. En tan corto espacio de tiempo, dos veces ha recorrido el ferrocarril de Arequipa a Puno, llegando hasta Nicasio en la línea de Juliaca al

Cuzco; y hoy se embarca en Mollendo, después de haber navegado el Lago Titicaca hasta la frontera con Bolivia. Durante estos viajes se ha dado tiempo para asistir a tres *Te Deum*, a dos misas de gracias, a tres almuerzos, a dos *lunchs*, a tres comidas, a dos tertulias y a un baile. En los intervalos ha visitado hospitales y establecimientos de importancia, ha hecho visitas de despedida y ha atendido las necesidades del servicio público. Esta prodigiosa actividad desplegada, es la muestra de su carácter; carácter que pocos conocen, siendo necesario tratarle de cerca y en detalle para poderle aquilatar en su gran valor. ¡Cuánto hay en él que estudiar, cuánto que aprender! No es tanto el talento lo que más le distingue sino su admirable fuerza de voluntad. Entre otros méritos tiene el de haber levantado la capital de la indiferencia en que antes yacía, en haberla sacudido de su letargo. Mediante su actividad, aquella Lima, que antes era la opinión, es hoy la opinión y la fuerza. En hora preciosa, Pardo, abandonó las tareas de la administración; y sin ser militar, improvisó

con estudiantes, abogados, banqueros y artesanos y comerciantes un ejército que hasta hace poco se llamaba con burla la Guardia Nacional, pero que de hoy en adelante se llamará Guardia Nacional con respeto. Acompañado de sus tropas se aventuró en poblaciones hostiles, las convirtió a su favor, dispuso por sí mismo los planes de ataque, dió batallas y obtuvo triunfos. Ha desplegado en la acción cualidades tan distintas, multiplicidad tan asombrosa, que sus órdenes más parecían acuerdos de un estado mayor que resoluciones de un solo hombre. Dispone de actividad, de inteligencia y de energía, siendo imposible establecer comparaciones entre él y sus [illegible]igos. Por esto ha triunfado.

Puno, 15 de enero.

Los libros de la comisaría aún me retienen por esta ciudad. San Román ha partido para La Paz, donde se hallan

Piérola, Billinghurst y Niqueche; y durante su ausencia vivo en compañía del sub-prefecto. Pardo y mis amigos se hallan en Lima, desde el nueve. ¡Con qué tristeza les abracé el día que me separé de ellos en Mollendo!

En esta soledad en que vivo, mi unico consuelo es la lectura. Cartas y periódicos de la capital me anuncian la derrota de Miguel Iglesias en Cajamarca y la pacificación del norte. También, los triunfos obtenidos por las tropas del gobierno en Cerro de Pasco, Ayacucho, Huarochirí, Moyobamba, Cañete y Tacna, donde don Carlos Zapata se ha portado como un héroe, batiendo y aniquilando la montonera de Albarracín. El batallón *Callao* No. 4 y el 2 de Guardia Nacional, respectivamente al mando de sus coroneles Buenaventura Aguirre y Francisco de Paula Boza, han sido los encargados de batir a Iglesias el día 12 en Purnay, haciendo de don Rafael Villanueva. El combate duró ocho horas y los facciosos pelearon con valentía. Prisioneros se encuentran Astete y García Urrutia, tomados por el teniente Sepúlveda del Húza-

res de Junín. Lorenzo Iglesias, a pesar de sus heridas, huyó en compañía de su hermano. Entre los muertos en Ayacucho se encuentran mis dos condiscípulos y amigos, Eloy Vargas y Felipe Cucalón. ¡Qué golpe tan terrible para sus padres y para sus hermanas! ¡Cuánta sangre, cuántas lágrimas y cuánto dinero cuesta al Perú esta revuelta!

Me ha causado malísimo efecto el modo como los periódicos de Lima dan la narración del triunfo del ejército del sur. Según los partes que he leído, la división Montero, que fué la que derrotó a Piérola, aparece que sólo combatió con dispersos; y por el contrario, la división Rivarola, cuyo combate del 6 tuvo los caracteres de una derrota, resulta ahora como la vencedora. Esto debe haber sido compuesto por Buendía que se hallaba junto con Rivarola; y como el mismo Pardo estuvo el 6 en la cuesta de los *Angeles,* por halagarlo, quieren dar el triunfo a la primera división ¡Así se escribe la Historia!

30 de enero.

Una afección bronquial me ha tenido recluído y sin fuerzas para terminar mi labor. Convaleciente, preparábame a continuarla, cuando la muerte de mi tía Josefa, anunciádame en lacónicas palabras venidas de Lima, me ha enfermado el espíritu y el cuerpo, y de nuevo me ha postrado en cama. El frío, la soledad, la tristeza aumentan mi pena. Aislado, sin un amigo verdadero, sin nadie que me hable de los míos, ¡qué suplicio tan terrible sigue siendo para mi llorar solo la muerte de la anciana! Una congestión pulmonar me la ha llevado, sin darme tiempo para reconciliarme con ella. Molesta, por la manera como rompí relaciones con Laura, ninguna de mis cartas contestó. El daño que su enojo me causaba en aquellos días que fueron los últimos de su vida, estaba compensado con la esperanza de volver a verla, de echarme a sus brazos y pedirle su perdón. Hoy, que no tengo esta esperanza, mi desconsuelo es inexplicable. En el estado de me-

lancolía en que vivo, con qué lucidez se avivan en mi imaginación los actos de mi infancia y de mi adolescencia en que su persona intervino. Mi espíritu se sacia en la memoria de su abnegación, de sus favores, de sus caricias.

La virtud y la nobleza eran ingénitas a su carácter benévolo y justiciero. Retemplando su ánimo varonil y constante en la prudencia y en la fortaleza, dominaba con su natural señorío, con la generosidad de sus ternuras y de sus larguezas. Su caridad siempre activa, atraíanla intimidades y reconocimientos sin número, reservando para gentes muy selectas lo exquisito de sus confidencias.

Su corazón era demasiado grande para buscar el aplauso ni aún en la satisfacción propia de la virtud. Excéntrica de si misma, ninguna liga bastarda se mezclaba al oro purísimo de sus procedimientos y de sus móviles. No hay noche que no sueñe con ella, que no la vea en los tiempos de su apacible ancianidad, siempre sonriente, agradable, viva, muy viva. jamás muerta.

LIMA

15 de febrero.

Hacen ocho días que regresé del sur. Me recibió mi padre a las nueve de la noche en la estación de San Juan de Dios. La manera de abrazarme y el acento con que me habló, revelaronme su triste estado de ánimo. Durante el tiempo que empleamos en el trayecto a casa, cariñosamente contestó mis preguntas, no habiendo sido los detalles de la muerte de mi tía Josefa los que me causaron sorpresa, sino la ausencia de mi prima Laura, noticia que violentamente me comu-

nicó. Sea que no quisiera darme pormenores, o que no los conociera, mi curiosidad no fué satisfecha: habiéndome sido imposible saber la causa que tan precipitadamente había llevado a Laura a Guayaquil.

—Rosa, que tampoco sabe mucho sobre este viaje, según creo— contestó mi padre a una de mis preguntas.— me ha dicho que tu prima ha ido a terminar el asunto de su herencia. A mi juicio, el único que conoce la verdad de lo que pasa en todo esto, es tu tío Jerónimo, quién, entre paréntesis te diré, está enojadísimo contigo.

Encontré sola a la tía Rosa. Su esposo andaba por Chuncay en demanda de una hacienda que deseaba arrendar. Me abrazó con emoción; y después de hacerme muchas preguntas sobre mi salud y sobre mis últimos movimientos por el sur, me llevó al comedor donde me tenía preparado pan, chocolate, jamón del país, queso fresco y frejoles colados. Ansioso de saborear nuevamente viandas criollas, harto de chuño y chalona, poco me pareció aquel abundante refrigerio; y mien-

tras la tía Rosa me preparaba una segunda taza de chocolate y se recreaba viéndome comer con voracidad, a instancias de mi padre, le dí informes sobre la campaña contra Piérola en los detalles omitidos por la prensa, detalles indispensables para formarse concepto cabal de lo ocurrido. Militar de escuela y conocedor de aquellas cordilleras, con interés siguió mi relato. Varias veces me interrumpió para hacerme preguntas sueltas, y cuando hube concluido, me dijo:

—De buena derrota has escapado, hijo mío. Necesitaba una persona franca, como tú, que me narrara las cosas con la sinceridad con que lo has hecho, y que me confirmara la hostilidad de los arequipeños. Hoy que conozco la verdad, que me explico porque don Manuel no armó un solo batallón de Guardia Nacional en Arequipa, me confirmo en la sospecha que siempre tuve de que si Escobar no es muerto y logra entrar en aquella ciudad, no es Buendía ni nadie quien de ella le hubiera sacado. También te digo, que si con tanta oportunidad, Pardo

no sale de Lima, esta es la hora en que todo el sur estuviera en manos de Piérola. Su previsión, su energía, su valor lo han hecho todo. Creo que Castilla ni San Román lo hubieran superado en esta campaña con tanta gloria terminada.

Mi padre se fué a dormir, y sólo quedé en compañía de mi tía; yo en la cabecera de la mesa, ella casi al medio. Era sofocante el calor y la ventana teatina como la que daba al corredor hallábanse abiertas. Acostumbrado al frío de Puno, materialmente sentía achicharrarme. En ese instante, la quietud y el silencio de la noche fué interrumpido por el lejano canto de los gallos. Miré al reloj: eran las doce.

—¡Qué verano tan sofocante, tía Rosa!— la dije.—¿Por qué no han salido a Chorrillos, al mismo rancho que ocupamos el año pasado en la calle de la Mona?

—Tu ida lo trastornó todo,—me contestó.—Fué temeraria empresa la tuya, embarcarte con don Manuel, no estando enrolado en ninguno de los cuerpos que

salieron, ni tampoco teniendo obligación moral de hacer ese viaje. Habiendo tenido en Lima, en esa época, seguridad completa de que el Gobierno sería derrotado, el pensar que prisionero, herido o muerto podías quedar por aquellos páramos, nos causó continua ansiedad. Luego, la carta que dejaste escrita para tu prima, el efecto que la hizo, sus llantos y sus lamentos. Recuerdo que aquella noche, esa en que partiste para el sur, tomamos un palco en el Principal y que a mi y a Laura nos impresionó hondamente la representación de *María Antonieta* por la Restori. Tu tío Jerónimo nos acompañó a la salida; y ya en la calle, nos dió la noticia de tu embarque. Lorenzo García se la comunicó a las diez de la noche, y más tarde, Luque, le entregó dos cartas tuyas: una para la tía Josefa y otra para tu prima. Encontramos a la anciana en cama, desvelada y en espera de su sobrina. Le comunicamos tu embarque, y fué tan violento el coraje que la noticia le produjo, que prometió y nos hizo prometer a todos no escribirte una sola vez. Estábamos en estos des-

consuelos y silenciosos la oíamos vociferar, cuando llegaron a nuestros oídos los lamentos de Laura, que encerrada en su alcoba había leído tu carta. La trajimos a nuestro lado, la acariciamos, la dijimos que no diera importancia a tus palabras, siendo efecto sólo de tu romanticismo; que no creyera en la existencia de ninguna rival, siendo tu propósito únicamente el hacerte interesante. ¡Pobre niña!, al fin conseguimos calmarla. ¡Qué noche aquella, Luis! Cuando salí de casa de tu tía, daban las dos de la mañana.

Siguió hablándome de Laura, de su recato, de la paciencia y conformidad con que principió a esperar mi regreso.

—Se adelgazó,—continuó mi tía Rosa.— Lloraba por la menor cosa, habiéndonos inspirado algún temor lo profundo de su melancolía. ¡Con qué ansiedad buscaba en los periódicos noticias del sur, y que contenta se ponía cada vez que recibíamos carta tuya y que en ellas le dedicabas uno y hasta dos renglones! "Se casará contigo, se casará contigo", repetíale la anciana, alentándola en los

momentos en que perdía la esperanza. "Pídele a Dios que te lo traiga vivo,—añadía,—que lo demás corre de mi cuenta." Tristes, monótonos, sin nada que suavizara nuestra pena corrieron para Laura y para todos en casa, los primeros tiempos de tu ausencia. Noticias buenas ni una sola nos llegó: siendo así que, cuando supimos por el telégrafo de Pisco la derrota de Piérola en los Angeles, se nos quitó de encima un peso que ya nos traía muertas. Un mes después entró don Manuel a Lima a la cabeza de sus tropas victoriosas. ¡Con qué alegría, yo, Laura y tu tía Flora fuimos a recibirte a la Portada del Callao, y cuánta decepción nos causó ver de regreso a todos tus amigos y saber por ellos que te habías quedado en Puno!

—Al día siguiente,—continuó mi tía Rosa después de un corto silencio,—nuestra querida anciana cayó en cama. Desde agosto su salud no era buena. Tu ida la afectó. Una tarde, refiriéndose a Laura, me dijo: "El temor de morirme sin haberla colocado me tiene nerviosa. Mi muerte, dejándola soltera, sería la

mayor desgracia que nos pudiera acontecer.'' La consolé, diciéndola que antes de dos semanas estarías en Lima. No mejorando su estado pensó hacer testamento, y al recordar que en setiembre del otro año habíate dado el original escrito por ella misma para que corrieras los trámites, diferidos entonces por motivo de su mejoría, encargó a Laura que lo buscara entre tus papeles. Cumplió ésta el encargo de su tía; pero como en todo la persigue mala suerte, a poco de registrar cajones en el escritorio de tu cuarto, no solo dió con la minuta que buscaba sino con las cartas de Teresa.

Vió mi tía exteriorizados en mi rostro el pasmo y la vergüenza que me causó el verme descubierto en un amor que tan discretamente guardé, y algo apenada, me dijo:

—Justo y humano es que te cause extrañeza la libertad que yo y Laura nos tomamos de poner mano en tus papeles; sin embargo, estaba tan distante de sospechar que te escribías con esa niña, que de momento quedé más sorprendida que tu prima, cuando ésta, anegada en llan-

to, me dijo que ya conocía el nombre y la residencia de su rival.

—¡Pobre Laura!—exclamé.

—Fué tan grande su desconsuelo,—continuó mi tía—que por dos horas quedó en casa lamentándose de su destino. Al fin, ansiosa de que me formara concepto del grado de cariño que la otra te tiene, en alta voz me leyó sus cartas.

—Y ellas te produjeron gran desilusión, ¿no es verdad?

—Desilusión, no: sorpresa. Creía yo hasta ese momento, por lo que me habías escrito de Yura, que Teresa se había enamorado de tí. ¡Qué engaño, sobrino mío! Esa chilenita es tu amiga, tu buena amiga; pero nada más. Convencida de esta verdad, con júbilo llevé al ánimo de Laura el resultado de mi observación. Mis reflexiones la reanimaron. Con todo, al final de ellas, con profundo desaliento exclamó: "¡Y si a pesar de no ser querido, él persistiera en seguirla amando!"

Vivamente interesado en la narración de mi tía, abstúveme de interrumpirla, para no cortar el hilo de su espontaneidad.

Me miró con sentido afecto, y dándose cuenta de mi emoción, pasó a hablarme de la enfermedad de la tía Josefa.

—Días después de esto—continuó,—la anciana se puso grave. Su estado coincidió con la llegada de una carta tuya venida de Arequipa. Después que se la leímos, nos dijo: "Será la última que tenga de él". Le reprochamos su falta de fé. Comenzaba a faltarle confianza en sus fuerzas físicas, y por primera vez dejó de esperar el auxilio divino, anteriormente tantas veces implorado para recobrar la salud. A menudo conversaba con todos; pero de preferencia con Laura. Largos ratos quedábase sola con ella. ¿Qué la decía? Seguramente le hablaba de la falsía del mundo y de lo bienaventurados que son los que piensan en lo eterno, pues sus palabras secaban las lágrimas de tu prima y le daban una conformidad que solamente lo divino puede inspirar. Me tocó en suerte velarla la última noche que pasó en la vida. Durante ella durmió con extraordinario sosiego, habiéndose despertado después de cinco horas de sueño a las cuatro de la

madrugada. Preguntó la hora, y como si hubiera andado mucho, exclamó: "¡Qué cansada estoy. Me siento desrengada, tanto como si hubiera corrido algunas leguas!" Ña Marcelina, que en ese momento se encontraba a mi lado, nerviosa y casi espantada como si nuestra tía en ese instante hubiera sido ya una alma en pena, al oído me dijo: "Ha estado recogiendo sus malos pasos. No hay persona que antes de morir, en sueños, no visite los lugares donde no debió estar, ni deje de presentarse a las gentes a quienes ofendió en demanda de perdón. ¡Pobrecita! En espíritu ha recorrido por última vez los sitios donde en vida pecó. De aquí la causa de su cansancio. A cuántos habrá tenido que pedirles perdón, llegándose hasta la cabecera de sus lechos. ¡Animas benditas del Purgatorio!—exclamó, estremeciéndose y dando diente con diente.—¡Cuántos espantos por causa de su presencia espiritual!"

—No soy miedosa,—continuó mi tía Rosa,—ni nunca he creído en estas vulgaridades; sin embargo, aquella noche, las palabras de Marcelina por la hora y

por las circunstancias del momento, me causaron pavor: y un frío semejante al que debe producir el acercamiento de la muerte me heló la sangre. Hablándome de tí, tu tía, me dijo que moría bendiciéndote, que dejaba con Laura importantes encargos para tí y que te recomendara el cumplimiento de ellos. El día clareaba cuando me pidió de beber. ¡Qué débil estaba en ese momento! Me suplicó que le arreglara la cama, que la acomodara con la cara hacia la pared, donde tenía colgada la imagen de la Vírgen de los Dolores: y momentos después, sin que nos diéramos cuenta, murió como un niño que se duerme.

Hasta las dos de la mañana continué oyendo a mi tía Rosa. Excitada su fantasía por mis preguntas rápidas y concisas, con cuánta riqueza de detalles siguió contándome las escenas ocurridas en el cuarto de la finada, cuando revestida con el tosco hábito de San Francisco fué bajada de la cama al suelo, puesta sobre un petate y rodeada de cuatro lámparas de aceite. Laura y la tía Flora velaron el cadáver la noche que siguió al día de

la muerte. A la mañana siguiente, acompañados de muy selecta concurrencia que presidieron mis tíos y mi padre, los restos de la anciana fueron depositados en el nicho que ocupa en el cementerio.

28 de febrero.

Con cuanta frialdad me ha recibido el tío Jerónimo. Supe por su hermana Flora que estaba enojado conmigo; y como una de las manifestaciones de su enojo fué no visitarme, se hizo preciso que yo le buscara. Mi tío Enrique, encargado por mi para servirme de padrino, me llevó hasta sus habitaciones, abrió la puerta, me hizo entrar, me anunció; y dando por terminado su cometido, se retiró, dejándome en situación embarazosa. ¡Qué raros y extraños son todos estos Arévalo! Yo mismo, en ciertos días no me comprendo. Probablemente, en ellos, predomina en mi ser el espíritu y la san-

gre de mi madre. Encontré al tío Jerónimo en mangas de camisa, siendo las dos de la tarde y horrible el calor que hacía. Se dejó abrazar, y con sátira me preguntó si estaba bueno.

—Como Dios te ha hecho para que nos des terribles sustos,—añadió,—créeme que siento placer en verte. Cada vez que te ausentas, malas noticias de tu salud nos ponen en terrible ansiedad. ¿Qué ha sido lo de Puno? Nos dijeron que te habías vuelto tísico.

La muerte de la tía Josefa me dió oportunidad para romper el hielo de la situación. Hablándole de la anciana, le traje al terreno de las tristes realidades. La quería, y mis lamentos le afligieron.

—Se fué, hijo mío, se fué,—me dijo moviendo la cabeza y expresando su pena con emoción más que con palabras.

Seguí conmoviéndole, y en el instante en que su aflicción y su ternura adquirieron viva intensidad, le pregunté por Laura.

—Está en Guayaquil y no volverá,—me contestó, dejándome absorto con su respuesta.

—Tuvo la mala suerte de enamorarse de ti,—continuó.—Concebiste la peregrina idea de ensayar en ella el anhelo de olvidar la persona a quien quieres; y habiéndola despertado a la vida del sentimiento y de la realidad, en una sola noche, con la violencia de un loco, arrancastes de raíz en su corazón ilusiones tiernamente despertadas. No estaba preparada para el golpe y cayó. Sus desconsuelos, sus lamentos nos llegaron al alma. Tu tía Josefa levantó su espíritu, la prometió conquistarte. Se fingió resentida, no te contestó una sola carta, ansiosa de aprovechar la docilidad de tu carácter. Me consultó su propósito; se lo aprobé; y créeme, sobrino amado, que hoy estuvieras unido a Laura si a Lima hubieras llegado junto con Pardo. ¡Qué contenta la ví salir en compañía de Flora y de Rosa, camino hacia la Portada del Callao, el día 6 de enero en que entraron las fuerzas expedicionarias del sur! Nicanor Alvarez Calderón, teniente del 10 de la Guardia Nacional, por la calle, le dijo que no habías llegado; y su desconsuelo fué tan grande que se hizo necesa-

rio tomar un coche y llevarla a la casa. Tu tía Rosa te habrá contado cuanto después ocurrió. Profundamente afectada por la lectura de las cartas de aquella Teresa, que sin quererte te tiene cogido; abatida por la muerte de la anciana, y aconsejada por fray Gonzalo de Ochoa, resolvió buscar en el cláustro consuelo para sus penas. ¡Pobre niña! Su padre, a quien adoraba, se fué en los comienzos de su juventud, dejándola tan conmovida, que los médicos temieron por su salud. Su madre y tú, a porfía, ¿cuál de los dos lo ha hecho mejor?

Preso de profunda melancolía desde que estaba en Puno, agravada mi dolencia con cuanto la tía Rosa me contó, afectado por la pavorosa soledad que encuentro en las habitaciones de la anciana, mi sentimentalismo me hubiera llevado a la idiotez, si las palabras de mi tío Jerónimo no me hubieran causado benéfica explosión de dolor. Enardecido, sin el menor control sobre mi voluntad, dócil a la secreta influencia de mi tío, me senté en su cama, recliné mi cabeza sobre las almohadas y lloré con tanta amargura,

con tan profundo sentimiento como jamás lloraré en mi vida. Trató mi tío de serenarme: mas viendo que sus consuelos, en el estado de ánimo en que estaba ni siquiera eran oídos, dejó correr mis lágrimas hasta el momento en que la calma me trajo a la razón. Repuesto de mi dolor, algo avergonzado de mi debilidad sin dar ni recibir excusas, le dije:

—Me voy.

Como si nada hubiera ocurrido, hallándose muy afectado y deseando poner término a la embarazosa situación en que nos hallábamos, me contestó:

—Pardo quiere verte. No dejes de ir esta noche a su casa.

---

15 de marzo.

Laura ha entrado de novicia en el convento de la Visitación, y decidida a profesar de monja, se ha despedido de la familia en una carta muy sentida y lacó-

nica que desde Guayaquil ha escrito a mi tía Flora. Aconsejado por ésta y por su cuñada Rosa, hace varios días que acarició la idea de ir al Guayas en busca de mi prima, ansioso de satisfacer mis deseos de pedirle perdón, de reconciliarme con ella y de ofrecerle mi corazón y mi mano. A ciencia cierta no podría decir si es amor o si es un sentimiento de conmiseración lo que en estos momentos mueve mi voluntad a seguir tan radical resolución. Tampoco deseo saberlo. Aspiro reparar mi falta, arrancar de mí el remordimiento que me causa el haberla hecho infeliz; y por hoy, mis actos están subordinados a estos propósitos. Desconfiado en las cosas que se relacionan con el sentimiento, he querido oír al tío Jerónimo. Me oyó sin interrumpirme siquiera con la mirada. Largo rato quedó en meditación después que concluí de hablar; y de pronto, con la resolución del hombre que sabe lo que dice, me dijo:

—Sobrino mío, no te ocupes más de esto. Todo tiene su oportunidad en la vida; y la tuya, en este asunto, ha pasa-

do. En ese mismo sitio que ahora ocupas, estuvo sentada Laura el día que vino a despedirse de mí. Principió por engañarme, por decirme que se iba por pocas semanas, deseosa de arreglar sus intereses. Con astucia la traje al camino de la verdad. Fué entonces que me confesó su vocación al cláustro, y su deseo irrevocable de ingresar a él. "El primer anhelo de ser monja,—me dijo—me lo combatió mi madre amenazándome con no volver a verme ni visitarme jamás en el convento. Con lágrimas, casi de rodillas, me hizo jurar que no la dejaría sola. Muerta ella,—siguió diciéndome—volví a pensar en el convento, habiendo sido en esta vez la tía Josefa quien obstaculizó mi propósito. Hoy,—exclamó con emoción—que he sido burlada por Luis, que obtuve de la anciana durante su gravedad el permiso que antes me negó para recluirme en la Visitación; que según ella, mis conveniencias espirituales están allí, ¿por qué y para qué habría de quedar en el mundo?"

Guardó silencio por cortos instantes el tío Jerónimo, para continuar así:

—Ya puedes imaginarte cuánto no la diría en mi deseo de quitarle de la mente tan original propósito. Las resoluciones que emanan del sentimiento, sólo pueden combatirse con palabras nacidas en igual fuente. Como mi discurso sólo estuvo apoyado en fríos razonamientos, salí derrotado. Aún así no creas que me faltaron anhelos de buscar tropiezos para demorar su viaje, en espera de contingencias que cambiaran el curso de los sucesos; pero como no se presentaron y tu prima se empeñó en embarcarse pronto, nada me fué posible hacer. Tu tía Flora, de la que esperé algún auxilio, se manifestó indolente; lo mismo que su confesor el padre Gonzalo, quién, al animarla en sus propósitos, procedió de acuerdo con insinuaciones recibidas de nuestra anciana tía, pesarosa, probablemente de haberse opuesto a la que creía ya ser su vocación. Siendo rica, tu prima, hasta el obispo del Guayas, con quien tuvo una entrevista, ha influído en su ánimo para que ingrese de novicia. Así las cosas, ¿crées que te sería posible, en Guayaquil, si hasta allá llegaras, conseguir permiso

para hablar con Laura; y si tal permiso te fuera dado, reconquistar el corazón de tu prima delante de las rejas del locutorio y en presencia de la madre superiora? Mujer rica que de novicia entra a un convento, no saldrá de él sino muerta o en rebeldía, en uno y otro caso ya siendo monja.

Viendo mi tío que sus razones me convencían, propúsome, en su deseo de no desesperarme, poner el asunto en manos del señor Lezameta, solución que con todo agrado acepté.

—Su tío,—me dijo,—está tan interesado como tú y como yo en que su sobrina Laura no entre de monja. Ha llegado a su noticia el proyecto de enlace con un miembro de la familia de Laura en Lima, familia a quién él aprecia en sumo grado. Alcanzar por sí mismo el doble empeño de volverla a su camino real, y de poner delante de ella el éxito de sus aspiraciones y de su porvenir, ha de ser para él tarea gustosa y agradable. Si te parece bien, le escribiré, suplicándole se vea con Laura, a fin de que le exponga el estado de tu ánimo, como también tu

deseo de ir a Guayaquil a casarte con ella. Si la respuesta es favorable, te embarcas y negocio concluído.

---

15 de junio.

Estoy de vuelta. He pasado cuarenta días en Chile. Este cambio de lugar y las distracciones consiguientes al viaje, ha ejercido callada y saludable influencia en mi indócil corazón. Ya no vivo bajo el influjo de aquel lánguido marasmo que tan manifiestamente entorpeció mi actividad y energía. A la distancia, las cartas de mi tía Rosa, muy llenas de esperanza y de paz, me han hecho grandísimo bien. Estoy sometido humildemente a sus consejos. "Interroga a la naturaleza, a la que nunca se pregunta en vano, —me ha dicho.—Busca nuevos afectos, rodeate de amigos y sobre todo trabaja desde la mañana hasta la noche" En otra de sus cartas me decía: "Saca lección sa-

ludable de cuanto te ha ocurrido. Eleva y fortalece tu alma. Sigue escribiendo la Historia de la Literatura Nacional que has comenzado. En los buenos, la aflicción produce fuerza, nunca debilidad".

Debo a Pardo la realización de este viaje. En los momentos en que mi angustia era mayor, me hizo salir de Lima, con el encargo de cumplir una comisión que Reynaldo Chacaltana por su mala salud no podía atender; ni tampoco Coronel Zegarra, secretario de la Legación, a quien encontré atareadísimo, actuando como abogado del Perú y en oposición a Blest Gana abogado de Chile, en el arbitraje a que se sometió los gastos hechos por las marinas de ambos países en la guerra contra España durante los años de 1865 y 1866. Falló como árbitro, Mr. Morgan, ministro de los Estados Unidos en Santiago, declarando al Perú deudor de Chile por la suma de 574,000 pesos.

No tuvo mi viaje relación con nada de esto, sino con el propósito de salvar dificultades, si ellas se hubieran presentado, en la entrega que se hizo a Enrique Piñeyro, comisionado de la República

Cubana, de un armamento que fué vendido por el general Mariano Ignacio Prado. Pardo, cuyo anhelo por la independencia de Cuba es manifiesto, y que sin mucho esfuerzo consiguió del Congreso doscientos mil soles en bonos para fomentar la guerra separatista que se lleva a cabo en la Gran Antilla, ha sido indirectamente el autor de esta venta. Entregados los aludidos bonos al ministro de Cuba en Lima, señor don Manuel Márquez Stérling, y vendidos al sesenta por ciento de su valor, ha servido su producto para remitir sesenta mil soles a la Junta Patriótica Cubana de Nueva York, y el resto para que Piñeyro pagara y embarcara para Santo Domingo el armamento que Prado tenía en Viña del Mar desde 1871, y que fué comprado por éste, teniendo en mente el propósito de armar una expedición revolucionaria para levantar Arequipa y derrocar al gobierno de Balta.

De los cuarenta días que he permanecido en Chile, diez y ocho los he pasado en la ciudad de Santiago, y el resto en Valparaíso. ¡Qué monótona y silenciosa

me ha parecido la primera, que grande para su pequeña población, qué lluviosa y que fría! La policía es escasa, las calles mal alumbradas. Piñeyro ni yo, jamás nos atrevimos a cruzar de noche la Alameda de las Delicias por miedo a los ladrones.

Es intensa la simpatía que me inspira este luchador cubano, hoy sin patria, sin hogar, sin fortuna; corriendo por el mundo en pos de la caridad internacional, y recibiendo de contínuo decepciones y muestras de indiferencia. Es Piñeyro un escritor notable por su estilo, cultura y talento; y es su patria la heroica fracción de tierra americana que derrama a torrentes la sangre de sus hijos para conseguir su independencia. En sus campos se libra la última pelea contra el antiguo sistema colonial. En esta lucha, Cuba se halla sola; siendo el gobierno de don Manuel Pardo el que más colabora en América, secundando la aspiración general de proteger a los revolucionarios antillanos. Los ministros y cónsules del Perú, tienen orden de reconocer a los proscriptos de la belicosa isla, y como si

este rasgo de generosa hidalguía no fuera suficiente, Pardo, de acuerdo con Márquez Stérling, ha nombrado cónsules peruanos a nativos cubanos en Haití y Santo Domingo. Este auxilio noble y desinteresado de nuestro gobierno, es algo que parece inverosímil en esta época de vida convenenciera. Responde la conducta de Pardo a un sentimiento de puro y excelso americanismo. En efecto, ¿qué beneficio que no sea moral, puede reportar el Perú de la independencia de Cuba?

Cumpliendo instrucciones, llevé a Piñeyro donde Chacaltana, quién a su vez le presentó al ministro de relaciones, Adolfo Ibáñez. Recibió éste a mi recomendado en su carácter de Agente Confidencial de Cuba beligerante, le hizo saber que no tropezaría con obstáculos en el desempeño de su misión, y que podía sacar libremente el armamento del general Prado. Días después, Ibáñez, le puso en contacto con don Federico Errázuriz, el presidente de Chile, un hombre de seis pies de alto, grueso y muy elegante en el vestir, quien le honró recibiéndole en audiencia privada. Durante la corta en-

trevista, limitóse el supremo magistrado a conversar sobre los Estados Unidos, manteniéndose reservado y en extremo discreto en los momentos en que el Agente revolucionario abordó el problema de Cuba. Al darme cuenta Piñeyro de la entrevista, comparó la actitud fría, egoista de Errázuriz con el trato afable, franco, lleno de cordialidad con que le recibió Pardo, no escatimándole alientos ni votos por la próxima independencia de su patria.

De Santiago pasó Piñeyro a Valparaíso, y en su compañía permanecí algunos días en el puerto. Prado nos recibió con afectuosidad. Esperaba intranquilo el resultado de las gestiones que se terminaron en Santiago; y recibido el dinero, precio de las armas vendidas a Cuba, lo repartió entre sus acreedores, en los negocios de minas y vapores que está en vísperas de liquidar para retirarse de Chile. Proclamado candidato a la presidencia de la República por sus numerosos amigos en el Perú, y no contando sino con el apoyo moral de Pardo, los gastos eleccionarios le tienen preocupado.

Es un hombre de mediana estatura, robusto, apenas de cincuenta años; con ojos y cabellos muy negros, barba cerrada y espesa, en la que se nota uno que otro hilo blanquecino. Lo sentencioso, reposado, parco y grave que es en el hablar, la atención con que oye generalmente para no contestar nada, y la ninguna oportunidad que tuve para frecuentar su trato y captarme su amistad como me he ganado la de Pardo, me dejaron en condición de no poder juzgarle. Le pasó lo mismo a Piñeyro, no obstante su inveterado espíritu de observación.

En uno de los días que estuve en Santiago, pasó por Valparaíso en viaje a Buenos Aires, don Manuel Irigoyen, quien ahora viaja en compañía de toda su familia. En esta vez representará al Perú ante el gobierno de Avellaneda, sucesor del presidente Sarmiento, debiendo entenderse con don Bernardo Irigoyen que ha sucedido a Tejedor en la cartera de Relaciones. Sigue siendo, don Manuel, el personero de Bolivia, cuya cancillería todavía en manos de Baptista, ha resuelto los puntos propuestos por Mitre en el

Senado argentino, exceptuando el que limita el *uti possidetis*, siempre ansioso de cubrir a Tarija. Avellaneda ha declarado que no pretender alcanzar Tarija, y que no se explica las dificultades que pone Bolivia al tratado de alianza. De la misma manera piensa don Bernardo Irigoyen, quien, según supe por Chacaltana, deplora el aplazamiento del tratado y sostiene que aquel pacto no ofende a nadie y es al contrario beneficioso para todos.

---

25 de junio.

Ha sido necesario que no vuelva a experimentar por Teresa el abatimiento que en meses anteriores me causaba el recuerdo de su persona, que haya visitado el *chalet* de Cerro Alegre sin sentir la emoción sufrida a mi vuelta de Buenos Aires, para darme cuenta de la manera como ella supo enardecer mi corazón. Libre mi alma de tan tirano dominio, con cuanta lucidez aprecio ahora los afectos y

la ternura de mi prima; su exquisita dulzura, su apacible belleza, sus múltiples encantos. Su ausencia y el recuerdo de sus penas acrecen la compasión y el amor que experimento por ella. Desgraciadamente, ya Laura no vive en Lima, ni como ayer, me es posible visitarla a diario en casa de la tía Josefa. Estoy viendo ahora en la mesura y prudencia de sus actos la mística influencia de su confesor. Viviendo bajo las severas reglas del cláustro, sujeta a la estrecha disciplina de las novicias, hablando con su tío en presencia de testigos, no oyendo mi voz, sus actos son meditados, sin espontaneidad y acaso movidos por el influjo de la razón. Dos meses de plazo pidió para dar respuesta al permiso que la pedí por conducto de mi tío y del suyo para trasladarme a Guayaquil y explicarle mi conducta ansioso de reconquistar su corazón. Al término de ellos pidió seis más; y como uno solo ha trascurrido, cinco meses debo aguardar en la mayor inacción pues ni siquiera me permite que la escriba.

15 de julio.

Estamos en pleno período electoral. Montero y Prado han lanzado sus candidaturas a la presidencia de la República. Es este Montero el mismo capitán de navío con quien tuve el honor de hacer la campaña del sur contra Piérola, y también el mismo a quien el Congreso, este año, en enero, ascendió a Contra Almirante de nuestra Armada. Goza de influencia entre la gente ligera. Es popular, simpático, franco, agradable, liberal, obsequioso, inquieto y está avezado a la acción intensa y agitada de las luchas políticas. Es valiente, sincero, locuaz, afectuoso, amigo de tutear, con cualidades de mando, muy audaz, un tanto exento de escrúpulos, algo disipado y sin el menor miedo al desprestigio que causan los fracasos. Dado el afecto y la distinción que me guardó en Puno en los días que juntos atravesamos la cordillera, me ha sido imposible negarle mi adhesión en esta hora de la prueba, no entrando

a su servicio como secretario general de su partido.

Algunos de mis correligionarios, en su mayor parte indiferentes a la lucha partidarista, han visto en mi decisión una nueva calaverada mía. Sea por envidia, sea porque mi puesto no estaba en el sur cuando Pardo salió a campaña, mi viaje fué criticado. Por fortuna, la opinión del tío Jerónimo, en esta vez, me ha sido favorable.

—Estás en tu sitio,—me dijo, cuando le comuniqué mi compromiso con Montero.—No siempre en la vida pública se ha de hacer el ruín papel del que sólo busca su conveniencia y su interés. Tu mérito es mayor si se tiene en cuenta que en Chile, al lado del general Prado, pudiste encontrar ocasión muy oportuna para captarte su cariño. Un ambicioso, un presumido, un pretendiente sin méritos, sabiendo como sabemos todos las posibilidades que tiene el héroe del Dos de Mayo para salir electo presidente del Perú, hubiera aprovechado de la situación. Si en el orden económico es permitido prescindir de consideraciones opuestas a la

utilidad propia, en el político, la moral y el honor están sobre todas las cosas Quien olvida sus principios, sus vinculaciones para buscar únicamente sus conveniencias, jamás gozará de la estimación de sus correligionarios. No tengo la menor duda de que al lado de Montero se te espera la derrota; sin embargo, como no hay mal que no tenga su lado útil y bueno, este fracaso electoral te llevará de hecho a las filas de la oposición durante los cuatro años que gobierne Prado, lo cual te dará el prestigio y la experiencia de los que viven en la adversidad, y las simpatías de los que te acompañen, por cierto mucho más valiosas que las que se obtienen al lado del poder.

Hizo una pausa y continuó:

—Fué una desgracia que la muerte nos hubiera arrebatado a José Simeón Tejeda. Reunía cuantas condiciones son necesarias para aspirar a la presidencia de la República. Consagrado candidato desde 1873, él sería hoy el hombre unánimemente elegido por el civilismo y tal vez por la nación entera para suceder en el mando a don Manuel Pardo. Vacante el

puesto, han querido ocuparlo Rosas, Riva Agüero, Aurelio García y García y otros. El primero, con más audacia que los demás, siendo como es todo un hombre, sin previa reunión del partido lanzó su candidatura. Es de advertir que, semanas antes, Pardo congregó en su casa a los prohombres del civilismo con el objeto de plantearles el problema de la sucesión. La reserva que todos guardaron tratándose del asunto, con excepción hecha por don Manuel Costas, quién, enfáticamente manifestó que no se contara con él para ocupar la presidencia de la República, fué toda una revelación. Comprendió Pardo que la mejor parte de sus congregados se creía con méritos personales para sucederle, que la anarquía más completa acabaría con el partido si tres o cuatro de sus amigos lanzaban su candidatura; y con esa delicadeza política que le caracteriza, siguió discutiendo el tema como quien pasa sobre ascuas, hasta que al fin les dejó solos, seguro de que sus amigos no llegarían a ninguna conclusión. Buen trabajo le ha costado a Manuel Marcos Salazar convencer a las gen-

tes habladas por Rosas de que no deben seguir sus insinuaciones. En esta labor, Salazar, no ha hecho otra cosa que cumplir órdenes de Pardo, a quien, para bien del partido, conviene no lanzar candidato civilista y de esta manera dejar el campo libre a Prado.

---

28 de diciembre.

Acompañando al contra-almirante Montero en su gira política, hice a su lado en calidad de secretario, intensa y profícua labor eleccionaria en los departamentos del sur. Juntos recorrimos Arequipa, Puno y Cuzco; y cuando a fines de agosto me preparaba a dejar esta última ciudad para seguir viaje por las costaneras poblaciones de Arica, Tacna e Iquique, una terrible dolencia me puso al borde del sepulcro. Montero partió sin mí, y en la compañía de uno de sus adherentes me

dejó sin recursos y casi abandonado. La familia de un mi condiscípulo me tomó a su cargo; y el prefecto, Juan Ibarra, puso a mis órdenes para que me cuidaran, dos soldados limeños del *Lanceros de Torata* que le proporcionó su jefe Pedro Antonio Diez Canseco.

Imposible me sería pintar las fases dolorosas por las que mi angustia hubo de pasar. Atormentado por la fiebre, mi delirio fué contínuo. Durante él, ni una sola vez me acordé de Teresa; en cambio un solo instante no dejé de llamar a Laura. Una mañana que amanecí despejado y que la falta de fiebre me trajo a la razón, con toda tranquilidad recibí los santos sacramentos, y sin lágrimas me despedí de la vida. Trastornado mi cerebro por el quebranto que me produjo el mal, moría en la convicción de que un cataclismo en Guayaquil había sepultado a Laura y que mi alma volaba a su encuentro.

El sentimiento del abandono y desolación en que debí morir cuando me deshauciaron, vino a hacérseme vivo y profundo en los días de la convalecencia. Lo

que durante mi gravedad no fué sino un vago pesar, gradualmente se trasformó en un sentimiento indefinible.

Deseoso de hallarme en ambiente menos frío que el del Cuzco, salí para la hermosa quebrada de Huancaro, donde existen termas providenciales que volvieron a mi cuerpo las fuerzas que la fiebre arrebató. Viviendo en sus imponentes soledades, caminando por sus montañas, encontré en la naturaleza algo fascinador y abstruso que supo enagenarme el pensamiento. Hallábase aquella quebrada entre la sierra y la región calurosa de los bosques. Al fondo, en la planicie, hermosos campos de maíz; por encima de ellos, sombríos bosquecillos; más arriba aún, rocallosos contrafuertes, senderos muy ásperos; y allá en la lejanía gigantescos cerros, empinados picachos de nieve. Recuerdo el placer con que contemplé desde la altura, una tarde, al sol poniente dorando las cimas de las cordilleras. Dócil a la secreta influencia de la naturaleza, sentí volver en mí el instinto de la dicha y nuevas y desconocidas emociones se despertaron en mi al-

ma. Una dulce melancolía contraria al abatimiento y a la desesperación me hizo infinito bien.

Habiendo permanecido en Huancaro dos meses, fueron numerosas las cartas de congratulación que recibí de Lima por causa del regocijo que produjo entre parientes y amigos el restablecimiento de mi salud. Mi padre, el tío Jerónimo, la tía Rosa fueron los más cumplidos. De mis amigos, ninguno tan noticioso y constante como Pablo Cleves. En una de sus misivas me decía: *El pesar de nuestro patrón (Manuel Pardo) y de tus numerosos amigos ha sido profundo. Aquel dió orden al prefecto Osma para que le trasmitiera por telégrafo desde Arequipa las noticias que por correo le enviara su colega Ibarra. Te aseguro, querido Luis, que puedes vivir satisfecho y conservar con orgulloso cuidado la estimación y el cariño que en general has sabido captarte.*

El tío Jerónimo, hablándome sobre política, con fecha octubre 20 me decía: *Se lo llevó todo el diablo aquí y en el resto de la República. Hablo del amigo Montero. Ha perdido en Lima las mesas de to-*

das las parroquias y también las de provincias según telegramas que se reciben. Acá se peleó muy duro, pero únicamente en Santa Ana, y la mortalidad ha sido horrorosa para esta clase de batallas. Juan Manuel Raygada, tu compañero de excursión por el sur cuando saliste con Montero, fué herido de muerte al pasar con su gente por la esquina de San Andrés. Se cura en casa del mellizo Rivero. Un negro borracho lo sacó en lo más crudo del combate, arrastrándolo por el suelo media cuadra. Lo particular es que cuando le hirieron, ya Raygada venía derrotado de Santo Domingo y casi todo había concluido. Alarco también ha sido herido pero no de cuidado. Montero se manejó mal. No se presentó en los clubs por la noche, ni en el combate como todos esperaban de su valor. Prado recorrió dos veces al amanecer sus numerosos clubs. Montero me dió a leer un artículo injurioso contra el Gobierno al día siguiente de su derrota. Por consejo mío lo retiró, publicando en su lugar un buen manifiesto en el que acusa sólo a las autoridades subalternas de policía. El Gobierno ha quedado con las

mesas en Santa Ana y San Marcelo. Las demás las perdió.

Algunos días después, Cleves en otra de sus cartas me decía: *El capitulerismo me absorbe y consagro a la causa de la "argolla" todas mis facultades. El general Prado se ha ido a Chile para descansar de su gente. Deja que se las compongan Riva-Agüero y Elguera, o lo que es lo mismo que al último le quita su sombra, pues protección nunca le ha dado. El triunfo del primero tiene que costar trabajo tal como andan los enredos, pero siempre le haremos vice-presidente. Políticamente, aquí, no hay sino un poco de lodo movido por cuatro manos y dos batidores que se disputan el placer de removerlo. Esto es duro y triste pero verdadero. ¡Negro porvenir el que se espera a nuestra tierra! Tu contra-almirante, tengo el sentimiento de decirte, va perdido y cada vez peor aconsejado. Su partido ha publicado una protesta que sólo a él daña. Raygada, aseguran los médicos que salvará. Nuestro hombre está tramado con fierro. Alarco casi bueno.*

Reynaldo Chacaltana ha muerto en Chi-

le en último grado de tísis; y García Moreno, el Presidente del Ecuador, ha sido asesinado. Te recomiendo la lectura de los buenos artículos que los periódicos dedican a uno y a otro.

Se está llevando a cabo la expropiación de las salitreras de Tarapacá por una comisión de abogados y de ingenieros. Tal vez no alcancen los tres millones de libras esterlinas que el Congreso autorizó emitir en certificados para la compra de todas las oficinas.

La prensa de oposición sigue clamando contra el decreto de Pardo permitiendo a los bancos suspender por cuatro meses el pago en metálico de sus obligaciones. La "Patria" y "La Sociedad" dicen que por muchos años no volveremos a ver soles de plata. Creo que en esta vez tienen razón. Como consecuencia de todo esto, la cuestión hacienda está perdida, siendo la pobreza y la necesidad los goces de que disfrutamos. Por fortuna tengo fé en las facultades y en la buena estrella de nuestro "patrón". Confío en que sabrá salir bien de la cruda situación que le aflige, salvando al país al mismo tiempo.

Completamente sano regresé a Lima a fines de noviembre, haciendo el viaje de tierra a mula hasta Checacupe y el resto por ferrocarril.

---

31 de diciembre.

Juntos han desaparecido el año de 1875 y la última esperanza que por Laura alimenté en mi corazón. *Ni de él ni de nadie*—le dice a mi tío Jerónimo en la carta que le ha escrito,—*sino únicamente de Dios, de Aquél que supo dulcificar los intranquilos días de mi existencia en sus horas de mayor tribulación. He sentido secreta y palpablemente la influencia bienhechora que ejerció en mí; reconozco la manera como me indujo a la santa empresa de rehabilitarme ante El, haciéndome beber en ancha copa los inefables consuelos de su misericordia. Vencida al suave impulso de la gracia no quiero acusarme de haberla desatendido. Aspiro una*

vida más perfecta. En ella, la pureza y la inocencia habrán de ser mi tesoro. Ofreceré al Señor un corazón libre del humano afecto, desprendido de los bienes terrenales. Busco la virtud en todas sus fases: la humildad, el olvido de mi misma, la abnegación, el sacrificio, la caridad sin límites. Abandonando el cláustro, ¿las encontraré en el mundo? Me horroriza el pensar que puedo ser juguete de mis pasiones, de la sensualidad, la molicie, el lujo, la vanidad, la soberbia, de la ambición y de las riquezas. El mundo tiene sus máximas y sus leyes, todas contrarias al espíritu del Evangelio. Si almas fieles y mejor templadas pueden mirarle de frente y desafiarlo, ¿habré de vanagloriarme, yo, tímida e inconstante de alcanzar a contrarrestarlo y vencerlo? Y si estas cosas llamadas a hacer el bien a despecho del mundo mismo han de permanecer en medio de él, quienes son llamados a la práctica de un bien desconocido, ¿no han de seguir por un sendero más llano los impulsos de una vocación divina? ¡Qué infelicidad para mí sería no corresponder a la gracia que me abre las puertas de la dicha en

el tiempo y de la bienaventuranza eterna. Una alma contemplativa y selecta ha dicho: si se comprendiera la felicidad en el cláustro el mundo estaría desierto. Dios nos habla de muchas maneras. Supo El tocar mi corazón por boca de los predicadores, de los libros santos y especialmente por medio del suceso imprevisto y no esperado que me hizo salir de Lima. Rendida a su amorosa solicitación, conocedora de su voz y atenta a sus frecuentes visitas, ¿cómo desechar su inspiración y resistir a su voluntad? ¿Qué acto más satisfactorio, qué cosa más dulce para mí que hacer renuncia de todo lo que me es amable? ¡Qué poco haría por El si estuviera dispuesta a sacrificarle solo mis riquezas, mi afecto a los parientes y hasta mi vida misma, si junto con todo esto no le sacrificara también mi pasión, mi inmenso amor a Luis!.....

.....

LONDRES

24 de agosto de 1876.

Viviendo ahora en tediosa quietud, sin ser juguete de grandes emociones, ni de pasión ninguna, mi vida ha encontrado en el estudio y en la distracción de los viajes alivio a sus penas morales. Sin esperanzas, sin inquietudes, ya no es el ensueño, tampoco el misterio de la incertidumbre, motivo de ansiedad, bien necesario como lo fué ayer a mi atribulada existencia. Vivo del recuerdo, y como ya no recojo las delicias del amor, mi cora-

zón, seco, cual si fuera manantial agotado, niégase a darme el entusiasmo que fué la vida y el encanto de mis tiempos pasados. En situación tal, enfermo el espíritu y mucho más el cuerpo, la muerte, ¿por qué había de ser mirada por mí con espanto?

Poco tiempo después de haber sido desahuciado por Laura, Blanquita Cortés, me comunicó el matrimonio de su hermana con Cucho Martínez Errázuriz. Este suceso capital en la vida de Teresa y de gran resonancia en la mía, no me ha causado la desesperación, el abatimiento, ni el despecho, que indudablemente hubiérame producido en los que fueron para mi tempestuosos días del año setenta y cuatro. Resuelto desde hace diez y ocho meses a cortar relaciones con Teresa, no escribiéndola, he conseguido la interdicción epistolar que tanto necesitaba para curarme de su amor. ¡Cuánta mayor congoja sigue produciendo en mi espíritu la resolución de Laura! Miro las cosas que con ella se relacionan con el más sentido interés; su suerte me preocupa y me enternece tanto, que dolorido de

sus sufrimientos, temeroso de que me siga amando y sea infeliz en su convento, pido a Dios la lleve hacia sí, si no llegan hasta ella el olvido y la conformidad indispensables a la quietud de su alma! Y si todo aquel misticismo revelado al tío Jerónimo en su carta fuera literatura, solo retórica!. . . . . ¡Dios mío, cuánto daño me hace el sentimentalismo!

Blanquita, cuyos catorce años, a juzgar por la discreción y sosiego que descubro en sus cartas, revelan un despertar muy temprano, dos veces me ha escrito desde Londres cuando estaba yo en Lima, siendo ella la que ha tomado la iniciativa. ¡Qué afectuosa, qué sensible y hasta romántica la encuentro! Comparada con su hermana es el reverso de la medalla. Tal vez no tenga el talento y la cultura de Teresa, la corrección con que ésta escribe; en cambio, hay en Blanca el amor y la sinceridad de que la otra carece. En Yura y en Valparaíso me hablaba de tú; hoy, ya sin el candor y la inocencia de sus once años, creyéndose mucho más mujer de lo que es, me trata de Ud. en las cartas que me ha escrito.

En ellas rememora los días que vivió a mi lado, y en su última, me dice: "Me hacía la distraída, la que no oía, cuando colgada de su brazo y teniendo usted a su derecha a Teresa, juntos, por en medio de los trigales de la Calera, y a la vista de aquellos blancos, calcinados y volcánicos cerros, me deleitaba oyéndole disertar sobre tantas materias".

Ocurrió esto en junio de este año; y en el mismo mes, fuí nombrado secretario de primera clase de la Legación del Perú en Londres, habiendo emprendido viaje a principios de julio. Recuerdo que harto de navegación desembarqué en Plymouth, arribando a la metrópoli inglesa el 6 de agosto a las once y media de la noche. Alojado en el Laugham Hotel, pulmones y músculos de acero necesitaba para subir los centenares de escaleras que conducían al octavo piso, único en el cual conseguí habitación. Cansado del ejercicio y del costo de la residencia, me dirigí a una casa de huéspedes española americana, y en ella estoy desde hace muchos días. Conociendo buena parte de la ciudad por los libros ilustrados y los pano-

ramas que he visto. Londres no me resulta totalmente nuevo. Hay edificios cuyos nombres vienen a mis labios antes que me los digan; y como no una sino tres veces he leído la historia de David Cooperfield, a cada paso tropiezo con sus personajes. Lo que me hace falta es el idioma. Aquí se tiene por salvaje a quien no habla inglés. Algunos entienden el francés, pero nadie habla español.

Sea que mi convalecencia en el Cuzco fué corta, o que ha sido superior a mis fuerzas la labor intelectual que me impuse a mi regreso a Lima, tal vez ambas causas, es lo cierto que en mi salud hay la misma deficiencia que en 1873 me obligó a salir para Arequipa. De enero a mayo, en este año, todas las mañanas, durante una hora, Pardo de viva voz me comunicaba sus nuevos proyectos, dándome abundante caudal de razones para evidenciar lo necesario de sus innovaciones en los viejos métodos de gobierno, especialmente en materia de hacienda. Empapado en sus propósitos, convencido por la lógica de sus razonamientos, animado por la viveza de sus ideas, en el

acto, con insólita rapidez redactaba mis artículos sobre las materias tratadas con él, y en la noche las publicaba la prensa. Viendo Pardo el agotamiento nervioso que esta labor me ocasionó, compadecido de mi flacura, y sabedor por Salazar y el tío Jerónimo que los médicos me habían recomendado descanso intelectual y viajes, agradecido a mis servicios, los premió, honrándome con el nombramiento que me ha traído a Europa.

---

4 de setiembre.

Por causa de la estación la gente rica se halla viajando por el continente o tomando baños en Cowes. Por igual causa la ciudad está llena de provincianos que vienen a pasar su temporada. El señor Cortés y su nieta Blanca que se hallaban en Trouville, han regresado esta mañana y en la tarde de hoy, les he visitado en el Hotel Bristol, donde siempre se hospedan. Ambos me han recibido con extre-

madas muestras de afecto. ¡Qué grato es encontrar en el extranjero seres que hablen español y que nos son amados! ¡Con qué sinceridad he correspondido el manifiesto cariño del uno y de la otra al abrirme sus brazos! Tres años hacía que nos les veía. En nada ha cambiado el coronel. Su salud, su rostro, su esbeltez continúan inalterables. Su elegancia es extraordinaria: sus barbas, las de un aristócrata. En cambio, la transformación de Blanquita, es completa. Su cuerpo es ya el de una señorita, no así su vestido y su peinado que corresponden al de una colegiala, mejor dicho al de una niña. De chiquilla no tiene nada. Su discreción en el hablar, su delicadeza, su comportamiento, su voz, su juicio y hasta las hermosas líneas de su cuerpo revelan rápido y temprano desarrollo. Ha cumplido catorce años, faltándole pocos meses para llegar a los quince. Ha ganado en hermosura pero no en perfección. De chica indudablemente era mejor. La tarde que la ví, esperaba amigas en el gran salón del hotel y vestía con toda elegancia. Acostumbrado a los anchos trajes

que todavía se usan en Lima, con sorpresa admiré sus ropas estrechas, su corpiño abierto sobre el pecho y adornado con flores naturales, sus mangas ajustadas y aun más la falda, al extremo de salvar por medio de elásticos el vuelo indispensable para sentarse y hasta para andar.

La vista de Blanca trajo a mi mente el recuerdo de su hermana. Estaré casado, seré feliz, y el olvido de Teresa me será imposible. La siento cerca de mí y su presencia me causa un algo vago y misterioso. Vive en mi corazón en medio de extraños y muy encontrados sentimientos, y su recuerdo prodúceme sensaciones iguales a las que se experimentan al evocar la memoria de los seres queridos que se fueron para siempre.

Blanquita estuvo sumamente afectuosa. El coronel llegó tarde, sus amigas aún más; y una hora pasamos en el salón conversando solos.

—¿Por qué no me hablas de tú, Blanquita, criatura adorable?—le pregunté observando el esfuerzo que hacía para emplear el usted.

—¿Hablarle de tú?—me dijo con gracia y coquetería extraordinarias, poniéndose roja y trémula.

—Ya soy una mujercita,—continuó,—y si quiero que me respeten debo yo misma respetar a los demás. En Yura era una chiquilla, una tonta, aunque no tanto para que ustedes dos me impusieran silencio cada vez que preguntaba algo. ¡Cuántas cosas le enseñaba usted a Teresa! Yo también las oía y las he aprendido. En el colegio, las madres, se admiraban de mi saber, de mi experiencia, de lo dogmática que era en asuntos de consejo.

Quedó un momento callada, y viendo que yo no deseaba interrumpirla, continuó:

—Teresa nos ha dejado. Se casó hace tres meses. Vive en Niza. Cucho la adora y parece muy feliz. Es abuelito quien ha hecho este matrimonio. Ella le quiere como quiere a todos, sin afectuosidad, sin poner en nadie un átomo de su corazón. El coronel la obligó a dar término a su noviazgo. Si en manos de ella hubiera estado prolongarlo, creo que no se hu-

biera casado ni en diez años. Ha hecho un buen enlace. Martínez Errázuriz es todo un hombre. La distingue, y con amor y energía sabrá ponerla en el camino de la realidad.

El señor Cortés llegó a las seis, y su presencia hizo cambiar la conversación. Más tarde entraron las visitas: un caballero y dos señoritas chilenas, y en compañía de ellas nos sentamos a la mesa. El comedor estaba ocupado lo menos por trescientas personas. La elegancia y belleza de las mujeres, el lujo del servicio, los regios adornos del salón, sus luces, no me causaron el menor entusiasmo. Por cómoda y lujosa que sea la vida inglesa, siempre resulta fría. Una disciplina rígida y demasiado uniforme, impide la exterioridad de los sentimientos, ocasionando cierta nerviosidad contraria a las expansiones del ingenio y del corazón. Al lado de gente latina, hablando español y rememorando personas, hechos y lugares que nos eran conocidos y amados, ¿qué podía importarme el mundo inglés?

Nos sirvieron roast beef color rojo vivo,

jamón sonrosado, hojas de lechuga, papas asadas, manzanas al horno y cerveza fresca. Ante la mesa, a plena luz, nuestro grupo ofrecía expléndida imagen de la vitalidad sud-americana. El brillo de los ojos y la sonrisa en los labios, difundía en nuestros rostros suave y natural júbilo, y hacía notable contraste con las maneras ceremoniosas de las gentes que nos circundaban.

La conversación rodó sobre cosas y lugares de actualidad. Me recomendaron la torre de Londres, el Parlamento, el Palacio de Cristal, el museo de madama Tousseau, a fin de que los visitara. Pasamos después a tratar de política sud-americana. El señor Cortés conocía pocos detalles de la campaña del *Talismán*, y mucho se entretuvo con mi relato. Blanquita y sus amigas me oían también. Diserté en seguida sobre las labores administrativa y política de Pardo.

—Encontró—les dije,—refiriéndome a nuestro expresidente,—el orden público basado en la fuerza material; el orden social y económico, en los dispendios del tesoro; el orden fiscal, en los descuentos

del porvenir. Siéndole imposible gobernar así, organizó la fuerza pública sobre principios análogos a los altos fines que debía llenar, y buscó la defensa de su gobierno no en el temple de las bayonetas sino en el temple de los corazones. Para ello, encargó al soldado la custodia de las instituciones, la defensa de las libertades y los derechos de la sociedad, haciéndole solidario del principio de autoridad. Por eso fundó la disciplina del ejército en la moral, no en el terror; en la educación y el estímulo, no en la ignorancia y en el favor. Por eso, por primera vez, convirtiendo al soldado en un hombre libre y formando planteles para la formación de las clases y de los oficiales, levantó su espíritu, triplicó su fuerza, redujo su número y lo hizo querido y simpático a todas las clases sociales. Al mismo tiempo que ennoblecía al ejército, militarizó la nación confiando la defensa de la sociedad a la sociedad misma, haciéndola prestar su apoyo a las autoridades constituidas y encargándola de la conservación de las libertades públicas. Fué por

esto que la nación vió primero incrédula y después con el entusiasmo de la admiración, improvisarse en dos semanas treinta y cinco batallones, extenderse por todo el territorio, dominar la revolución más formidable que ha tenido el Perú, en sesenta días; y pacificado el país, refundirse en los escritorios, en los talleres, en los campos de la agricultura a las gentes que formaron esos batallones.

Hice una pausa y continué:

—Lección cercana y elocuente, digna de ser aprendida por las generaciones futuras es la que nos enseña la Historia en estos momentos. Un período de riqueza y abundancia, sostenido por miles de soldados termina en un legicidio, en el derrumbe del poder, en la deserción de sus tropas: un período trascurrido en la pobreza, con pequeñísima fuerza de *línea* y combatido por todos los malos elementos, termina con el triunfo de la ley y ostenta en la Guardia Nacional al ejército más poderoso que ha tenido el Perú. Ante este contraste en que el espíritu vacila pero el patriotismo se en-

sancha y la fé se retempla, toca a Pardo la gloria de haber creído y de seguir creyendo siempre en el patriotismo de los hombres y en las virtudes de los pueblos. Un partido como el suyo que así está organizado, que asi cumple con sus deberes, que así lucha, que así sostiene sus principios, solo puede tener espíritus levantados, convicciones profundas y sentimientos nobles.

Viendo que me oían con interes y que durante el corto reposo que tomé, nadie intentó interrumpirme, continué diciendo con ardor:

—En el proceso infinito de la civilización y del progreso que constituye la vida de las naciones y muy especialmente la de las sociedades nuevas, cada gobierno desempeña los cuidados y deberes que le imponen las necesidades de su época y las fuerzas de acción y reacción que constituyen ese movimiento indefinido. Ha tocado a Pardo estudiar unas y otras con notable inteligencia, aprovechando con acierto las que nos conduzcan a la ventura nacional, resistiendo o desviando las que nos apartan de su camino. Cábele

hoy, como cupo a Castilla y como por segunda vez se realiza en nuestra vida republicana, restituir a la representación nacional la autoridad suprema que recibió de la nación, acontecimiento notable cuya función augusta significa la ley imperando sobre la sociedad y la sociedad sometida al imperio de la ley, desde el primer magistrado hasta el último ciudadano; significa paz, orden social, progreso moral y político, predominio de todos los elementos sociales que elevan el nivel de la nación y la presentan digna del respeto y de la estimación del mundo civilizado: pues para que ella se realice ha sido necesario que la ley y el predominio de los buenos elementos hayan salido triunfantes en la lucha sostenida con los elementos perturbadores que toda sociedad lleva en su seno y que abundan y se agitan y son más poderosos mientras las naciones están menos constituidas. En esa cruda campaña, gloria principalísima ha sido la de Pardo, quien supo convertir a sus conciudadanos en baluartes sobre los cuales se estrellaron

impotentes los ataques del ejército del mal, salvando así ilesas las instituciones patrias y levantando victoriosa la bandera de la legitimidad a fin de bajar sereno y tranquilo las gradas del solio presidencial que ocupó cuatro años.

—¿Treinta y cuatro batallones, movilizó?—me preguntó atónito el señor Cortés.

—Treinta y cuatro batallones.—le afirmé.—Y si esto ha sido en una guerra civil, en momentos de profunda división política, ¿cuántos más no hubiera armado en caso de una guerra nacional?

Pasé después a darle cuenta de nuestros progresos materiales.

—La insuficiencia de los recursos por causa de nuestra bancarrota fiscal, ha fomentado poderosamente la producción del país: los productos del salitre se han duplicado en los últimos cuatro años, las exportaciones de nuestra agricultura decuplicaron en cinco años, y la minería comienza a desarrollarse. Están terminados los muelles de Pacasmayo y Arica, la iglesia de este puerto, las represas del Rimac. Se han recibido tres mil inmi-

grantes europeos y el número de kilómetros construidos en ferrocorrles alcanza a 798 con seis mil metros de túneles.

— ——

24 de setiembre.

El frío se nos ha entrado de lleno. No tenía ropa de invierno y me he visto obligado a comprarla. No quiero pensar en mi situación económica: los chelines se van como centavos. ¡Hay tanto en que gastar! No hay oficial del cuerpo diplomático que no tenga coche. Yo no sé como haga para sacar las cuarenta libras que me piden de arriendo por mes, no pudiendo pasarlo sin el desde que todos los secretarios de legación lo tienen. Felizmente estamos en tiempo muerto y así seguiremos hasta noviembre, mes en el cual regresa la Corte. Si para entonces. Prado no me ha destituido, con el segundo semestre de sueldos que me paguen haré estos gastos. Es una iniquidad en-

viar a Europa secretarios de legación con la quinta parte de lo que ganan los de Rusia, España, Francia, etc., y obligarlos, como pasa conmigo, a sostener el mismo rango de sus colegas. Así se explica que de continuo viva humillado.

La variación del tiempo y lo húmedo del ambiente me han producido un catarro febril. Como aquí no hay remedios caseros, me he visto obligado a llamar a un médico venezolano pariente de Simón Camacho: quién, como todos los médicos, me ha enterado de que estoy muy débil, recetándome para la convalecencia, leche, cascarilla, aguas minerales, vino tónico y algunas cosas más que no son sino gasto de dinero. Lo que me pesa es haberle llamado, aunque después de todo es un magnífico caballero.

Pablo Cleves me ha escrito. En uno de sus acápites me dice: *Ha habido en política un acontecimiento de gran resonancia. Los reaccionarios y clericales a título de gobiernistas se congregaron en un meeting el 20 de agosto, o sea dieciocho días después de que don Manuel dejó el mando, y so pretexto de protestar contra el*

acuerdo de treintainueve diputados que rechazaron el gabinete Arenas, se lanzaron con el apoyo de la policía, contra la casa y la familia de don Manuel Pardo, con el propósito de exterminarla para continuar después la matanza de otros civilistas que en buen número estaban reunidos en el Club de la Unión. El escándalo que esta gente ha dado es horrible. Han manchado e insultado el buen nombre de la ciudad. Me cupo en suerte arrostrar todo el peligro en unión del agredido, en cuya compañía he permanecido cuatro días. Debe don Manuel su salvación a la oportunidad con que su fiel servidor, el negro José María, cerró la reja del patio y mucho después la puerta de calle. La gentuza permaneció delante de la casa dos horas, arrojando piedras a las puertas y ventanas. Estaban tan insolentes que hasta insultaron a Prado y a sus ministros Aranibar y Benavides. La asonada terminó a las seis de la tarde, hora en que el comandante Zamudio tomando la responsabilidad del acto y sin orden alguna, con cincuenta hombres de caballería después de amonestar al populacho para que se retirara y de haber recibido él y

sus soldados algunas pedradas, dispersó a balazos a los amotinados, resultando como era de esperar muchos muertos y heridos Por causa de todo esto, Lima ha estado durante cuatro días con el ejército sobre las armas, parte de él en la calle, el comercio a medio abrir y las casas de los civilistas cerradas y custodiadas por paisanos armados.

El resultado de este suceso ha sido retemplar y robustecer el civilismo; dejar al Gobierno al borde del sepulcro y a merced del círculo pierolista; arrojar del ministerio a Benavides y Arenas, y hallarnos hoy más poderosos que nunca como partido y como fuerza social y política. La serpiente ha mordido la lima.

El tio Jerónimo me dice: *De política te diré que ella no existe. Todos son tumbos y más tumbos, pero sin "gracia". No han aprendido nada de don Manuel. Miseria sobra: esto es un valle de lágrimas. Creo que no se pagarán más sueldos. Vé como te las arreglas por allá. La familia bien.....*

10 de noviembre.

Me ha vuelto la fiebre. No uno sino dos médicos son los que ahora me atienden. Ambos me dicen que tengo los pulmones muy débiles, especialmente el derecho, que esta clase de enfermedad se desarrolla aquí con rapidez y facilidad asombrosa, y que regrese al Perú. Es posible que cuando llegue a Lma me manden a Jauja, no obstante yo no siento nada, salvo la tos que es lo único que me hace creer en este viaje. Sin embargo, como a todo es menester dar la debida importancia, pienso adelantar mi regreso y para diciembre estaré en la patria.

Cleves ha vuelto a escribirme. En su carta me dice: *Van por este vapor noticias que te llenarán de asombro. Nuestro don Carlos de Borbón, el beato Pícrola, ha emprendido su segunda cruzada. El seis de octubre apareció en Torata, ocupó después Moquegua, y hoy estamos esperando el resultado de las operaciones comenzadas por las fuerzas del Gobierno enviadas contra él. Felizmente, hasta la fecha, Arequi-*

pa, Cuzco y todo el resto de la República permanecen tranquilos sin secundar los propósitos del caudillo clerical

La noticia cayó en palacio como un aerolito; y aunque con presteza adoptaron disposiciones, las gentes del Gobierno siguen con un pánico de primera calidad. El suceso, por lo demás, ha tenido que abrir los ojos al general Prado, a quien cegaban sus amigos para que sólo recelara del civilismo, y pudiese así el huésped de Limache, Piérola, llevar a cabo su ingreso al Perú. En cambio, los civilistas, somos hoy los verdaderos gobiernistas; y en la prensa y en las cámaras, nuestro partido, sirve a la constitucionalidad que ha fundado con decisión y desinterés; siendo tal su actividad, que ha desconcertado a los traidores que cobijaba Palacio y a los agentes del revolucionario que con los propios elementos oficiales pensaban dar en Lima un golpe decisivo.

La Guardia Nacional se acuartela y se apercibe para expedicionar fuera si fuese necesario. Por hoy, cualquiera que sea el curso que tomen los sucesos, sostendrá

al Gobierno y la paz pública en Lima y en el Callao. Con esta nueva acción, nuestro partido ha ganado digno puesto en la Historia Patria

Como debes suponerlo, don Manuel sigue siendo nuestra alma, y aunque extraño a Palacio, ha dado a los suyos la consigna de orden, la misma que cumplimos estrictamente. Por fortuna, parece que hasta ahora Piérola no se halla en buenas condiciones; aunque la situación pudiera complicarse, si como se teme, fracasasen las dos divisiones que al mando de La Cotera y Bustamante han salido contra el caudillo de Torata. Los cuerpos, en general, van bien mandados, pero sus jefes divisionarios no inspiran mucha confianza. Además, sus estados mayores llevan de empleados y agregados, a personas del todo inútiles o ineptas.

Se han hecho muchos arrestos. Pedro José Calderón se ha escondido, como también todo el coro frailuno. Han caído en el garlito casi todos los amigos de tu contra-almirante, principiando por nuestro querido Simón Soyer. Si el vencedor de Chuju-

lay no está metido en la danza, por lo menos, con su conducta compromete a sus amigos.

---

20 de noviembre.

Sigue la fiebre, y su persistencia me aniquila. El frío se nos ha entrado de lleno. Hace ocho días que las calles están cubiertas de nieve. Todo esto sería muy bello, si no hubiera riesgo de helarse. Estoy recluido, y hace tres domingos que no oigo misa.

Necesitando convalecer, he pedido tres meses de licencia para ir a Niza; y para el caso de que me la nieguen he preparado mi renuncia. Me conviene embromar para ganar sueldo por más tiempo, pero en verdad mi viaje al sur es indispensable; y como el Gobierno no me manda un centavo, estoy condenado a morirme en Londres. Riva Agüero, que está en París, me ha prestado cinco mil francos a cuenta de mis sueldos, y con ellos estoy vi-

viendo, procurando hacer las mayores economías. Blanquita, que todos los días me ve y que tiene para conmigo afectos de hermana, sabiendo mis pobrezas, me incita a que busque el auxilio del señor Cortés. Háceme sus visitas en unión de la señorita Larkins, su dama de compañía, una bellísima inglesa de diez y ocho años que se esfuerza por aprender español. De dos a cinco, todas las tardes, comparte amorosamente mis infortunios. Me lee en alta voz y gracias a su ternura, mi soledad se hace llevadera. Hay en su afecto completa sinceridad. Esta si que me quiere y me quiere de todo corazón, no como la ingrata, la fría, la desamorada de su hermana, que sólo me buscaba para deleitarse con mi saber. En el rigoroso trance en que me encuentro, si Teresa estuviera en Londres y su marido en Chile, ¿haría lo que con tanta ternura e infinita solicitud hace por mí Blanquita? Gozando de toda su confianza, le he relatado la historia de Laura, sin omitir una sola de las muchas desventuras que mi incertidumbre la causó.

Al referirle mi doliente narración, he cuidado de omitir el nombre de su hermana. ¿A qué decírselo? No estoy ya enamorado de Teresa y mis confidencias no me causan rubor. Paréceme a veces que fuera yo ageno a mi propia historia, que el joven Luis apasionado por la señorita Cortés fuera para mí un extraño, un sér vago, misterioso, de quien me acordara como de algo dejado en el camino de la vida.

---

30 de noviembre.

Transido de frío y debilitado por la fiebre, hace ocho días que permanezco en cama. La tos me afixiaba en el sillón. Tendido sobre el lecho y muellemente recostado sobre almohadones, las sacudidas que me producen los accesos son menores. ¡Qué terrible convalecencia! ¡Cuándo me será posible levantarme para emprender viaje a Niza!

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

La frecuencia con que me visitan el señor Cortés y los pocos paisanos que tengo en Londres, principia a inquietarme La tos y la flacura van en aumento; en lo demás estoy bien. Blanquita me ve dos veces por día. Personalmente me prepara la dieta, me anima, seca mis lágrimas y me hace sonreir. Es mi ángel bueno, mi consuelo, la única persona que me hace tolerable mi enfermedad.

—¿Con qué pagaré tus servicios?—le pregunté la otra tarde. . . . . .—Es tanta tu bondad—seguí diciéndola,—eres tan dulce y tan amable, que si me faltaras dejaría de latir mi corazón, se secaría de pena.

Mis palabras la entristecieron y ví en sus ojos dos lágrimas. Temerosa de hacerme daño hizo fuerza de voluntad para reponerse y pronto la serenidad reapareció en su rostro.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

La fiebre me consume. Mi extenuación es completa. . . . .Me he confesado y comulgado. Ayudado por Blanquita le he escrito cuatro palabras al tío Jerónimo. ¿Serán las últimas?

FIN DE MANUEL PARDO

1966

PQ8497. D4M3 V2

a39001 004161991b